DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

RETRATO DEL ENEMIGO

ENTREVISTAS CON COMBATIENTES NORVIETNAMITAS Y DEL VIETCONG, POR DAVID CHANOFF Y DOAN VAN TOAI.

3

10003
9 788439 509578

650 PTAS.
CON IVA

613 PTAS.
SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

DOSSIER
NAM
TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 3 - Retrato del enemigo

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

Introducción del Editor

Hasta ahora, nunca se ha contado la historia completa de la guerra de Vietnam desde el punto de vista del Vietcong y de los norvietnamitas. Este "otro" bando siempre ha sido un misterio, siempre ha estado envuelto en el secreto. Ahora, por vez primera, esta notable obra recoge las voces del "enemigo": los guerrilleros y terroristas del Vietcong, los soldados y cuadros norvietnamitas, los jefes de propaganda, al igual que la población civil, tanto de Vietnam del Norte como del Sur.

Estas extraordinarias entrevistas nos hablan de entrega y de heroísmo, de brutalidad y de control social, de la traumatización de un pueblo cogido entre las garras de la revolución y la guerra. Las fascinantes narraciones personales que contiene hacen de *Retrato del enemigo* un libro de lectura obligada y una pieza única e indispensable de la historia del siglo veinte.

Los tres hombres cuyas historias cubren los capítulos primero y tercero son Xuan Vu, Nguyen Cong Hoan y Trinh Duc.

Xuan Vu fue corresponsal de guerra y jefe de propaganda. Su carrera de revolucionario duró 25 años, desde la insurrección de agosto de 1945 hasta un día de 1969 en que decidió que ya había luchado bastante.

Nguyen Cong Hoan era un estudiante militante survietnamita que en 1971 fue elegido miembro de la Asamblea Nacional. Después de la guerra, el Frente Patriótico le nombró representante de su provincia en la Asamblea Nacional Unificada.

Trinh Duc se unió a la resistencia comunista durante la Segunda Guerra Mundial y a partir de 1948 fue organizador urbano del Vietminh. Después de los acuerdos de Ginebra se instaló en el Sur, donde fue finalmente arrestado y encarcelado. Liberado durante una amnistía, pasó el resto de la guerra luchando contra los norteamericanos y sus aliados de Saigón desde su puesto de secretario local del Partido Comunista en Long Khanh.

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Octubre 1988

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

RETRATO DEL ENEMIGO

DAVID CHANOFF Y DOAN VAN TOAI

Introducción 2

Capítulo 1 5
La elección
Xuan Vu
Nguyen Cong Hoan
Trinh Duc

Capítulo 2 19
Historias de la guerra
Deuda de sangre
El bombardeo
Zapadores de minas
Vietcong asesino

Capítulo 3 35
La lucha
Xuan Vu
Nguyen Cong Hoan
Nguyen Thi Ty
Trinh Duc

Epílogo 63

CAMERA PRESS

INTRODUCCION

El arte de la propaganda durante la guerra consistía en hacer creer que la sociedad poseía una sola voluntad.

Sabemos ya mucho acerca del efecto de la guerra de Vietnam sobre los norteamericanos: el embrutecimiento de los hombres que lucharon en ella, el racismo, el consumo de drogas, el estrés postraumático consiguiente. Pero la impresión general en Occidente, tanto entre aquellos que creían en la justificación de la guerra como entre los que la consideraban inmoral, es que el Vietnam revolucionario era un país habitado por gente tenaz y entregada por completo a la causa, un país de héroes o de fanáticos, según las ideas políticas del observador.

La verdad es distinta y mucho más humana. El Vietnam revolucionario no era monolítico. Estaba formado por distintos grupos políticos, sociales y étnicos y por individuos que veían la guerra y actuaban en ella de maneras muy distintas. En su campo, como en el nuestro, abundaba la desilusión, el cinismo, los conflictos familiares y los traumas psicológicos profundos. Todo ello a la par con el idealismo, el valor y la incansable tenacidad que configuraban la imagen que la revolución constantemente trató de proyectar. En cuanto al espectro de emociones humanas suscitadas por la guerra, los vietnamitas eran tan variopintos como los norteamericanos. Así pues, en este libro hemos intentado reconstruir al menos en parte la variedad, la complejidad y el dramatismo que marcó sus vidas. Lo hemos hecho dando la palabra a los mismos vietnamitas.

Presentamos informes de la guerra de Vietnam vista desde el otro lado y escritos en primera persona, crónicas de testigos presenciales que se centran en las batallas y en los escenarios que ya conocemos: Khe Sanh, la ofensiva del Tet, la invasión de Camboya, los ataques de los B-52, la ruta de Ho Chi Minh. Hay algunos libros que nos ofrecen una visión visceral de lo que la guerra de Vietnam representó para los norteamericanos que lucharon en ella, y es imposible leerlos sin sentir en los huesos el agobio de la marcha y la lucha en los arrozales y en la jungla y sin aturdirse ante las aberraciones psíquicas causadas por esta guerra. Hemos pensado que podríamos hacer lo mismo por aquellos que lucharon en el otro bando.

Suponíamos que la deshumanización, la oscuridad mental y los triunfos súbitos e inesperados podían encontrarse también entre ellos. Pero los experiencias de los soldados revolucionarios (*bo doi*) están, desde luego, moldeadas por las circunstancias de la vida vietnamita. Los *bo doi* y los soldados norteamericanos tienen mucho en común en lo que respecta a los detalles concretos de la lucha y de la muerte. Pero el modo de percibir lo que hacían puede poner de manifiesto no sólo semejanzas sino también notables diferencias. Tanto las semejanzas como las diferencias pueden echar alguna luz sobre el corazón y la mente de un enemigo que los norteamericanos nunca comprendieron, aunque tenían una necesidad desesperada de comprenderlo. Conocer la situación desde la otra perspectiva puede ser un modo de tender un puente entre las dos culturas, de hacer comprensible a los norteamericanos la experiencia vietnamita.

Las personas que hablan desde estas páginas tienen distintos orígenes: algunas de ellas fueron consumados propagandistas políticos, otros eran campesinos incultos y apolíticos. Pero todos aquellos a quienes hemos entrevistado tienen algo en común: son fugitivos. Cada uno de ellos tiene su propia historia: una vida insoportable en Vietnam; una huida peligrosa, a menudo en medio del terror; la necesidad de rehacer su vida en otros países. Muchos han intentado huir más de una vez. La mayoría se ha ido sin su familia, y casi todos sienten un intenso apego físico a la tierra que dejaron. Muchos todavía albergan odio contra aquellos que consideran responsables de las pérdidas que han marcado sus vidas.

Los vietnamitas son animales políticos en mayor grado que los norteamericanos; la historia los ha obligado a ello. Sin embargo, en el Vietnam revolucionario, como en todas partes, la necesidad de ganarse la vida, de mantener la familia y educar a los hijos, absorbió en gran medida la atención y la energía de la mayor parte de la gente. La imagen propagandística de las asociaciones rurales de militantes dedicados a la "lucha" revolucionaria contiene gran parte de verdad. Pero hay más verdad en la idea de que, en su mayoría, los vietnamitas prometían lealtad externamente a quien tuviera el látigo en la mano, pero mantenían su lealtad interna a ellos mismos, su familia y su trabajo. "Se juega según las reglas del país donde se vive", nos dijo un antiguo miembro del Ejército de Vietnam del Norte. Muchos de aquellos con quienes hablamos estarían de acuerdo.

Ni el miedo ni el odio a los norteamericanos que bombardeaban sus casas les hacía necesariamente sentir algún afecto por el Partido o por el sistema que el Partido les imponía.

Otros, sin embargo, fueron fervientes comunistas, imbuidos de la idea de justicia social igualitaria que el Partido prometía. Una de nuestras grandes sorpresas fue descubrir que algunos todavía continuaban siéndolo. Aunque las circunstancias los hicieron huir de Vietnam, no por ello abandonaron las ideas por las que habían luchado. No se arrepentían de nada ni lamentaban nada.

Además de las entrevistas, hemos obtenido material de diversas fuentes. Así, las transcripciones de los interrogatorios de los prisioneros de guerra del Vietcong y del Ejército norvietnamita nos permitieron completar la información sobre algunos temas en los que estábamos especialmente interesados y que nuestros entrevistados no nos podían suministrar. Usamos estos informes, por ejemplo, para dar a los lectores una idea más cabal de las tácticas de zapa, que constituían una de las principales armas que el Ejército de Liberación empleó contra las posiciones fortificadas estadounidenses.

Algunos informes proceden de fuentes vietnamitas. Se trata de entrevistas y memorias que han aparecido en *Nhan Dan* (El Diario del Partido) o en otras publicaciones. Las hemos elegido porque permiten hacernos una idea del estilo heroico común entre los vietnamitas cuando se dirigen a los suyos. Algunas de ellas parecerán retóricas y ampulosas a nuestros oídos occidentales, pero la verdad es que los vietnamitas se consideran a menudo un pueblo heroico. Los occidentales, acostumbrados a la introspección y a dudar de sí mismos, tal vez consideren que estos rasgos son insoportables, inhumanos incluso. Pero esto no los hace menos reales.

Para la mayor parte de los norteamericanos, la guerra era cuestión de un año: ida y (con suerte) vuelta en 365 días. Este intervalo temporal no significaba nada para los vietnamitas. Ellos debían permanecer hasta el final, hasta que uno u otro bando cediera. Y después deberían vivir con las consecuencias. La perspectiva temporalmente limitada de los norteamericanos era especialmente ajena al Vietcong y a los *bo doi* norvietnamitas. Ho Chi Minh comunicó a Lyndon Johnson que la guerra podría durar cinco, diez o quince años, pero que finalmente Vietnam vencería. El gobierno de Ho Chi Minh decía a los jóvenes reclutas, voluntarios o involuntarios, que lucharían el tiempo necesario. "El campo de batalla no era controlable."

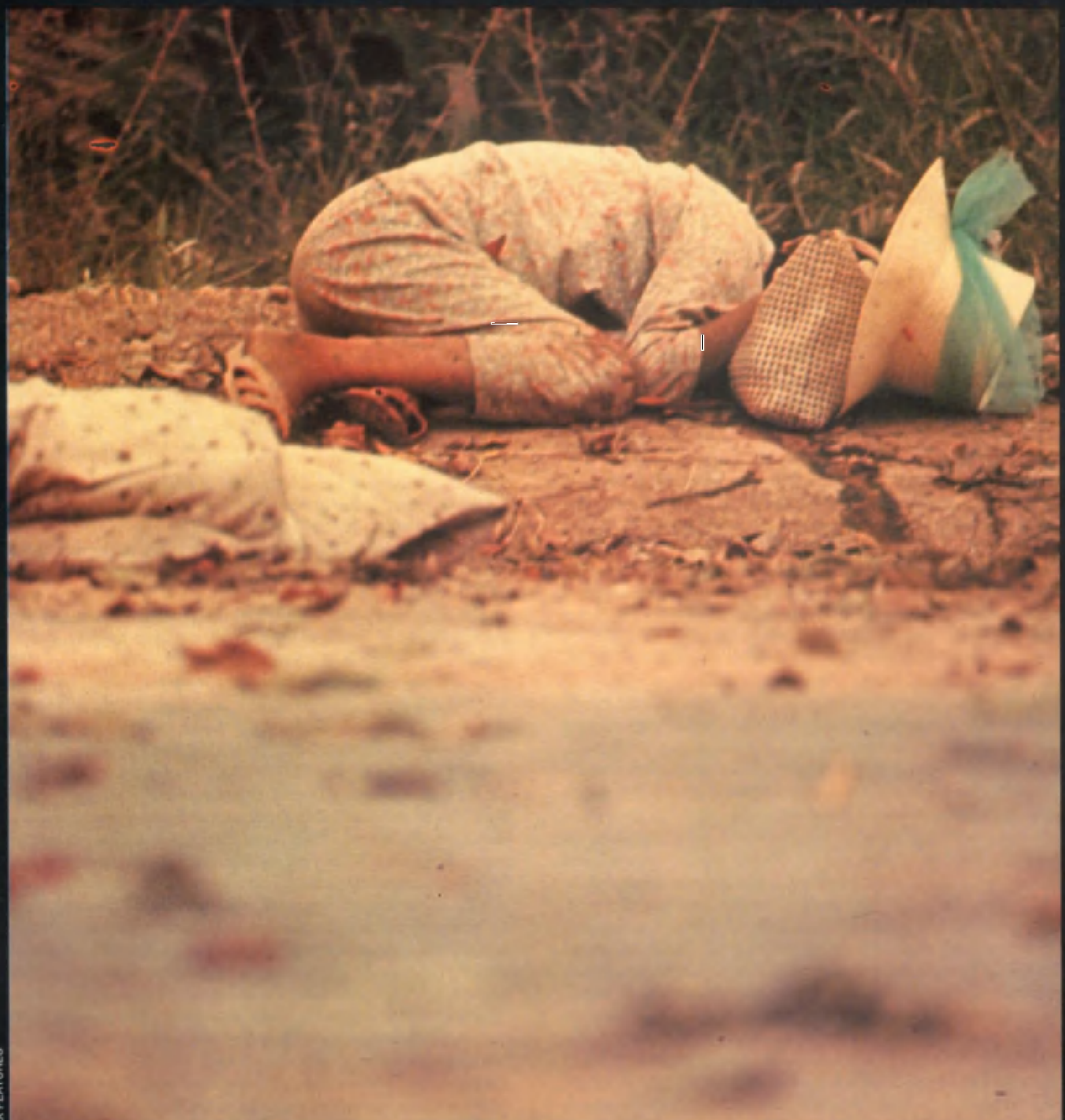
Para los vietnamitas, esta guerra abarcaba toda su vida. Para descubrir por qué luchaba una persona dada es a veces necesario hurgar en los tempranos recuerdos infantiles. Si preguntamos a un ex combatiente estadounidense por qué luchó, lo más probable es que nos diga que fue reclutado al acabar la enseñanza media o en el primer año de Universidad. Si hacemos la misma pregunta a un vietnamita, la respuesta nos llevará, en un viaje al pasado, a una aldea saqueada por los franceses o a una casa registrada a medianoche por la policía especial y la consiguiente desaparición del padre. El tiempo es una de las claves para comprender la experiencia vitnamita. Otra es la elección. Para los norteamericanos, Vietnam no fue una "guerra buena". Muchos debieron tomar una decisión moral: apoyarla o no apoyarla, luchar en ella o no. Para los vietnamitas la guerra fue un asunto muchísimo más complejo, un torbellino en el que las mareas encontradas del colonialismo y la liberación, del comunismo y el nacionalismo, de la reforma y de la revolución, del revanchismo del Norte y el regionalismo del Sur, competían con violencia y se entremezclaban peligrosamente. Algunos vietnamitas encontraron una estrella fija con referencia a la cual orientar sus actos; otros cambiaron de bando más de una vez a lo largo de las distintas fases de la guerra. En su mayoría no fueron más que simples peones de su tiempo.

La inquieta historia de Vietnam desde 1975 ha obligado a muchas personas a tomar decisiones de un cariz que nunca imaginaron. Para algunos viejos militantes, sobre todo, la vida ha dado un giro completo. Las decisiones que tomaron tiempo atrás y que determinaron cómo iba a ser su vida en la juventud y en la edad madura se han visto contrarrestadas por otras decisiones que han determinado su futuro.

Desde nuestra posición de entrevistadores, hemos descubierto un esquema común a estos relatos: la elección que conduce a la lucha y a la determinación.

David Chanoff y Doan Van Toai

Nueva York 1986



ARRIBA: *¿Qué posibilidad de elección había cuando tropas extranjeras mataban a tus hijos?*
DERECHA: ¿Qué futuro le espera a este metalúrgico norvietnamita: esconderse de los bombardeos norteamericanos o luchar en el Sur?

REX FEATURES

J. HILLELSON AGENCY

Capítulo 1

LA ELECCION

CAPÍTULO 1 LA ELECCIÓN

¿Cómo llegaron los vietnamitas a formar parte del Ejército Revolucionario? La respuesta depende del lugar y del tiempo. Para el Partido, la guerra contra Francia y la guerra contra EE.UU. era un todo continuo, dos fases de una misma lucha. Muchos de los vietnamitas que lucharon contra los franceses se encontraron luchando a continuación contra los norteamericanos.

La mayoría de los combatientes disfrutaron de un receso entre julio de 1954, cuando los acuerdos de Ginebra pusieron fin a la primera fase de la guerra, y 1959-60, cuando el Partido se sintió lo bastante fuerte para reanudarla. Pero no todos. A pesar del repliegue obligado de las fuerzas revolucionarias al norte del paralelo 17, algunos miembros de la resistencia permanecieron en el Sur, preparando el terreno para las elecciones de la unificación o, si no se producían, para la guerra.

Si bien las primeras fuerzas revolucionarias del Norte no iniciaron su camino hacia el Sur por la ruta de Ho Chi Minh hasta 1959, la resistencia local del Sur se dio a conocer ya a mediados de la década de 1950. Ésta estaba constituida por voluntarios urbanos y rurales que se agruparon en las antiguas zonas de resistencia para unirse a los grupos de guerrillas anti-Diem.

La lucha del Sur no adquirió mayor importancia para muchos norteamericanos hasta 1960. Desde entonces, algunos se alistaron y otros esperaron a ser reclutados o a que sus prórrogas por estudios concluyeran. Era como en Estados Unidos.

Habíamos sido esclavos de los chinos durante mil años, y esclavos de los franceses otros cien.

Había también otros puntos de semejanza. A medida que el conflicto adquiría mayor violencia y las muertes aumentaban, el entusiasmo por la guerra decrecía, dando paso a la resignación y al miedo. Algunos se negaban a ir, fingiendo incapacidad física o huyendo de las autoridades. Los funcionarios de mayor influencia hicieron todo lo posible para que sus hijos obtuvieran becas de estudio en el extranjero y evitaran el campo de batalla. No era una guerra como la de los franceses, tecnológicamente simple, con grandes posibilidades de supervivencia. "Nacido en el Norte y muerto en el Sur" fue el lema de una generación de muchachos norvietnamitas.

Los de la otra parte no eran todos soldados; había también monjes, políticos y periodistas. A menudo, estas personas se consideraban a sí mismas una "tercera fuerza": ni comunistas ni anticomunistas, sino abogados de la democracia y del Vietnam para los vietnamitas. Algunas veces su influencia fue inmensa, tan efectiva en socavar la estabilidad de Saigón y en desacreditar su imagen como haciendo pasar a segundo plano lo que ocurría en el campo de batalla o en el frente propagandístico. La ira de los monjes y monjas budistas contribuyó a la destrucción del régimen de Ngo Dinh Diem, y los estudiantes militantes y los políticos de la oposición impidieron que los sucesores de Diem se estabilizaran en el poder.

La mayor parte de las veces, este tipo de oposición requería varios años para madurar, si bien algunas veces algún suceso decisivo inclinaba decididamente la balanza. Para estas personas, la elección de bando fue siempre un proceso de cuidadosa reflexión. Sabían que andaban por un camino angosto y peligroso, tal vez el menos firme de cuantos ofrecía el horizonte del Vietnam en guerra.

★ ★ ★

XUAN VU: CORRESPONSAL DE GUERRA, JEFE DE PROPAGANDA, NOVELISTA

Es un hombre bien parecido, de unos 55 años, que vino a verme a mi hotel en el camión rojo de su negocio de pinturas, negocio que le permite vivir mientras escribe para una media docena de revistas en lengua vietnamita. El traslado a Estados Unidos no le ha sido fácil. A su lado se percibe el dolor que le ha causado la huida de Vietnam. Es un orador sin público. Pero en cuanto empieza a contar su historia, su aire de resignación desaparece y adquiere vida. Tiene una vívida memoria y un agudo sentido del detalle y del dramatismo. No es difícil descubrir por qué es uno de los escritores vietnamitas de mayor talento.

LA GUERRA CONTRA LOS FRANCESES

Antes de que los norteamericanos llegaran, había los franceses. Cuando empezó la guerra contra ellos yo tenía quince años y hacía segundo curso de secundaria. El instituto donde estudiaba estaba en My Tho, una ciudad en el delta del Mekong a unos 25 kilómetros de mi pueblo natal. Al iniciarse el año académico de 1945, My Tho estaba bloqueada, aislada del entorno. En la ciudad estaban los soldados franceses, fuera de ella las guerrillas del Vietminh. Mi pueblo y todos los demás estaban controlados por el Vietminh; de hecho, pertenecían al Vietminh en cuerpo y alma.

Todos formaban parte del movimiento, todos lo apoyaban. El ímpetu patriótico era enorme. Todo el mundo quería luchar por la independencia, sentirse orgulloso de su nación. Habíamos sido esclavos de los chinos durante mil años, y esclavos de los franceses otros cien. Ahora íbamos a ser *libres*. El patriotismo fluía en todas partes, en todos los pueblos, en todas las granjas. Era imparable.

Así pues, yo tenía quince años y me encontraba en el meollo de la situación. Iba a tomar parte. Era fascinante. De todos modos, no podía ir al instituto a causa del bloqueo y, por tanto, no había posibilidad de continuar mis estudios. Además, yo tenía un tío con estudios universitarios, lo cual en mi lugar era algo insólito (yo era el único chico de mi pueblo que estudiaba secundaria), y este tío mío era uno de los dirigentes de la Liga Juvenil local del Vietminh. Me tomó, pues, como ayudante en el despacho de la Liga Juvenil. Me gusta escribir y, como dije, era la única persona de mi pueblo que había ido más allá de la escuela primaria. Con estas magníficas credenciales pronto llegué a ser el responsable del despacho.

Al poco tiempo empezaron a mandarnos a mí y a otros a organizar grupos en otras partes. Llegábamos a un pueblo y andábamos arriba y abajo hablando con todos los chicos que encontrábamos, diciéndoles que acudieran a nuestra reunión, digamos a las ocho de la noche. Al dar las ocho todos estaban allí. La emoción era tal que nadie quería perdérsela. Nosotros, que éramos tres o cuatro, habíamos preparado la sesión. Yo tocaba la guitarra, otro tocaba la mandolina y todos sabíamos cantar. Empezábamos con algunas canciones patrióticas. Todos respondían a la letra y al sentimiento (siempre lo notábamos).

DERECHA: *Tropas del Vietminh marchando por un país que sabían que les pertenecía "en cuerpo y alma". Yendo de pueblo en pueblo, tenían amigos en todas partes.*

REX FEATURES

CAPÍTULO 1 LA ELECCIÓN

Luego les hablábamos de la dominación china y de la dominación francesa y contábamos historias de los grandes héroes vietnamitas que resistieron a los invasores o se rebelaron contra ellos. Alternábamos la historias con más canciones y poemas.

Eres ignorante a causa de los franceses, a causa de su colonialismo.

Eran cosas que todos sabían de memoria, palabras y música que albergaban en su interior. La multitud se unía a nosotros y batía palmas mientras tocábamos. Como parte de nuestra preparación, nos daban artículos para leer y usar en nuestras charlas. Por ejemplo, les contábamos que los franceses habían esclavizado a nuestro país, que habían construido más cárceles que escuelas. Les decíamos que los franceses habían gastado más dinero dando alcohol y drogas a la gente del que habían empleado en medicinas. Necesitábamos estos artículos para saber de qué hablar, porque, aparte de las historias populares de los cuentos y poemas, apenas conocíamos hecho alguno.

Pero los demás tampoco sabían mucho, y nosotros nos servíamos de ello. Hablábamos de que no había escuelas, de que los franceses apenas habían construido alguna. Y señalábamos a alguno de nuestros oyentes, diciendo: "Mira, tú no sabes leer ni escribir. Eres un ignorante. ¿Sabes por qué? Eres ignorante a causa de los franceses, a causa de su colonialismo. Os han criado como animales, ¿os gusta esto?" Y esto, además, era verdad, ya que sólo una o dos personas de nuestro público tenían algunos estudios.

Luego pasábamos una hoja para recoger las firmas de quienes querían unirse a la Liga Juvenil. Todos querían. Su entusiasmo era tremendo. Naturalmente, nadie quería ser acusado de profrancés, de modo que había una gran presión social tácita. Pero ellos también querían ocuparse de la organización. Sabían que los posibilidades de llegar a ser buenos luchadores no eran muchas. En aquel tiempo, ser aceptado en el ejército del Vietminh era ya un gran honor. Pero por lo menos podían alistarse a la Liga Juvenil y pagar su cuota de diez céntimos mensuales y ser partícipes de lo que estaba sucediendo en el país.

Entonces cayó sobre ellos una granada. Uno de los hombres de Phai la cogió y la echó al aire antes de que explotara.

De este modo recorrí de un lado a otro la provincia de Ben Tre durante dos o tres años. Tenía entonces quince, dieciséis, diecisiete años. Descubrí que era un orador muy convincente, que podía lograr que la gente hiciera lo que yo quería. Estaba orgulloso de ello. Tenía la profunda impresión de que iba por buen camino. Íbamos constantemente de un pueblo a otro. No nos pagaban por ello, ni siquiera nos daban la comida, nada.

Fue un período excitante. Llegué incluso a tomar parte en una batalla que se libró en mi pueblo natal en 1947. Había un blocao junto a la carretera, un gran edificio cuadrado que originalmente había sido un almacén de arroz y que estaba protegido por barricadas de prietas balas de arroz. Los franceses habían logrado guarnecer el blocao con unos treinta soldados. De este modo, ellos podían controlar el tráfico de la carretera provincial. Así que el comandante local del Vietminh decidió atacar y tomar el blocao, aunque estuviera tan bien fortificado.

En aquel lugar, la carretera se había construido por encima del nivel del suelo y los combatientes del Vietminh, unos sesenta tal vez, tomaron posiciones detrás del terraplén. Luego empezaron a disparar contra el fortín. Pero las únicas armas de que disponían eran viejos mosquetones franceses del siglo pasado, totalmente inútiles para este tipo de ataque. Una vez em-

C.T.K.

pezado el tiroteo, multitud de campesinos se fueron reuniendo tras el terraplén para ver qué pasaba y para ayudar a los soldados. Llevaban estacas de bambú, cuchillos, azadas, todo lo que habían podido conseguir.

Ante nuestros ojos, el comandante de la guerrilla —su nombre era Phan Van Phai— y dos hombres más dejaron el terraplén y se dirigieron al blocao para incendiarlo. Lograron llegar cerca del fortín sin ser alcanzados por las balas y pudieron ponerse a salvo de los disparos que partían de las ventanas. Pero entonces cayó sobre ellos una granada. Uno de los hombres de Phai la cogió y la lanzó al aire antes de que explotara. Cayeron otras dos. Los hombres de Phai también lograron deshacerse de

ABAJO: *Antiguos SS alistados en la Legión Extranjera Francesa llevan su experiencia de muerte a Vietnam. Fotografías como ésta son muy difíciles de encontrar.*

C.T.K.

ARRIBA: *La expulsión de los odiados y aislados extranjeros. Esta posición francesa fue tomada por los vietnamitas tras cinco horas de combate.*

ellas. Pero la cuarta hizo explosión en cuanto la cogieron. Phai y los dos hombres murieron.

El episodio enfureció a los campesinos. Prácticamente destruyeron un par de casas cercanas para obtener materiales que ardieran y luego subieron al terraplén y empezaron a echarlo todo alrededor del fortín. Yo también echaba cosas. Era el delirio. Algunas personas murieron, pero otras empezaron a tirar cócteles Molotov. Primero se encendieron las hojas de palmera. Al poco rato, todo el edificio se convirtió en un mar de fuego y de nubes de humo. Un soldado francés salió corriendo, envuelto en llamas, y los hombres de Phai lo abatieron, en tanto que los demás quedaron atrapados en el interior. Los asamos vivos. Cuando las balas de arroz empezaron a arder les fue ya del todo imposible salir. Estuvieron consumiéndose durante meses. Podían verse los huesos de los soldados franceses entre las ruinas carbonizadas de su fortín.

Nadie se sorprendió de que los campesinos de Huong My se expusieran al fuego de los franceses para incendiar el blocao. En todas partes se encontraba la misma pasión. La provincia de Ben Tre era uno de los centros de la revolución. La gente es-

cuchaba durante horas a los oradores del Vietminh, pendientes todos de cada palabra. Se asomaban a las ventanas y se subían a los árboles para verlos por encima de las cabezas de la multitud. Los oradores repetían los eslóganes revolucionarios que ya entonces todos sabían de memoria. "¡Libertad o muerte!", gritaban. Y la multitud coreaba: "¡Libertad o muerte, libertad o muerte!" *Muon doc lap phai do mau!* "¡Para alcanzar la libertad hay que verter la sangre!" Y la multitud gritaba en respuesta: "Do mau, Do mau!", "Sí, ¡verter la sangre, verter la sangre!"

Durante un tiempo fui secretario de un campo que mi tío puso en marcha para adiestrar a propagandistas y oradores. Estaba situado cerca de una hermosa playa de Ben Tre y cada distrito enviaba personas a las sesiones de adiestramiento, que duraban aproximadamente un mes. Mi tío y los demás instructores les daban una concienzuda formación.

> Allí estábamos los tres luchando por el fusil en la oscuridad. Otro soldado francés hizo un disparo que me hirió en el muslo.

Más tarde decidí volver al instituto y acabar mis estudios. Había sido ya propagandista itinerante, secretario y otras cosas cuando me enteré de que el Vietminh había abierto un colegio en la zona de la resistencia. Pasé un año en él. Pero el nivel de enseñanza no era ni mucho menos lo que yo había esperado, no tenía nada que ver con mi antiguo instituto francés de My Tho. Así pues, dejé los estudios de nuevo, esta vez para ser corresponsal de guerra del famoso periódico del Ejército del Vietminh en la zona militar 9, la península de Ca Mau.

Por un tiempo seguí la actividad del batallón 410, que estaba bajo las órdenes de Albert Pham Ngoc Thao. En esta época, Thao tenía una falta de miedo patológica. No temía nada. Cuando todos se ocultaban en las trincheras, él andaba al descubierto como si estuviera paseando por el campo. A veces sus soldados intentaban convencerle de que se pusiera a cubierto, pero él no hacía caso. Un día le pregunté al respecto, y él me respondió: "Tal vez si no fuera el responsable, podría esconderme. Pero tal como están las cosas, si yo me escondiera, ¿qué harían los demás?"

En cuanto a mí, me encantaba mi trabajo. Estaba en el centro de todo, lo veía todo... y podía escribir sobre ello. Si bien no era un combatiente, no podía haber estado más cerca del combate. Y alguna vez tomé parte en él. En 1952, cerca de la ciudad de Can Tho, estaba con una unidad que atacaba un fuerte francés, otro de aquellos blocaos. En el interior, uno de los auxiliares vietnamitas era agente nuestro. El plan consistía en que, por la noche, cuando él estuviera de guardia, abriría la puerta y nos dejaría entrar mientras la guarnición dormía. Para asegurarse de que no cambiara de opinión, la unidad había tomado a su familia como rehenes.

Mientras cortábamos el alambre de espino que rodeaba el blocao podíamos oír unos golpes regulares provenientes del interior. Cada pocos minutos el centinela debía golpear un bloque de madera para indicar al oficial de guardia que todo estaba en orden y que él hacía su ronda. Cuando acabamos de cortar la alambrada empezamos a sospechar que era una trampa. Pero entonces la puerta se abrió desde dentro y todos entramos en silencio. Seguimos a nuestro agente hasta las habitaciones de los franceses y disparamos contra los soldados a través de las mosquiteras mientras dormían. Cuando a uno de los nuestros le falló el fusil, el soldado francés a quien iba a disparar pegó un salto y agarró el arma. Corrí a prestar mi ayuda y allí estábamos los tres luchando por el fusil en la oscuridad. Otro soldado francés hizo un disparo que me hirió en el muslo. Caí al suelo y me llevaron a uno de los botes que nos esperaban en el canal. Cuando estuvimos de vuelta en nuestro campamento, lograron extraerme la bala. Tuve que estar un mes convaleciente.

En 1952 gané el premio Cuu Long de literatura por mis narraciones y mis poesías. Tenía veintidós años: era el más joven de los ganadores. Me sentía en la cima del mundo. Mi carrera se abría ante mí. Ya era un escritor. Y tenía la intención de convertirme en un gran escritor, tan grande como Balzac, mi héroe de la literatura francesa.

Cuando la guerra acabó por fin en 1954 con los acuerdos de Ginebra, tenía sentimientos contrapuestos. El período de guerra, desde 1945, había sido magnífico. Pero me alegraba de que hubiera concluido. Debía, sin embargo, tomar una importante decisión: permanecer en el Sur con mi familia o trasladarme al Norte con mis camaradas. Los acuerdos de Ginebra exigían que las tropas del Vietminh se retiraran al norte del paralelo 17. Mi padre me dijo: "Mira, has estado ausente durante nueve años. Ya es bastante. Vuelve a casa y cásate. Dame nietos."

Sin embargo, me fui a Vietnam del Norte a bordo de un barco ruso, junto con mis amigos. Nos despedimos de nuestras familias en el puerto de Chac Bang. En el muelle, la gente lloraba cuando el barco zarpó y nosotros hicimos la señal de la victoria, levantando dos dedos por los dos años que íbamos a estar fuera. Cuando nos vieron hacer esto, los soldados franceses que estaban sentados en el muelle se quitaron los zapatos y empezaron a mover manos y pies meneando los dedos en el aire. Nos estaban diciendo que estaríamos fuera no dos, sino veinte años. Pero a mí no me importaba lo que dijeran. Estaba fascinado con el viaje. Veía como ante mí se abrían nuevos horizontes.

NGUYEN CONG HOAN
DIPUTADO DE LA OPOSICIÓN EN LA ASAMBLEA

La primera impresión es de ferocidad. Los pómulos salientes y un espeso bigote negro le dan un aspecto de guerrero. Ello contrasta con la rara serenidad de la sala de estar de su casa suburbana. Un relieve de Buda, magníficamente tallado, nos mira desde la larga pared y parece estar bendiciendo el lugar. Frondas de palma emergen de la bruñida madera. Es como estar en un templo. Después de hablar con él nos damos cuenta de que la delicadeza del relieve de Buda refleja su personalidad con mayor fidelidad que su cara de guerrero. Habla apasionadamente de "mi gente", refiriéndose a los pobres campesinos de la provincia de Phu Yen, a quienes representó primero como jefe de la oposición en la Asamblea Nacional de Saigón y después en las dos primeras asambleas comunistas en Hanoi.

Era un niño en la época de la guerra contra los franceses. De ella conserva un recuerdo: una terrible cicatriz que cruza su espalda en diagonal. ("Tuve que estar tumbado sobre el estómago durante dos meses.") En la actualidad es editor e impresor, es-

pecializado en literatura budista vietnamita. Durante los días en que hablamos algunos monjes aparecieron por su editorial.

CRECER EN EL SUR

Soy de Phu Yen, una provincia costera del centro de Vietnam. Mis primeros recuerdos precisos datan de cuando tenía ocho o nueve años, en plena guerra contra los franceses. Nuestro pueblo no era un centro de la oposición, pero tampoco estaba bajo control francés. De modo que de vez en cuando llegaban soldados franceses y mercenarios y efectuaban arrestos o reclutaban gente para el trabajo. Mi padre fue asesinado en una de estas operaciones antes de que yo naciera. Cuando tenía unos cinco años mi madre se volvió a casar. Recuerdo que a menudo llegaban en barco y atracaban en el puerto pesquero. Al verlos llegar, todos nos íbamos del pueblo, corriendo hacia las montañas o, por lo menos, hasta los refugios que había lejos de las casas. Naturalmente, yo no tenía idea de por qué sucedían estas cosas; sólo sé que los odiábamos. Querían llevárselo todo —cerdos, pollos, arroz— y disfrutaban destrozando cosas.

Una mañana, cuando íbamos a trabajar, corrió la voz de que un barco francés se acercaba al puerto. Cundió el pánico. La gente corría de un lado a otro cogiendo sus cosas y llevándose la mayor cantidad de arroz posible. Yo cogí un saco de arroz y algo de ropa. Mi hermana mayor llevaba en brazos a mi pequeña hermanastra. Entre tanta confusión nos separamos. No sé cómo, pero mi hermana no llegó a la montaña con nosotros. No la vi en los dos días que estuvimos fuera, antes de que pensáramos que ya era seguro bajar.

Cuando llegamos al pueblo, todo estaba destruido. La mayor parte de las casas habían sido incendiadas, pero la nuestra seguía todavía en pie. A su puerta estaba mi hermanita pequeña, gateando junto al cadáver de mi hermana mayor. Su pecho era una masa de sangre seca. Mis padres lloraban a su lado. Recuerdo que la cogieron con una gran delicadeza.

Éste es mi primer recuerdo claro. Poco tiempo después, los habitantes de Phu Lac decidieron abandonar el pueblo. Estando tan cerca del mar, resultaba muy vulnerable. Los franceses venían con demasiada asiduidad y no podíamos hacer nada para impedirlo. El pueblo, pues, se dispersó. No había mucho que llevarse. Si la familia tenía un sampán, cargaba en él sus pollos, sus cerdos y unos pocos muebles. Nosotros nos fuimos a pie, llevándonos nuestras pertenencias. Llegamos hasta Phuoc Giang, a unos cinco kilómetros de distancia en dirección a las montañas.

Phuoc Giang estaba a salvo de ataques por mar, pero se encontraba más cerca de la carretera nacional, controlada también por los franceses. A veces, la artillería francesa disparaba contra el pueblo desde la carretra. Muy de vez en cuando llegaba también la aviación, bombardeando y ametrallando desde el aire.

Una vez —yo debía de tener doce años— los cañones empezaron a disparar y oímos el ruido de los aviones en la distancia. Parecía un gran ataque. El pueblo entero corrió hacia los refugios excavados en el borde de la jungla. El rugido de los aviones y el estruendo de las explosiones eran aterradores. Me acurruqué en un refugio con los ojos cerrados, rezando para que todo se acabara pronto.

Cuando los aviones se fueron, nosotros salimos. Contemplé los cuerpos de la gente que no pudo llegar a los refugios. Huu, mi mejor amiga, yacía en èl suelo, quemada por el napalm. No estaba muerta, pero agonizaba. Nos sentamos a su lado por la noche, velándola. Su cuerpo brillaba por el fósforo.

Los ataques eran como una epidemia. Yo tampoco logré librarme de ellos. Dos meses después de la muerte de Huu, yo estaba en casa cuando los cañones empezaron a sonar. Corrí hacia la jungla, pero súbitamente oí un ruido tremendo y caí. Sabía que estaba herido, pero no sentía nada. Traté de levantarme, pero no pude. Vi gente a mi lado, hablándome, pero no podía oírlos. Me extrañaba que no pudiera oír nada.

No estaba muerta, pero agonizaba. Nos sentamos a su lado por la noche, velándola. Su cuerpo brillaba por el fósforo.

Me desperté en mi casa. Mis padres y otras personas estaban conmigo, mirándome y llorando. Todavía no sentía nada, ningún dolor. No al principio: el dolor llegó más tarde. Mi madre me limpiaba las heridas de la espalda con una toalla y agua salada, pero de todos modos se infectaron. Nadie en el pueblo tenía medicinas para mis heridas.

Tuve que estar tumbado sobre el estómago, mirando al suelo, durante dos meses. No sé en qué pensaba; sólo sabía que quería matar a los franceses. Pensé mucho sobre esto. Pero todos pensábamos en ello, por lo menos los jóvenes. He aquí lo que haríamos cuando fuéramos mayores: matar franceses.

Exceptuando la artillería y los aviones que pasaban de vez en cuando, la guerra no llegó a nuestro pueblo. No hubo propiamente lucha entre nosotros.

Nunca vimos guerrillas en Phuoc Giang, ni tampoco tropas francesas. Era, pues, mejor que en Phu Lac, mi pueblo natal. Alguna vez desaparecía algún vecino. Se decía que había ido a incorporarse a la revolución.

Tenía trece años en 1954, el año en que se firmaron los acuerdos de Ginebra. La gente del pueblo estaba radiante de alegría por el fin de la guerra. Se oía una y otra vez: "Ya no habrá guerra." Por otra parte, nadie se preocupaba demasiado por la división del país en Norte y Sur. En Phuoc Giang ni siquiera se habló nunca de Hanoi o de Saigón, las dos grandes ciudades. Ni siquiera hablaban de Hue, que era la antigua capital del centro. En cuanto a mí, Tuy Hoa era la mayor ciudad que podía imaginar. Se hablaba mucho de Tuy Hoa, pero ¿quién había estado allí alguna vez? Estaba a veinticinco kilómetros de distancia, una larga caminata.

Pero en 1958 yo mismo fui allí, para asistir al instituto. Después de los acuerdos de Ginebra, algunas familias de Phuoc Giang enviaron a sus hijos a estudiar a Tuy Hoa. Era una de las bendiciones de la paz. Fui uno de los afortunados. Una tía mía trabajaba en un hospital de la ciudad, de modo que tenía un lugar donde vivir. Estaba entusiasmado, sobre todo porque me encantaba estudiar.

En septiembre de 1961 me matriculé en la facultad de ciencias de la Universidad de Saigón. Mi vieja atracción por las matemáticas, la física y la química había madurado, y ahora me había propuesto obtener un doctorado en ciencias. Mi primera idea de ser ingeniero y construir edificios había dado paso a mis planes de dedicarme profesionalmente a la química. Era mi verdadero amor. El cambio y la interacción constante entre los ele-

mentos me maravillaba. Pensaba que nunca podría cansarme de observar el mundo a este nivel. Pensé en la elaboración de alimentos o en hacer otras cosas prácticas con los conocimientos que iba a adquirir, aunque no sabía exactamente cuáles. De todos modos, la química podía resolver muchos problemas reales, podía ser de gran utilidad para la gente.

Pero aunque me dedicara mucho al estudio, también aprendí otras cosas en Saigón. Empecé a vivir la política. Adquirí una perspectiva crítica del gobierno de Ngo Dinh Diem a causa de los arrestos y del favoritismo religioso que observé en mi provincia natal. Descubrí que Saigón tenía dos caras. Por una parte, era la rica ciudad de ensueño que siempre había pensado que era, una ciudad de edificios magníficos, de lujosos coches, de gran riqueza. Pero era también un lugar donde la gente vivía en las chabolas más miserables o, simplemente, en la calle. Estaba llena de mendigos. Había también las prostitutas, con sus cortas faldas y ceñidas blusas y llenas de maquillaje. Te agarraban al pasar, literalmente te agarraban para que te fueras con ellas.

Cuando empecé a vislumbrar la relación entre la política y la economía, el gobierno de Diem me gustó menos aún. Por entonces no pensaba que me iba a comprometer personalmente con nada. Me sentía totalmente ajeno al mundo de la política. Pero estaba indignado. Y carecía del sentido suficiente para guardarme mis propias opiniones. De modo que, naturalmente, hablaba de ellas con mis amigos, muchos de los cuales hacían las mismas observaciones que yo.

Me golpeó y volvió a decirme que se lo contara todo. Pero no tenía nada que decirle. No tenía idea de lo que hablaba.

De todos modos, durante mis dos primeros años en Saigón me ocupé sobre todo de mis asuntos personales. Mis estudios iban muy bien. Me enamoré de una chica y nos casamos. Ella era de Nha Trang, un lugar en el centro del país, cerca de mi provincia natal de Phu Yen. En agosto de 1963 fuimos a Nha Trang a visitar a su familia. Durante este viaje se produjo mi verdadera maduración política.

En verano de 1963, el conflicto entre católicos y budistas había alcanzado su mayor intensidad. En mayo y junio los budistas se manifestaron violentamente contra el gobierno. En junio, el primer monje se prendió fuego a sí mismo en las calles de Saigón.

En Nha Trang hay una famosa pagoda budista llamada Hai Duc. Un día, durante la visita a los padres de mi esposa, fui a Hai Duc con un amigo para ver lo que ocurría. Pensé que habría manifestaciones, o discursos, o alguna otra cosa de interés. Pero cuando llegamos, vimos que no ocurría nada. En la parte frontal de la pagoda no había más que unos escritos en un tablón de anuncios.

Leímos lo que había y dimos la vuelta para partir. Pero entonces tres hombres nos agarraron y nos metieron en un coche. Tardé un minuto en darme cuenta de que estos tipos eran policías, pero la acción me dejó tan sorprendido que no reaccioné en absoluto. A los dos minutos ya estábamos en comisaría. Me registraron y se quedaron con mi cartera y mi carnet de identidad. Luego me encerraron, solo, en una celda.

E.C.P.A.

ARRIBA: *Ninguna de las fuerzas en combate en un Vietnam crucificado por la guerra podía esperar mucha clemencia en la derrota. Estos son los restos de una guarnición masacrada tras rendirse a los japoneses.*

Al poco rato, un oficial y dos policías entraron en la celda. El oficial me dijo que debía admitirlo todo. Dijo que quería saber con todo detalle por qué trabajaba para los budistas y qué métodos empleaba. Al ver que no podía responderle nada, empezó a golpearme con la porra. Me golpeó y volvió a decirme que se lo contara todo. Pero no tenía nada que decirle. No tenía idea de lo que hablaba. Al cabo de un rato dejó de golpearme y me dio un lápiz y unas hojas de papel para que escribiera mi autobiografía.

Mientras escribía empecé a pensar que yo era propiedad de la policía, del mismo modo que los campesinos habían sido propiedad de los franceses durante la guerra. Los franceses podían presentarse y hacer lo que les diera la gana. Nadie podía impedírselo. Era un hecho de vida que había que aceptar, como el mal tiempo.

Es algo difícil de explicar a los norteamericanos, porque los norteamericanos están habituados a la idea de la justicia. En Estados Unidos, si la policía le arresta sin razón y le golpea, usted busca un abogado, demanda a los policías y procura que sean arrestados. Pero esta clase de justicia no formaba parte de la vida de Vietnam. Si le arrestaban, no podía apelar a nadie. Uno era propiedad de la policía. Punto. Si le cogían, mala suerte, como uno tiene mala suerte si cae enfermo. Habían cogido a otros, algunos de los cuales desaparecieron y otros fueron ase-

REX FEATURES

ARRIBA: *Bajo los colores de la guerra, los niños aprenden las tres erres vietnamitas: revolución, revolución y revolución. Pocos sabían leer, pero eran sensibles a la propaganda en favor de la violencia revolucionaria.*

sinados. Ahora me tocaba el turno a mí, y yo lo aceptaba, porque no podía hacer nada para impedirlo.

Cuando concluí la autobiografía, se pusieron furiosos. Todavía pensaban que trabajaba para los budistas y me negaba a confesarlo. Así pues, volvieron a golpearme y a interrogarme. Me tuvieron en la celda tres días y tres noches sin comer ni dormir, agobiándome con preguntas y con golpes. Estaba convencido de que me matarían. Los policías llevaban las armas y yo no podía imaginar cómo podría arrebatarles una y disparar-les. Y era imposible escapar.

Al fin me dejaron y me llevaron a otra habitación, donde me dieron sopa de arroz. Cuando la hube comido, el oficial me dijo que si no les contaba lo que querían saber, me torturarían. Pensé que si lo que me habían hecho hasta entonces no era tortura, ¿qué más podían hacerme? Me asusté. Lo único que me mantuvo en pie fue ver que la habitación estaba vacía —no parecía un lugar para torturas—. Pensé que mientras permaneciera allí estaría a salvo.

Mientras hablaban conmigo en esta habitación descubrí que mi amigo, aquel con quien fui arrestado, era un confidente de la policía. Me había denunciado porque le hablé de las cosas que no me gustaban de Saigón y de lo que pensaba del gobierno. Pero al cabo de tres días de interrogatorio debieron de pensar que no sabía nada específico sobre el movimiento budista, ya que dejaron de pegarme.

Desde la comisaría me llavaron a la cárcel de Nha Trang, donde ocupé una celda colectiva con unas cincuenta personas. Por lo que pude ver, la mayoría de los otros reclusos eran sospechosos como yo. La celda tenía unos seis metros de anchura por doce de longitud, con plataformas de madera a cada lado para dormir. Nos daban de comer dos veces al día: arroz y vegetales. También nos sacaban de la celda dos veces al día, para efectuar unas vueltas por el patio e ir al lavabo y asearnos. Cada preso podía recibir visitas una vez por semana, de modo que pude hacer saber a mi mujer dónde me encontraba. A partir de la tercera semana vino a verme con regularidad. Estuve en la cárcel de Nha Trang casi dos meses. Me dejaron en libertad la primera semana de octubre, tres semanas antes de aquel 1.º de noviembre en que Diem fue derrocado. Me alegré enormemente de haber salido, pero quizá me alegré todavía más de la muerte de Diem.

TRINH DUC
ACTIVISTA URBANO, PRESO POLÍTICO, SECRETARIO LOCAL

No habla inglés ni francés, sólo chino y vietnamita. "Mis dos países", dice. En uno de ellos "aprendí a ser paciente y sacrificado"; en el otro, "a morir por una causa". A pesar de sus cincuenta y cinco años, no tiene ni un gramo de grasa. Es elegante, musculoso y rápido de movimientos.

Cuando describe la diferencia entre el AK-47 ruso y el M-16, brinca y lo demuestra: ¡BAM-BAM-BAM-BAM! El M-16 es más ligero y de disparo más rápido, pero él prefiere el AK porque tiene mayor poder de penetración.

Aunque casi toda su vida ha sido un luchador, posee un buen conocimiento de la política y le gusta hablar de ella. Al hacerlo, descubrimos a un marxista militante. Refuerza sus palabras con movimientos ondulantes de la mano o apuntando con el dedo al cálido cielo del Midi francés, donde vive.

Al cabo de una sesión de ocho horas yo estoy exhausto, pero él ni siquiera ha reducido el ritmo. "¿Más preguntas?" Tiene una voluntad de hierro. Es un hombre duro. Una sesión con él nos permite descubrir cómo sobrevivió durante diez años en las peores cárceles de Vietnam del Sur.

EN LA CLANDESTINIDAD

Nací en la isla de Hainan y soy hijo de un campesino. [La isla de Hainan se encuentra cerca de la costa meridional de China y de la costa oriental de Vietnam. Tanto política como étnicamente es parte de China.] En 1942 me uní al movimiento de resistencia contra los invasores japoneses. Tenía doce años. Me uní a la resistencia porque los japoneses mataron a mi padre. También mataron a uno de mis hermanos mayores, que luchaba en la resistencia contra ellos. Me enrolé, pues, en cuanto tuve edad suficiente para hacer algo.

Todos los habitantes de Hainan odiaban a los japoneses y lu-

chaban contra ellos, cada cual a su modo. En las ciudades, la resistencia estaba organizada por el gobierno del Kuomintang de Chiang Kai-Shek. En el campo, la resistencia era dirigida por los comunistas. Yo vivía en el campo y, por tanto, me uní a los comunistas.

Primero hice de guía y de mensajero; al cabo de unos dos años me convertí en un combatiente.

La organización juvenil comunista de la que formaba parte —la Unión Juvenil de Mao Zedung— me proporcionó instrucción militar y política. Las lecciones políticas no eran normalmente sobre marxismo, sino sobre temas tales como las atrocidades de los japoneses y cómo tratar a los campesinos. El objetivo de estas lecciones consistía en incrementar nuestro odio hacia los japoneses y nuestro deseo de matarlos.

Pero cuando los del Kuomintang llegaron a mi región, arrestaron o mataron a toda la organización de la resistencia comunista a la que yo pertenecía.

En 1945, cuando los japoneses se rindieron, yo ya era un soldado de tiempo completo. Cuando se fueron, continué siendo miembro de la Unión Juvenil, pero regresé a casa para vivir con mi familia y ayudarla. Conseguimos comprar dos bueyes, que usábamos para tirar de una carreta de transporte. Así nos ganábamos la vida. Fue un período feliz de mi vida, en la posguerra.

Pero mi felicidad no duró mucho. Durante la guerra, el Kuomintang y los comunistas estaban unidos contra los japoneses. Luego las cosas cambiaron. Los comunistas siempre habían controlado a los campesinos, pero ahora los oficiales y los soldados del Kuomintang llegaban a los pueblos y arrestaban y mataban a las personas que acusaban de comunistas. Llevaron el terror dondequiera que fueran.

Yo tenía entonces dieciséis o diecisiete años. Y aunque había sido miembro de las juventudes de Mao Zedung durante muchos años, no era un comunista, ideológicamente hablando. Por lo menos, yo no me consideraba como tal. Era un soldado y un carretero. Pero cuando los del Kuomintang llegaron a mi región, arrestaron o mataron a todos los miembros de la organización de la resistencia comunista a la que yo pertenecía. Los jefes del Partido de la región habían luchado a su lado, y ahora ellos nos arrollaron.

Nos aplastaron por completo.

Cuando esto sucedió, el Partido no pudo responder. No éramos lo bastante fuertes para hacerles frente. Mi unidad quedó reducida a cinco personas. Cuando el Partido nos dijo finalmente que salváramos la piel, sólo quedábamos dos. La directiva nos ordenó separarnos unos de otros. Todos los supervivientes intentaron abandonar Hainan. Unos fueron a Tailandia, otros a Vietnam y otros a lugares más seguros en la misma China.

Yo decidí huir a Vietnam. Mi hermano mayor había emigrado a aquel país mucho tiempo atrás y vivía en Cholon [el barrio chino de Saigón], donde tenía un restaurante. Sabía que se ocuparía de mí. Conseguí pasaje en un barco como parte de un numeroso grupo que se estaba organizando, compuesto sobre todo por personas que iban a visitar familiares o a buscar trabajo.

Los testimonios sobre la tortura y la inanición en estas cárceles eran escalofriantes.

La ciudad me produjo una intensa emoción. Era el lugar más grande que jamás había visto. El chino de Cholon que había organizado el viaje me llevó a casa de mi hermano, a quien no había visto desde que yo tenía cuatro años. Al momento me sentí como en casa. La familia de mi hermano fue muy amable conmigo y Cholon estaba lleno de chinos. La atmósfera era muy china; todos hablaban chino, aunque algunos no entendían el dialecto de Hainan.

Resumiendo, mi vida en Saigón fue una combinación de cosas nuevas y de cosas conocidas.

Poco después de mi llegada, me puse a ayudar a mi hermano en el restaurante. Éste estaba situado cerca de un cuartel, de modo que muchos clientes eran soldados franceses. Fueron los primeros europeos que veía. No podría decirse que estaba predispuesto contra ellos, pero sí sentía cierto odio hacia ellos, producto de mi instrucción en el Partido, que nos había explicado algo del colonialismo francés.

Mi hermano y la mayoría de los que trabajaban en el restaurante tenían también opiniones tajantes al respecto. Pronto descubrí que había fuertes encuentros entre franceses y el Vietminh, y que mi hermano y otros del restaurante eran revolucionarios. Formaban parte de la organización del Vietminh, trabajando por los comunistas en la comunidad china. Educaban a los chinos para que apoyaran la revolución vietnamita y para que amaran a China y su revolución. Distribuían escritos, organizaban reuniones y dirigían distintas clases de grupos clandestinos.

Yo viví en este ambiente desde que llegué a Saigón. Los vietnamitas y los revolucionarios chinos tenían un mismo objetivo, pero los chinos contaban con sus propias organizaciones: mujeres, obreros, jóvenes, intelectuales, y también con sus equipos de seguridad. Alguna que otra vez, los chinos del Kuomintang intentaban infiltrarse en estos grupos, pero por lo general eran muy pocos y su éxito era casi nulo. La policía vietnamita que trabajaba para los franceses resultaba mucho más peligrosa. Numerosas personas fueron arrestadas y encarceladas, algunas incluso en Con Son [una cárcel de máxima seguridad en una isla del Mar de la China Meridional situada a unos ciento veinte kilómetros de la costa sur de Vietnam].

Los testimonios sobre la tortura y la inanición en estas cárceles eran escalofriantes. Nadie dejó de actuar por ello, pero todos los revolucionarios sabían lo que los esperaba si los cogían.

Antes de 1950 había ya hecho proselitismo político. Pero aquel año fui admitido oficialmente en el grupo de estudiantes. Mi trabajo consistía sobre todo en hablar, difundir información sobre China y la revolución y despertar el odio de los estudiantes hacia los franceses.

En 1952 fui admitido en el Partido Comunista. Nos explicaron que era tan glorioso luchar por Vietnam como luchar por China. Se nos decía que Vietnam y China eran como "labios y dientes". Si no se cierran los labios, los dientes sienten frío.

Cuando en julio de 1954 se firmaron los acuerdos de Ginebra, nosotros distribuimos el texto en chino y dimos información adicional explicando cuán esencial había sido la ayuda china para la victoria final. Después de Ginebra, me pusieron en la lista de los que debían ser transferidos al Norte. Era el mayor honor que había recibido nunca. Estaba feliz por haber sido elegido. Mi lugar de embarque era Camau, en la punta del Delta. La reunión de partida fue una ocasión gozosa. Había miles y miles de combatientes, y otros miles que habían sido liberados de Con Son y de otras cárceles horribles. Hijos e hijas habían acudido

a despedir a sus padres. También estaban unos cien franceses que habían luchado al lado del Vietminh.

Acampamos en espera del barco que nos llevaría al Norte. Pero al cabo de cuatro o cinco días, un jefe del Partido me dijo que le acompañara hasta una casa aislada que había en una

IZQUIERDA: *Soldados y civiles se enfrentan durante el golpe de Estado que acabó con la presidencia de Ngo Dinh Diem. El 1 de noviembre de 1963, Henry Cabot Lodge, embajador de Estados Unidos en Vietnam, dijo a Diem: "Usted ha cumplido con su deber... Nadie puede quitarle el mérito de lo que ha hecho... Estoy informado de que aquellos que están al mando de la actual situación le ofrecen a usted y a su hermano un salvoconducto para salir del país si usted dimite." Al día siguiente, Diem era asesinado.*

plantación de caña de azúcar. Luego me pidió que esperara allí. Unas horas después, llegó otro jefe que hablaba chino para informarme de la situación y darme instrucciones. Me dijo que, después de todo, no iría al Norte. Según los análisis del Partido, Diem no iba a convocar elecciones dos años después, en contra de lo estipulado por los acuerdos. Por esta razón, algunos deberíamos quedarnos en el Sur, manteniendo la organización y presionando para que se realizaran las elecciones. Yo había demostrado ser un organizador eficiente y no había sospechas sobre mí, de modo que debía quedarme.

Al principio me quedé consternado. Pero a medida que el miembro del Partido me iba dando explicaciones, empecé a hacerme a la idea de que no iría al Norte. Al final, estaba de acuerdo con él acerca de la necesidad de mantener vivas las estructuras del Partido en el Sur. Era la decisión correcta y resolví llevarla a cabo.

Además de mantener viva la organización, también guardábamos armas y municiones, enterradas generalmente en tumbas y sepulcros.

La norma principal que debíamos seguir los que permanecíamos en el Sur era no violar los acuerdos de Ginebra. Debíamos comportarnos como ciudadanos normales y corrientes. La organización debía mantenerse a nivel mínimo. Nada de comunicaciones por escrito, nada de documentos. El secreto debía ser total.

Además de mantener viva la organización, también guardábamos armas y municiones, enterradas generalmente en tumbas y sepulcros. Debían permanecer allí, no había que tocarlas en absoluto. Dispondríamos de ellas solamente si el Partido consideraba necesario reanudar la guerra.

Nos dijeron que Diem podía cumplir o no los acuerdos de Ginebra. Pero en cualquier caso debíamos continuar con el movimiento, mantener a la gente alerta y las organizaciones en funcionamiento. Si iba a haber elecciones, podríamos capitalizar la situación más fácilmente estando cada uno en su lugar. Y si no hubiera elecciones, estaríamos mejor preparados para reincorporarnos a la lucha. En todo caso, el Partido nunca se dormía en los laureles.

Recibí detalladas instrucciones sobre estos temas durante más de dos semanas. Luego regresé a Saigón para completar mi último año de secundaria y para continuar trabajando por la causa.

★ ★ ★

ARRIBA: *Dos ciclistas contemplando recelosos a una nueva víctima. Este hombre fue ahorcado por apoyar a los comunistas y dejado en la carretera para escarmiento ajeno.*
DERECHA: *Preparativos para el combate.*

REX FEATURES

Capítulo 2

HISTORIAS DE LA GUERRA

CAPÍTULO 2 HISTORIAS DE LA GUERRA

A partir de 1954, la guerra en el Sur estuvo aletargada varios años, pero nunca desapareció en realidad. La violencia acompañó la subida al poder de Ngo Dinh Diem. Al principio, no podía decirse que controlara Saigón. Para ejercer el mando, primero tuvo que hacer valer sus derechos sobre él.

Y lo hizo con sorprendente rapidez. Para empezar, aplastó la mafia de Binh Xuyen en Saigón; luego desafió los ejércitos de las sectas de Cao Dai y Hoa Hao. Vencedor en estas confrontaciones, y con mayor credibilidad y poder, dirigió su atención a la infraestructura del Vietminh con campañas del tipo "Denunciar a los comunistas" y "Matar a los comunistas" que afectaron tanto a ex combatientes inocentes como a comunistas que operaban en la clandestinidad.

Hijo de una familia católica (su hermano mayor era obispo de Vinh Long y más tarde fue arzobispo de Hue), Diem recibió gran apoyo de la comunidad católica, sobre todo por parte de los emigrados recientes del Vietnam del Norte de Ho Chi Minh. Por ganar su favor, se indispuso con otros, sobre todo con la mayoría budista, que empezó a organizarse políticamente en respuesta a las amenazas y a la discriminación del gobierno.

> Se construyó una ruta de infiltración de tropas y suministros en las junglas de la cordillera de Truong Son.

Aunque Diem seguía afirmando que actuaba según los deseos democráticos de sus consejeros norteamericanos, sus instintos iban en la dirección de la política vietnamita del poder, familiar y feudal. Debido a ello, y a pesar de haberse consolidado en el poder, cada vez era más impopular y se hallaba más aislado.

En 1963 estaba ya indispuesto con todo el mundo, salvo sus más próximos partidarios. Los oficiales del Ejército, los campesinos, políticos, estudiantes, periodistas y budistas manifestaban abiertamente sus persistentes agravios. La administración norteamericana estaba tan decepcionada con la negativa de Diem de complacer a todos los sectores de la población, que se hallaba dispuesta a abandonarlo por cualquier sucesor que prometiera estabilidad.

El incidente que desencadenó la caída de Diem fue la autoinmolación de un anciano monje budista de la pagoda Xa Loi de Saigón. El verano de protestas consiguiente preparó el camino al golpe de Estado que derrocó finalmente al presidente y a su familia el 1 de noviembre de 1963. Con ello concluía la primera fase de la existencia de Vietnam del Sur como país independiente.

Los acuerdos de Ginebra también crearon problemas a Vietnam del Norte. Mientras Diem consolidaba su poder en el Sur, Ho Chi Minh edificaba un sólido régimen comunista en el Norte. Pero si el reto de Diem había consistido en afirmar su dominio personal, Ho debía crear una base inquebrantable de apoyo al Partido. Para lograrlo, debía reformar el país que gobernaba.

Hasta 1959 el Partido no se consideró lo bastante fuerte como para reanudar la guerra en el Sur. Se construyó una ruta de infiltración de tropas y suministros en las junglas de la cordillera de Truong Son que pasaba por el este de Camboya y llegaba a los viejos baluartes de la resistencia en la provincia de Tay Ninh de Vietnam del Sur. En los primeros años, la mitad de los que emprendieron el viaje murieron en el camino. Los que llegaban al final, lo hacían cinco o seis meses después de la partida.

Pero con los refuerzos del Norte, la guerra de guerrillas se intensificó rápidamente en Vietnam del Sur. En un vano intento de presionar al gobierno de Ho para que retirara su ayuda, Estados Unidos empezó a bombardear Vietnam del Norte en 1964. Pero con ello la guerra no hizo sino adquirir mayor amplitud y virulencia. En 1965 Lyndon Johnson consideró que el único modo de asegurar la victoria era mandar tropas de combate norteamericanas.

El 9 de marzo de 1965, los primeros marines desembarcaban en Danang. Tres años más tarde, había más de medio millón de soldados estadounidenses en el país.

El 31 de enero de 1968, la táctica de desgaste fracasó ante la furia de la ofensiva del Tet. Los asaltos a Saigón y a las capitales de las distintas provincias del Sur estaban coordinados con levantamientos populares en el interior de las ciudades, con la intención de derribar el gobierno local y forzar un acuerdo con las tropas de asalto. "La ofensiva general y el levantamiento general", durante tanto tiempo planeados, estaban a punto de tener lugar.

Para las fuerzas revolucionarias fue un desastre. Los levantamientos populares no se produjeron. Tras el choque inicial, el Ejército de Vietnam del Sur y las fuerzas norteamericanas descargaron su potencia de fuego contra un enemigo que por fin se encontraba al descubierto. El Vietcong perdió la mitad de sus hombres e inició un período de dos años de huidas, de ocultamientos y de lenta reconstrucción.

Tras la ofensiva del Tet, las tropas norvietnamitas confluyeron hacia el Sur para sostener al diezmado Ejército de Liberación. Desde 1970, la revolución fue sobre todo un asunto del Norte. Las tropas norvietnamitas ocupaban la vanguardia y la República Democrática se convirtió en una "retaguardia gigante" proveedora de hombres y de recursos. La población hubo de sufrir las consecuencias.

> Empujaron al señor Thuoc hasta el borde de una tumba abierta y lo ataron a un poste... Luego le dispararon y él cayó, todavía atado al poste.

Pero entonces Estados Unidos iba reduciendo su presencia, "vietnamizaba" la guerra presionado por la creciente oposición interna. Cuando finalmente el apoyo de las tropas de tierra norteamericanas concluyó, los dos bandos vietnamitas se enfrentaron entre sí. La "ofensiva de primavera" del Norte, en 1972, fue mantenida a raya por la resistencia desesperada del Ejército survietnamita y por el masivo apoyo aéreo norteamericano. Pero el acuerdo de paz de París subsiguiente fue sólo el preludio de la última confrontación, esta vez sin ninguna intervención de Estados Unidos.

La campaña final de una guerra de 10 000 días tuvo lugar en el invierno de 1974-75. En marzo, el Ejército de Vietnam del Sur se desmoronaba. En abril la guerra había prácticamente concluido. El 30 de abril los carros de la 203.ª brigada blindada del Norte llegaron al Palacio Presidencial de Saigón. La guerra había terminado, pero para muchos la lucha por la supervivencia continuaba.

★ ★ ★

HOANG HUU QUYHN
FUTURO INGENIERO Y ADMINISTRADOR DE UNA ESCUELA

DEUDA DE SANGRE

Aquel día, miles de personas se reunieron en el campo de fútbol, no sólo gente de Lam Son, sino de todos los pueblos cercanos. Los niños iban vestidos con camisa azul y pantalón blanco. Llevaban pañuelos rojos y panderetas. Había infinidad de banderas con eslóganes.

El señor Thuoc, un terrateniente, había sido arrestado días atrás. Unos soldados lo llevaban al estrado situado ante la multitud, atado como un cerdo. Al llegar junto al estrado, uno de los soldados dio un tirón a la cuerda y el señor Thuoc cayó. Luego lo arrastraron por el suelo.

De pronto apareció su nieta para denunciarlo. Decía a voz en grito que ella no era su nieta y que él había matado a su esposa para que no hubiera testigos de sus crímenes. Cada vez que ella hablaba, él respondía "Sí, sí".

Nunca hubiera imaginado que pudiera suceder algo así, que una nieta acusara a su abuelo. Creí que iba a vomitar. De vez en cuando, algunos *bo doi* gritaban entre la multitud: "¡Abajo el terrateniente!" o "¡Abajo el brutal reaccionario!" Se oía también a gente gritar: "¡Las deudas de sangre con sangre se pagan!" Al cabo de una hora más o menos llevaron a empujones al señor Thuoc a una mesa para firmar un papel.

Al día siguiente, la multitud se concentró de nuevo. El juez leyó una declaración en la que se decía que el señor Thuoc era un brutal reaccionario que había cometido muchos crímenes de sangre contra los campesinos. Añadió que la pena para estos crímenes era la muerte.

Al momento, un soldado situado detrás del señor Thuoc le metió una pequeña toalla en la boca. La multitud gritó y sonaron las panderetas.

Empujaron al señor Thuoc hasta el borde de una tumba

ABAJO: *A pesar de su sangrienta historia, Vietnam continuaba siendo un país de innegable belleza. Esta imagen serena está muy lejos de los cuadros llenos de napalm en llamas, de oleadas de polvo y de cuerpos destrozados.*

REX FEATURES

ARRIBA: *Un soldado de la dotación antiaérea escruta el cielo en busca de intrusos norteamericanos. En cuanto disparen, se convertirán en el blanco de una temible represalia.*

abierta y lo ataron a un poste. Algunos *bo doi* se situaron a unos tres metros frente a él. Luego le dispararon y él cayó, todavía atado al poste. A patadas echaron su cuerpo al interior de la zanja.

EL BOMBARDEO

En el Norte empezó el 4 de agosto de 1964, en represalia por los ataques del golfo de Tonkín, y continuó regularmente hasta el 31 de marzo de 1968, cuando Lyndon Johnson decretó una moratoria. Richard Nixon reanudó los ataques en respuesta a la ofensiva de primavera de 1972. Luego, a mediados de diciembre de aquel año, desencadenó diez días de terror sobre Hanoi y Haiphong. Su objetivo era lograr que los norvietnamitas volvieran a la mesa de negociaciones de París.

Los resultados estratégicos y tácticos del bombardeo no están del todo claros. Pero no caben dudas sobre su impacto psicológico: miedo entre los soldados, miedo y odio entre los civiles.

A continuación, los testimonios de un oficial de batería antiaérea de Vietnam del Norte, que fue hecho prisionero, y de un soldado de infantería norvietnamita, que en Laos colaboró en la captura de un piloto norteamericano y que escribió su relato para el "Nhan Dan" (El diario del Partido). Como era previsible, sus recuerdos de la actuación del Ejército norvietnamita contra los norteamericanos poseen un halo laudatorio. Pero es muy probable que en lo esencial sean correctos.

★ ★ ★

NGUYEN VAN THANH, *teniente del Ejército de Vietnam del Norte: Batería antiaérea*

El peor día para mi unidad fue el 19 de agosto de 1968. Yo estaba al frente de una batería encargada de la defensa antiaérea de un área de suministros. Teníamos cincuenta y dos hombres en servicio. A las 09.00 fuimos atacados por F-4H y F-105. Al finalizar el ataque, cuarenta de mis hombres habían muerto, entre los cuales dos jefes de pelotón y el oficial ejecutivo de la compañía. El oficial político y yo mismo estábamos heridos y tres de nuestros cuatro cañones habían sido destruidos.

Mi batería se había desplegado justo en el centro del ataque y debimos soportar todo el fuego. La batería 26, situada a uno de mis flancos, sufrió siete víctimas mortales. En la batería 38, emplazada detrás, se contabilizaron un muerto y tres heridos. La 27, situada más al este, tuvo cinco heridos.

DERECHA, ARRIBA: *Soldados norvietnamitas curioseando en un helicóptero norteamericano derribado. En Vietnam se perdieron muchos helicópteros, alcanzados desde tierra.*
CENTRO: *En 1966, Estados Unidos bombardeó un área de 8 kilómetros de radio con centro en Hanoi. Esta brigada de salvamento lleva los primeros auxilios a un pueblo situado al sur de la capital.*
ABAJO: *Un piloto norteamericano recién capturado.*

Los comandantes de estas baterías hacían pequeños trucos. En principio, cuando el batallón daba las órdenes, debíamos abrir fuego todos a la vez. Pero las otras compañías esperaron un par de segundos. Con este retraso, el objetivo podía ya estar fuera de vista. Retrasándose sólo uno o dos segundos, se podía ocultar la posición. Sólo la unidad que abría fuego primero era localizada con precisión.

Desde luego, las demás unidades también serían localizadas, pero no se considerarían objetivos principales. Así pues, la batería identificada fue la mía y todas las bombas y metralla cayeron sobre nosotros.

Me quejé de lo ocurrido a los oficiales del batallón, pero todo cuanto conseguí fue una reprimenda por "falta de vigilancia y capacidad de mando". Tuve suerte de no ser sometido a ninguna acción disciplinaria. El batallón no tenía idea de lo que estaba ocurriendo. Así que a partir de entonces yo utilicé también el mismo truco.

★ ★ ★

VAN ANH, *soldado del Ejército de Vietnam del Norte: Captura de un piloto norteamericano*

En junio de 1964, aparecieron las primeras flotas de reactores norteamericanos en el cielo de Laos. Normalmente los veíamos dos veces al día, a las nueve de la mañana y a las tres de la tarde. Parecían pequeñas flechas blancas sobre el cielo azul. Tras ellos dejaban una estela blanca y un ruido que excitaba la curiosidad de gente como nosotros, que habíamos vivido largo tiempo en la jungla y no habíamos visto ningún reactor.

Teníamos cincuenta y dos hombres en servicio... Al finalizar el ataque, cuarenta de mis hombres habían muerto.

Se decía que estos aviones no bombardeaban, que sólo observaban. Lo creímos, y muchos de nosotros fuimos muy poco prudentes. A veces salíamos de nuestras cabañas en camisa blanca para verlos volar. Era un espectáculo magnífico y bastante seguro. Pero si los viejos T-28 se acercaban, entonces nos escondíamos. Estábamos estacionados en una montaña y construimos un puesto de observación a la altura suficiente para observar a los aviones. Por entonces nuestra unidad no disponía de armas antiaéreas. Con nuestras armas convencionales sólo podíamos alcanzar un avión si volaba bajo y cerca.

Una vez, a mediodía, oímos ruido de fuego antiaéreo procedente de Xieng Khoang, una población cercana. El ruido nos alarmó, y orientamos nuestros cañones en aquella dirección. Esta vez no sólo observábamos. Súbitamente apareció un reactor F-101, volando a poca altura. No lo oímos hasta que lo tu-

CAMERA PRESS

vimos encima. Nos pusimos a disparar sin interrupción. El avión se incendió y vimos que algo salía de su interior. Alguien dijo: "¡Mirad, dos paracaídas!" Pero sólo vimos un piloto; la otra cosa parecía ser su asiento.

El piloto cayó en la jungla a unos tres kilómetros de distancia. Fuimos en su busca corriendo, luchando contra el tiempo para encontrarlo antes que los suyos. A los quince minutos, el cielo estaba lleno de reactores, helicópteros y un avión observador L-19. Subimos montaña arriba, más allá de la cascada donde ellos daban vueltas en círculo, buscando en el lugar que no era. Tardamos casi seis horas en encontrarlo y capturarlo, pero entonces el cielo se había cubierto de nubes y los aviones no podían ver lo que ocurría a ras de tierra.

A las seis y media de la tarde escuchamos en la emisión de radio de la BBC la noticia de la pérdida del reactor. Decía también que el mal tiempo había impedido el rescate del piloto,

IZQUIERDA: *El rojo del cielo en la noche hace las delicias del Vietcong, ya que otra base norteamericana sufre los estragos de los incursores comunistas del otro lado de la frontera laosiana.*

tirla en potable. Sabíamos que este piloto podía ser alguien importante y peligroso. El comandante del batallón nos ordenó a un camarada y a mí que tomáramos nota del interrogatorio. Era la primera vez en mi vida que veía a un norteamericano. Cuando entré en la habitación, el piloto estaba luchando contra las pulgas, dando vueltas junto al fuego para librarse de ellas. En las montañas de Laos se cantaba una canción que decía: "Las moscas amarillas, las pulgas y el viento de Pha-Ka son muy peligrosos e imposibles de aplacar."

Ninguno de nosotros hablaba bien inglés, y a veces parecía que él fuera mudo y nosotros sordos. Sólo anotamos lo que queríamos saber en nuestro fragmentario inglés. Nuestro objetivo en este interrogatorio urgente era conocer la señal que debía usar para ponerse en contacto con los suyos cuando vinieran a rescatarlo. El doctor Ngoc fue el único que hizo de interrogador.

Cuando conseguimos lo que deseábamos, nos dirigimos al barracón del cuartel general para discutir los planes inmediatos. La atmósfera era de seriedad. Nadie estuvo a favor de que nos alejáramos para huir de los equipos de rescate que iban a aparecer al día siguiente. Todos queríamos esperar y contraatacar de algún modo. Discutimos muy prolijamente un plan con todos los detalles. Luego llamamos a todos los responsables de la compañía para transmitirles las órdenes.

> Llegaron... reactores, ametrallando y bombardeando... Finalmente aparecieron dos helicópteros. Me oculté en la maleza y cogí mi AK.

Fuera del barracón, los soldados se mostraban exultantes por esta captura. Estaban despiertos, hablando del primer norteamericano que habían visto en su vida, felices por la victoria.

De acuerdo con el plan, el camarada Hoang De, el jefe del estado mayor del batallón, haría el papel del piloto norteamericano. Hoang De era alto y grueso, quizá la persona de mayor envergadura en todo el Ejército. Se vestiría con las ropas del piloto y usaría las señales convenidas para atraer a los equipos de rescate. La acción se desarrollaría en el área de la montaña de Doi Tron que nos era más ventajosa. Yo debía estar muy cerca de él, para prestarle ayuda o rescatarlo si llegara a ser necesario. Dos B-40 [lanzacohetes manuales] ocuparon sus posiciones para cubrir el área. También apuntaban en esta dirección otros cañones grandes y armas automáticas.

A las siete horas de la mañana siguiente apareció un avión observador. Luego llegaron dos grupos de T-28 y ametrallaron la montaña. Al cabo de treinta minutos aparecieron dos unidades de reactores, ametrallando y bombardeando. Entonces descubrimos que los reactores también podían atacar, no sólo observar, y podían hacerlo con mucha mayor potencia que los T-28. Finalmente llegaron dos helicópteros. Me oculté entre la maleza y cogí mi AK.

Hoang De vestía el uniforme negro del piloto y su gorro rojo con visera. El gorro le cubría parcialmente los ojos y la cara, pero que a la mañana siguiente se reanudaría la búsqueda. A las 9 de la noche, La Voz de América transmitió las mismas noticias. Ignoraba que el piloto se encontraba ya en nuestro poder.

Las pertenencias del piloto consistían en una pequeña pistola de señales luminosas para indicar su posición, una linterna que producía una luz muy potente para ser vista en la oscuridad y una chaqueta salvavidas que podía filtrar agua salada y conver-

para que no reconocieran que era un vietnamita. Cambió de lugar para que el avión observador pudiera verle con mayor claridad. Estaba a unos 150 metros de mí. Hoang De disparó la pistola señalizadora: primero un disparo, luego dos más.

El avión observador vio las señales e inmediatamente se dirigió hacia Hoan De para verlo más de cerca. Desde mi posición, podía ver al piloto con toda claridad. Temía que descubriera que Hoang De no era quien buscaba. Luego un helicóptero fue descendiendo: parecía una libélula. Hoang De se movía con dificultad, cojeando y gateando, como si estuviera herido. Ya se encontraba a sólo cincuenta metros de mí.

El helicóptero permaneció suspendido en el aire. Luego fue descendiendo en vertical hasta unos treinta metros del suelo. Los reactores se movían en círculos para protegerlo. Hoang De se encontraba ya en un área sin vegetación. Yo podía distinguir a dos norteamericanos en el helicóptero, con las armas en la mano, listos para disparar. Hoang De se puso de pie lentamente y con dificultad. El helicóptero le tendió un largo cable. Luego salió una cabeza: cara roja, nariz respingona y pelo castaño. Gritó algo a Hoang De. Yo pensé: "Oh, Dios mío, Hoang De no sabe hablar inglés." Y aunque supiera, ¿cómo podría responder sin que se viera que era vietnamita?

De repente gritó: "¡Fuego!" Los dos B-40 rugieron. El helicóptero fue alcanzado y explotó; luego se precipitó al suelo.

Yo estaba muy asustado. Era la primera vez que me enfrentaba con las fuerzas aéreas norteamericanas: helicópteros, reactores, avión observador, todo. No disponíamos de armas suficientes para hacerles frente. No tenía ni idea de lo que debía hacer.

De pronto, Hoang De dio unos pasos al frente y cayó. La blanca venda que envolvía su pierna era claramente visible, y yacía en el suelo como muerto. Yo pensé: "¡Qué reacción! ¡Qué gran idea!" Ellos le pedían que respondiera; tal vez sospecharan algo. Pero él estaba inconsciente en el suelo.

El estadounidense de la cara roja sacó su cabeza tanto como pudo; luego otro estadounidense sacó la suya. Me preguntaba si posarían el helicóptero en tierra o si se irían. Pero el helicóptero se mantenía inmóvil a la misma altura. No sabían qué decisión tomar.

Hoang De sabía muy bien que éste era el momento crucial. Tal vez pensó que le habían descubierto o que se iban a marchar. De repente gritó: "¡Fuego!" Los dos B-40 rugieron. El helicóptero fue alcanzado y explotó; luego se precipitó al suelo. Hoang De y yo corrimos a toda velocidad para escondernos. Cuando los reactores empezaron a bombardear, ya estábamos a seguro en el refugio. Al poco rato se fueron.

Mientras los proyectiles caían junto al refugio yo pensaba en lo ocurrido. Habíamos tenido muchas opciones. Podíamos haber obligado a "Sa" [el piloto] a que llamara al equipo de rescate y hacer que aterrizara. Pero para ello el piloto debía estar de acuerdo, y no había ninguna garantía. Podía haber dicho que aceptaba, pero cuando ellos llegaran podía cambiar de opinión y decirles la verdad. ¿Cómo saberlo? No podíamos estar a su lado para impedirlo.

De todos modos, no habíamos esperado que el equipo de rescate quisiera hablar con el piloto para asegurarse de su identidad. Pero eran listos y lo hicieron. De modo que la rápida decisión de Hoang De de caer y fingir que estaba inconsciente fue una magnífica salida. Y Hoang De gritó "¡Fuego!" en el momento más oportuno. ¿Cómo saber si el equipo de rescate no estaba a punto de descubrir que él no era el piloto?

★ ★ ★

BUI VAN TAI, *jefe de pelotón del Ejército de Vietnam del Norte: Los B-52*

Después de la operación de limpieza contra nosotros en agosto de 1968, nuestra antigua base en la selva de Hon Tan fue ocupada por tropas norteamericanas y survietnamitas. Debimos retirarnos hacia las colinas. Tardamos dos meses en concluir los nuevos refugios y las intalaciones para nuestros cohetes. Luego tuvimos que afrontar el problema de la falta de alimentos. Debíamos ir a Diem An para proveernos de arroz, lo cual representaba un viaje de ida y vuelta de seis días. Justo cuando habíamos almacenado suficientes provisiones descubrieron nuestro campo.

Pasamos toda el año —desde la segunda quincena de agosto de 1968 hasta la segunda quincena de agosto de 1969— evitando al anemigo, edificando nuevas instalaciones y buscando alimentos. No es tan fácil desplazar una unidad de artillería como una de infantería. Los cañones de nuestros lanzacohetes tenían 2,2 metros de longitud y pesaban 30 kilos; los trípodes pesaban 35 kilos. No es fácil transportarlos por la jungla, especialmente con la salud minada por diez meses seguidos de combates. Desde agosto de 1968 no logramos permanecer más de un mes en un mismo sitio, estábamos de mudanza permanente.

Finalmente, en noviembre de 1968, las fuerzas estadounidenses y del Ejército de Vietnam del Sur se retiraron de Hon Tan. Luego toda esta área fue bombardeada por los B-52. Desde Son Phuc hasta Deo La y a partir de Son Hiep no había lugar alguno donde esconderse. La tierra quedó pelada. Afortunadamente, mi unidad no fue nunca alcanzada. Pero nuestra moral estaba por los suelos.

Una vez íbamos por la carretera de Cay Khe de vuelta de una expedición en busca de alimentos. En distintos lugares de las vías de comunicación habíamos construido áreas de descanso: dos postes verticales de bambú y otro horizontal atado a ellos. El poste horizontal era para aquellos que transportaban cargas pesadas. Apoyaban su espalda en él, aligerando así el peso. Podía usarse para sostener el saco de arroz, los cinturones de munición o cualquier otra carga sin necesidad de quitársela. En un área de descanso próxima a Hon Tan encontramos a cinco hombres nuestros apoyados en uno de estos postes. Habían muerto a causa de la metralla procedente de un ataque de B-52 que tuvo lugar a bastante distancia de allí. Estaban de pie porque el poste horizontal sostenía sus cargas.

LOS ZAPADORES DE MINAS

El general Thanh, el oficial norvietnamita artífice de la guerra de confrontación, murió en 1967. Unos dicen que murió en un bombardeo de B-52, otros que sufrió un ataque al corazón. Sea como fuere, en la época de su muerte las agotadas fuerzas de liberación estaban a punto de iniciar una guerra de desgaste. Se habían convencido de la inutilidad de enfrentarse abiertamente con la fuerza terrestre y aérea de Estados Unidos y Vietnam del Sur. Su ob-

CAMERA PRESS

jetivo se convirtió en matar el mayor número de enemigos con el menor riesgo posible.

Para llevar a cabo esta estrategia, se necesitaban hombres que realizaran "operaciones especiales": minadores capaces de enterrar una sorprendente variedad de minas, y zapadores expertos en deslizarse a través de paredes de alambre de espino para debilitar las defensas y abrir el paso a los atacantes, o para aparecer de repente en el interior de un puesto militar y hacer estragos. Un buen ataque con zapadores comportaba algunos muertos a cambio de un número considerable de bajas entre los sorprendidos defensores. Si el ataque fracasaba, sólo se perdían los miembros del equipo zapador.

Estos hombres, con su sexto sentido para detectar y desactivar minas, realizaban el trabajo más peligroso de la guerra.

★ ★ ★

NGUYEN VAN MO, *primer sargento del Ejército de Vietnam del Norte, 40.º Batallón de Zapadores de minas*

Cuando llegué al Sur fui asignado a una unidad de zapadores de minas. Inmediatamente me mandaron a un lugar de instrucción en técnicas y tácticas de zapa. Estas tácticas de zapa de minas nos permitían obtener grandes ventajas. Los norteamericanos llevaban a cabo una guerra moderna, con artillería, aviones y helicópteros. Pero los zapadores de minas nos especializábamos en las tácticas del combate cuerpo a cuerpo. En esta clase de lucha cuerpo a cuerpo, la artillería y la aviación resultaban relativamente inútiles.

La instrucción era compleja. Aprendíamos a andar acurrucados, a reptar, a movernos en silencio en el barro y el agua, a caminar entre hojas secas sin hacer ruido. Aprendíamos a encorvarnos de distintos modos al andar. En equipos de siete hom-

IZQUIERDA: *Los hombres del Vietcong eran expertos en trampas explosivas.* ABAJO: *Granadas del Vietcong fabricadas con latas de conservas, clavos y bayeta.*

CAMERA PRESS

bres, nos ejercitábamos en movernos rítmicamente para no ser detectados por los focos, sincronizando nuestros movimientos, pisando primero con los dedos para apoyar gradualmente todo el pie hasta los talones, muy despacio, paso a paso.

Vadeando terrenos enfangados, nos enseñaban a posar primero los dedos, luego el resto del pie. Al levantar los pies, los movíamos lentamente (para impedir la succión) y luego tirábamos suavemente de los talones para evitar cualquier ruido. Si uno levanta los pies sin haberlos movido previamente con cuidado, hace ruido. Lo mismo ocurre si no se pisa primero con los dedos. Empleábamos los mismos métodos para andar en el agua. En presencia de hojas secas, colocábamos las armas en la espalda y caminábamos inclinados con las manos y los pies. Debíamos apartar las hojas secas con las manos y luego poner los pies debajo de las palmas, para no pisar ninguna hoja. Debíamos movernos de este modo hasta alcanzar el objetivo. El tiempo empleado no contaba en absoluto.

> Lo peor era llegar a la alambrada interior... Si los norteamericanos te descubrían entonces, nada podía librarte de la muerte.

Practicábamos constantemente con varios tipos de armas. Aprendimos a usar los AK con la mayor eficacia a distancias cortas. Practicamos el fuego rápido, a uno y otro lado. Nos familiarizamos con los lanzacohetes B-40 y B-41, con *bangalores*, granadas y explosivos. Colocábamos los *bangalores* en medio de las alambradas, prendíamos la mecha y nos tumbábamos corriendo a unos pocos metros de distancia. En cuanto oye la explosión, el zapador se lanza al asalto del objetivo. Realizábamos muchos ejercicios para familiarizarnos con situaciones reales de combate, simulando ataques a trincheras, edificios y carros.

En una operación real de zapa preparábamos de antemano el campo de batalla. Esto significaba acercarse lo más posible al objetivo —digamos un puesto fortificado o una base de fuego— para observar los blocaos del enemigo y otras posiciones que debíamos atacar. Para ello debíamos arrastrarnos a través de la alambrada de espino, pero sin cortarla ni quitar las minas (no podíamos dejar ninguna señal). Debíamos alzar la alambrada con una cuerda y marcar las minas del camino que seguíamos.

Tras entrar en el puesto y observar, regresábamos a la base y hacíamos una maqueta de arena para que la estudiaran las tropas de asalto. Durante el ataque, penetraríamos lo más lentamente posible, siguiendo el camino marcado durante la observación. Para evitar todo ruido, no cortábamos de golpe el alambre de espino; lo cortábamos sólo en unas dos terceras partes de su espesor y lo acabábamos de romper con la mano, sujetándolo firmemente para que la cerca no se moviera. Para detectar las minas nos servíamos de las manos, palpando el suelo por donde íbamos a pisar con mucho cuidado, poco a poco.

Lo peor era llegar a la alambrada interior. En aquel momento siempre estaba aterrorizado. Aunque ya fuera un veterano en estos ataques, siempre me ponía a temblar. Si los norteamericanos te descubrían entonces, nada podía librarte de la muerte. Era imposible volver a cruzar las otras alambradas bajo el fuego de una ametralladora.

En junio de 1969, mi unidad combatía en el distrito Duc Pho de Quang Ngai. Nuestro objetivo era la pista de aterrizaje de Go Hoi, defendida por la 11.ª Brigada de la División estadounidense estacionada en el monte Vang. Allí había técnicos norteamericanos acuartelados y el recinto estaba totalmente iluminado durante la noche.

Yo había acompañado al jefe del pelotón en el reconocimiento del campo de batalla. Nos habíamos arrastrado entre las alambradas, habíamos cruzado una zanja de agua y habíamos marcado los puestos de vigilancia, los barracones de los técnicos y el parque de vehículos. De vuelta a la base, construimos la maqueta de arena para elaborar un plan de ataque. El mando del batallón decidió emplear el primer pelotón, que era la mejor unidad de la primera compañía. La mayoría de los zapadores elegidos eran jefes; sólo dos de los ocho integrantes eran soldados rasos.

Al llegar a la primera alambrada, uno de estos soldados se encontraba tan aterrorizado que no podía seguir. También los demás estábamos aterrorizados, pero no podíamos abandonar el ataque, aunque sabíamos cuán pocas eran nuestras posibilidades de volver. Habíamos sido elegidos especialmente para esta misión y no podíamos regresar con las manos vacías.

A mitad de camino entre las alambradas, el subcomandante de la compañía se volvió atrás. Nos dijo que debía volver para desplegar los cañones B-41 y que nosotros continuáramos según el plan previsto. Lo que ocurría era que temía por su vida y no tenía valor para seguir hasta el final.

> En cuanto hice la señal, los demás se lanzaron al ataque de los blocaos.

Pero los demás conseguimos entrar sin ser descubiertos. Pudimos llegar hasta los barracones y el parque de vehículos. De acuerdo con el plan, yo debía ejecutar la mayor penetración y dar la señal de ataque. En cuanto hice la señal, los demás se lanzaron al ataque de los blocaos con explosivos y granadas. En los primeros minutos conseguimos destruir un par de blocaos, eliminando así una buena cantidad de munición norteamericana e impidiendo con ello que contraatacaran eficazmente. Luego nos dirigimos a los barracones de los técnicos. No tenían armas y echaron a correr despavoridos en todas direcciones. Cuando llegamos a los barracones nos encontramos con dos norteamericanos armados con M-16. El AK que llevaba conmigo los mató a los dos instantáneamente. La mayoría de los norteamericanos corría a refugiarse en las trincheras. Tengo la impresión de que pensaron que se trataba de un ataque con morteros.

Encontré los generadores y preparé los explosivos. Al explotar, todas las luces se apagaron. Yo seguí con mi trabajo, colocando cargas explosivas en los camiones y en otros edificios. Mientras tanto, los zapadores desplegados en la parte exterior lograron silenciar las ametralladoras norteamericanas. Al salir, uno de los nuestros fue alcanzado y murió, pero los otros seis conseguimos llegar a la base. No sé cuántas bajas hicimos entre los estadounidenses. La división informó que matamos a más de setenta. Por lo que vi, matamos a bastantes, pero creo que no tantos.

IZQUIERDA: *Atados en un manojo como cerdos degollados, los cuerpos de estos guerrilleros del Vietcong han sido traídos del campo de batalla como prueba de la eficiencia mortífera de los norteamericanos. El "recuento de muertos" se hizo una obsesión.*

POPPERFOTO

ARRIBA: *A pesar de que los vietcong le seccionaran el cuello de un lado a otro, este hombre logró sobrevivir.*

Después de esta batalla, la unidad convocó reuniones para analizar nuestro éxito y para condecorarnos por nuestra hazaña. Siete de los nuestros atacaron una gran fuerza norteamericana en el interior de una instalación rodeada de defensas e inundada de tanta luz como en pleno día. Tres de entre nosotros recibieron medallas de tercera clase y fueron elogiados por haber dado muerte a tantos norteamericanos. Yo era uno de ellos.

El siguiente ataque a la pista de aterrizaje lo llevó a cabo el segundo pelotón a unos doscientos o trescientos metros del lugar desde donde atacamos nosotros. De los siete zapadores de aquella unidad sólo uno regresó con vida.

★ ★ ★

HOANG TAT HONG, *sargento del Ejército de Vietnam del Norte*

Los explosivos que usábamos eran TNT, plástico y sustancias químicas, C-4. Había que tener mucho cuidado con el TNT y mantenerlo siempre seco. Cada barra era de unos treinta por trece centímetros. La usábamos contra refugios, lugares fortificados, trincheras y edificios, operándola mediante detonadores o casquetes explosivos.

El plástico tenía el mismo efecto que el TNT, pero podía conservarse y transportarse con mayor facilidad. La confección era muy fina, de sólo tres o tres y medio centímetros de espesor. Además podía doblarse y uno podía llevarlo a cualquier parte. El plástico también podía permanecer hasta siete horas en el agua sin perder sus propiedades.

El C-4 era blando como la goma y de una capacidad explosiva mucho mayor que el TNT o el plástico. Podía permanecer en el agua más de una semana. Lo usábamos para hacer saltar puentes, alcantarillas y otros objetivos situados junto al agua.

Teníamos varios tipos de minas, como la claymore, la DH-5 y la DH-10. La claymore era un arma contra personas. DH-5 y la DH-10 se usaban contra alambradas. Una DH-5 era capaz de destruir por completo cinco filas de alambradas. Al explotar, el alambre se derretía y se retorcía formando un agujero de cuatro o cinco metros de diámetro. La DH-10 tenía una potencia doble que la DH-5. Ambas se detonaban eléctricamente. Pero es raro encontrarlas en el campo de batalla. Las tácticas más recientes requerían zapadores capaces de deslizarse entre las alambradas y luego usar los explosivos para destruir los blancos principales.

Disponíamos de tres tipos de granadas de mano: las locales, las chinas y las norteamericanas M-26. Sólo las usábamos en situacions críticas, cuando debíamos proteger nuestras posiciones. Si no era descubierto, el zapador debía acercarse lo más posible a su objetivo y luego destruirlo con explosivos. Sólo usaba granadas o su AK-47 si era descubierto.

También nos habían entrenado en técnicas de camuflaje en tres situaciones básicas: colocación de minas, camuflaje de huellas y camuflaje personal. El requisito básico en la colocación de minas es que el lugar donde se ha enterrado la mina no sea distinguible del entorno. Si se coloca una mina en un lugar sin vegetación, hay que conservar la capa superior de tierra. Una vez enterrada la mina, se recubre con esta capa superior para que no haya ninguna señal de tierra nueva. Pero si el lugar está en el campo abierto, sin árboles y sin hierba, no hay modo de camuflarlo a la observación aérea.

Cuando había hierba, se podía ocultar el emplazamiento de la mina a la detección tanto terrestre como aérea. Pero el zapador debía tener muchísimo cuidado. Antes de empezar a cavar debía recoger la hierba del lugar. Una vez enterrada la mina, debía llenar el agujero con la tierra que había sacado y finalmente recubrirlo todo con la hierba que había conservado, asegurándose de que no se advirtieran tonalidades distintas. Si lo hacía bien, era imposible descubrir el emplazamiento.

> Me encontré en medio de un bombardeo de B-52... Los dos exploradores que me acompañaban murieron. Los oídos me sangraban a causa de la onda expansiva.

Para el camuflaje de huellas, los hombres de la unidad marchaban en fila india y cada uno pisaba sobre las huellas de quien le precedía. El último hombre de la fila se encargaba de eliminar todas las huellas.

Pero el camuflaje era una tarea lenta. Durante una operación, un zapador llevaba sólo unos pantalones cortos; de este modo podía deslizarse con mayor libertad entre las alambradas.

Antes de cada asalto estudiábamos con detalle los alrededores del lugar. Luego preparábamos el camuflaje corporal para podernos confundir con los colores de la zona. Por ejemplo, si el objetivo se encontraba en un lugar con hierba, el zapador se camuflaría con un verde de la misma tonalidad.

En lugares sin hierba, triturábamos hojas secas, las mezclábamos con barro y nos embadurnábamos con la mezcla para hacernos indistinguibles del suelo. La operación podía durar hasta dos horas. Si el ataque debía efectuarse a las 10 de la noche, el equipo zapador iniciaba las preparaciones de camuflaje a las siete.

★ ★ ★

VAN CONG VAN, *jefe de Compañía, subcomandante de operaciones especiales, provincia de Ben Tre*

La muerte de un zapador es terrible. Cuando muere, no lleva más que unos pantalones cortos y su cuerpo está pintado de verde para confundirse con el campo de batalla. Cuando muere, su cuerpo se queda en la carretera, o en una zanja o en un canal. A menudo, el Ejército de Vietnam del Sur expone su cuerpo para que sus familiares lo vean al pasar. El pueblo, en general, admira y alaba a los hombres de las operaciones especiales. Pero sus padres, esposas e hijos están atemorizados. Tratan de persuadirlos de que lo dejen y vuelvan a casa o sean transferidos a otra clase de unidad. Saben que en todas las batallas los miembros de las operaciones especiales van delante. Y saben que, cuando mueren, sus cuerpos se dejan abandonados.

En nueve años de combates instruí a muchos zapadores para cada una de las distintas unidades de operaciones especiales. Conocí a miles de ellos. Hoy muy pocos están vivos. Como oficial en funciones fui testigo de muchas muertes entre mis hombres. Los campesinos cuyos hijos estaban en mis unidades me miraban con hostilidad. No aceptaban que sus hijos fueran impulsados al peligro. Y yo, el jefe, todavía estaba vivo, mientras que mis combatientes —sus hijos— morían.

A primeros de junio de 1970, regresaba a mi cuartel general cuando me encontré en medio de un bombardeo de B-52 en el pueblo de Luu Phu. Los dos exploradores que me acompañaban murieron. Los oídos me sangraban a causa de la onda expansiva provocada por las explosiones. Pensé: "Esta guerra está durando demasiado. La lucha por la liberación ha ocasionado muertes y miseria. Nadie quiere prolongarla. Muchos jóvenes han dejado sus vidas en el campo de batalla. Los muertos no han sido enterrados como es debido y su muerte no ha sido comunicada a sus familiares. Los altos oficiales y el Partido no han prestado atención a la vida de estos soldados."

Pensé en mi propia instrucción como miembro de los servicios especiales, en noviembre de 1962. El distrito de Mo Cay mandó diecisiete hombres —yo entre ellos— al curso de instrucción. Los demás están muertos. Sólo yo estoy vivo. El curso de operaciones especiales morirá conmigo.

VIETCONG ASESINO

El terror fue un arma muy efectiva para desequilibrar la administración local del gobierno de Vietnam del Sur, intimidando a los débiles y eliminando a los fuertes. El asesinato también se utilizaba para mantener la disciplina entre los soldados revolucionarios que tal vez pensaban en desertar y pasarse a las filas del gobierno. Lo que sigue es parte de la declaración de un asesino del Vietcong.

★ ★ ★

NGUYEN VAN THICH, *vietcong, jefe del pelotón Ranger: Vietcong asesino*

A partir de mayo de 1967, se asignaron a mi unidad misiones de asesinato en el distrito urbano de Soc Trang. Se nos explicó que el asesinato y el secuestro de miembros del gobierno acelerarían la liberación de Vietnam del Sur.

La destrucción de la infraestructura gubernamental ayudaría al Partido a movilizar al pueblo. La ofensiva general y el levantamiento general estaban próximos, aunque no sabíamos cuándo iban a tener lugar. Nuestro lema era: "Mata a los malvados y destruye a los agresores para promover la movilización del pueblo."

Al principio, nuestros objetivos eran policías, delatores y jefes de aldea. En abril de 1970, se dio la máxima prioridad a los Hoi Chanh [miembros del Vietcong que se habían pasado al gobierno de Saigón], que trabajaban para los equipos armados de propaganda del gobierno. Se trataba de personas que conocían muy bien nuestros procedimientos y nuestras tácticas. Representaban, por tanto, un peligro para nuestra infraestructura. Si no los aniquilábamos, nos iban a crear dificultades de todo tipo. Liquidarlos acabaría también con las deserciones. La gente no está tan deseosa de cooperar con el gobierno si sabe lo que le espera.

Si no los aniquilábamos, nos iban a crear dificultades de todo tipo. Liquidarlos acabaría también con las deserciones.

Cuando recibíamos la orden de liquidar a alguien, empezábamos por informarnos de sus actividades. Mandábamos también a un grupo de agentes al lugar donde esperábamos efectuar el asesinato para conocer mejor el ambiente cotidiano. Estos agentes debían proporcionarnos un plano del lugar, una descripción de las fuerzas gubernamentales que acostumbraba a haber, etcétera.

Una vez conocíamos todos estos detalles, empezábamos a confeccionar un plan de operaciones. El día en que debíamos poner en marcha el plan, nuestros agentes nos introducían en el lugar. La mayoría eran mujeres, comandos femeninos. Por lo general, carecían de los documentos de indentidad expedidos por el gobierno, pero el hecho de ser mujeres les permitía moverse a hurtadillas por la ciudad y operar con mayor facilidad.

Si encontrábamos dificultades especiales, podíamos tardar hasta dos meses en completar la operación. En la ciudad disponíamos de sótanos ocultos de los que podíamos servirnos. Nos referíamos a nuestra estancia en estos sótanos como "subir al mástil". Esto significaba que vivíamos bajo tierra esperando el momento de emerger a la superficie y realizar el cometido.

En total, yo he participado en unos treinta asesinatos, la mayor parte de policías y jefes de aldea. Los primeros fueron dos policías que custodiaban el puente de Cau Quay en Soc Trang. Uno de nuestros agentes que operaba en la ciudad nos acompañó a mí y a los otros dos miembros de la célula. Llegamos al puente y disparamos contra los policías. Uno murió, y el otro quedó malherido. Cogimos una pistola y una carabina y nos alejamos por nuestra prevista ruta de huida.

Después del primer asesinato tuve pesadillas, ansiedad. Luego me fui acostumbrando. A mis colegas les ocurrió lo mismo. Confiaban en mí para operaciones de este tipo y me adoctrinaban en la necesidad de matar. Nunca sentí remordimientos. No sabría decir si lo que hice está bien o está mal.

Fuera quien fuera la persona a quien había que matar, la orden siempre llegaba de arriba. Yo me limitaba a cumplirla. Si no lo hubiera hecho, lo hubiera pasado muy mal.

CAPÍTULO 2 HISTORIAS DE LA GUERRA

Pero sentía pena por los familiares de las víctimas. En diciembre de 1968 matamos al jefe de la aldea de Kho Dau II, un hombre llamado Ro. Fue una misión difícil. Habíamos ido tres veces a la aldea sin lograr llevarla a cabo. Finalmente, nos ordenaron matarlo durante el día.

A las 9 de la mañana, Tuan, Hung y yo llegamos a la aldea desde los arrozales y lo localizamos en el mercado. Lo vimos en una tienda y nos dirigimos a él. Hung y yo montamos guardia en el exterior. Tuan preguntó: "¿Dónde va usted?" Ro contestó: "¿Me busca a mí? ¿Quién es usted?" A estas preguntas, Tuan respondió: "Estoy aquí sólo para matarle", y al decirlo sacó un cuchillo y apuñaló a Ro. Luego nos fuimos corriendo hacia el pueblo de Tan Thanh.

Dos semanas después estábamos de vuelta en Kho Dau II en una misión de propaganda. Entrada ya la noche, reunimos a todos los habitantes de la aldea y les hablamos. Les dijimos que Ro había sido un secuaz del gobierno y una mala persona culpable de muchos crímenes. Añadimos que gracias a personas como él el gobierno survietnamita podía seguir oprimiendo a los ciudadanos. Explicamos que las fuerzas de liberación lo habían eliminado para liberar a la aldea, y así ellos, sus habitantes, podrían ser más libres.

Los campesinos callaban al oírnos. Estaban muy asustados de nosotros. No osaban pronunciar una palabra.

Hacia medianoche, concluida ya la misión de propaganda, nos dirigimos a la casa de Ro. Llamamos a la puerta y dijimos a su viuda que éramos integrantes de las fuerzas de liberación. Cuando le preguntamos sobre su marido, dijo: "No estoy resentida contra las fuerzas de liberación por matar a mi marido. Pero he quedado reducida a una situación tan miserable desde su muerte, que ni siquiera puedo mantener a mis hijos." Cuando me di cuenta de que Ro procedía de la clase de los pobres, como yo, me sentí muy incómodo. Entonces supe que su mujer se había visto obligada a vender naderías de puerta en puerta para sobrevivir y mantener a sus cinco hijos.

Tenía órdenes de matarla. Así pues, la despertamos... La llevamos hasta la carretera y la apuñalamos en el pecho. Se desplomó sin un gemido.

POPPERFOTO

ARRIBA: *Víctimas de un asesinato cometido por miembros del Vietcong.*
ARRIBA DERECHA: El Vietcong busca información.
DERECHA: Soldados norvietnamitas esperan el regreso de los bombarderos norteamericanos.

Otro caso que me produce malestar es el de una joven llamada Thuy. Tenía veintiún años y había trabajado para el Vietcong como agente de enlace. En otro tiempo habíamos vivido en el mismo lugar y nos conocíamos muy bien. Había sido arrestada por las fuerzas gubernativas y denunció a algunas personas de la organización, entre las cuales se encontraban tres miembros del comité urbano. Por su cooperación, el gobierno le concedió la categoría de Hoi Chanh. Por su parte, el Vietcong la condenó a muerte, y la ejecución de la sentencia fue encomendada a mi célula.

Thuy vivía en Soc Trang, cerca de la compañía eléctrica. Entramos en su casa a medianoche. Su marido, un soldado del gobierno, no se hallaba en casa. Ella dormía y estaba manifiestamente encinta, a punto de dar a luz. Pero yo no podía permitirme ninguna indecisión. Tenía órdenes de matarla. Así pues, la despertamos. Al principio no nos reconoció porque llevábamos uniformes gubernativos. Nos preguntó: "¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí a esta hora?" Le dije que se callara y me siguiera, que la mataríamos si gritaba.

Una vez fuera de la casa, le dije: "Has hecho mucho daño al movimiento de liberación. El pueblo te ha condenado a muerte y a mí se me ha ordenado ejecutarte. Antes eras mi amiga. Ahora eres mi enemiga. Si no te mato, me matarán a mí." Ella no dijo una palabra. Luego le pregunté si sabía que merecía la muerte. Y ella respondió, con voz completamente normal: "Sí. Ya veo que voy a morir. Cumple tu misión." No pidió clemencia. La llevamos hasta la carretera y la apuñalamos en el pecho. Se desplomó sin un gemido. Sabía que era una consecuencia de lo que hizo contra el Frente de Liberación.

Esto sucedió en abril de 1970. Lamento haberla matado cuando estaba embarazada. Debía haber esperado a que diera a luz.

★ ★ ★

J. HILLELSON AGENCY

REX FEATURES

ARRIBA: *Un soldado norvietnamita mira hacia el futuro. En la década de los setenta, muchas tropas desfilaron hacia el Sur.*
DERECHA: *Vietcong ejecutados.*

REX FEATURES

Capítulo 3

LA LUCHA

CAPÍTULO 3 LA LUCHA

XUAN VU
CORRESPONSAL DE GUERRA Y JEFE DE PROPAGANDA

EN EL NORTE

Así pues, me fui al Norte. Mi reputación de escritor me había precedido y los encargados de trasladar a la gente del Sur querían que siguiera escribiendo sobre la revolución. ¿Cuál era el mejor modo de hacerlo? He aquí el problema. ¿Qué tema tendría el alcance y la grandeza que yo estaba buscando? En aquel tiempo, 1954, ya no había guerra, de modo que no encontraría gloria marcial. Se estaba edificando el socialismo. Los grandes temas del sacrificio personal y la reconstrucción de la nación podía darse tanto en la paz como en la guerra. Y quizá, sobre todo, en el koljoz, la granja colectiva.

Si Balzac era mi estrella polar, Mijaíl Sholojov sería mi santo patrón en este proyecto. Sholojov había escrito la gran narración épica de la vida soviética: *Tierras roturadas*.

Ahora, el Vietnam socialista iniciaba su propia experiencia histórica en la colectivización. ¿Cómo respondería la gente a los nuevos valores, a la fraternidad y al bien común? El drama de transformar la tierra baldía en suelo productivo y el drama simultáneo de la transformación personal de los granjeros me atraían. Vietnam tendría su propio Sholojov, y éste era yo.

Para llevar a cabo mi objetivo pedí ser trasladado a una nueva granja colectiva cerca de Vinh, al sur de Hanoi. Mi primera

impresión del lugar fue deprimente: reinaba la miseria, igual que en el campo circundante. Quedé sobrecogido por la pobreza del suelo, tan distinto de las exuberantes tierras del Sur. Vivía en una barraca superpoblada, con una tabla de madera como cama y un endeble escritorio junto a ella. La comida era escasa, casi exclusivamente arroz. Lo justo para seguir viviendo. De vez en cuando había algo para acompañarlo, un poco de carne o de pescado seco, nada más.

Lo peor era que no podía descubrir ningún valor noble entre esta miseria. Hacía de secretario del koljoz y lo observaba todo con cuidado, procurando recoger material para mi obra sholojoviana. Pero en vez de una lucha heroica me encontré con gente desilusionada realizando un trabajo chapucero. No parecía importarles lo que hacían. La tierra era virgen, nunca había sido cultivada, y hacía falta una enorme cantidad de trabajo para desbrozarla y ponerla a punto. Nadie quería hacerlo, realmente. No había tractores, como en el koljoz de Sholojov, pero había búfalos de agua, diez cuando yo llegué. Antes de mi partida, todos habían enfermado y muerto. Nadie los cuidaba. Si hubieran sido propiedad de algún campesino, éste los hubiera tratado como joyas de la familia. Las riñas eran constantes, y de vez en cuando había serias peleas. La gente no se toleraba mutuamente. Siempre parecían inquietos y a la defensiva. La atmósfera del lugar era malsana.

A medida que los fui conociendo, descubrí que muchos de ellos estaban resentidos. La mayoría de estos granjeros eran oriundos del Sur y habían venido al Norte después de los acuerdos de Ginebra, como yo. Ho Chi Minh nos había acogido a todos con grandes gestos de bienvenida. Los combatientes en la resistencia del Sur esperaban ser tratados como héroes. Pero esperaran lo que esperaran, unos cuantos fueron enviados a esta granja colectiva donde bullían de resentimiento. Habían luchado año tras año contra los franceses, y ésta era su recompensa. Descargaban su amargura contra los que los rodeaban: funcionarios del koljoz, granjeros, o cualquiera que pasaba por allí.

Otro grupo que pensaba y actuaba del mismo modo era el de los ex prisioneros, gentes que estuvieron en cárceles francesas durante la guerra. Procedían de la isla de Con Son y de otras mazmorras horribles, y algunos habían estado encerrados muchos años. Ahora estaban furiosos. Creían que ya se habían sacrificado bastante. Habíamos ganado, teníamos un nuevo país. Debería reconocerse lo que habían pasado. Pero no, los mandaban a este lugar. Entre ellos y los ex combatientes del Sur había suficiente malhumor para que los días transcurrieran miserablemente.

REX FEATURES

Vivía en una barraca superpoblada, con una tabla de madera como cama... La comida era escasa, sobre todo arroz.

El tercer grupo de personas del koljoz estaba constituido por campesinos de la comarca que habían trabajado de manera ejemplar sus propias tierras. Pero en el koljoz se volvieron perezosos. Estaban tan molestos como los demás, pero encima eran perezosos. Parecían pensar que el trabajo que habían hecho hasta entonces los hacía merecedores de un buen descanso, y que aquél era el lugar para tomárselo.

La situación era más deprimente si consideramos que el pueblo más cercano era una ciudad fantasma vacía. Todos sus habitantes se habían ido al Sur, del mismo modo que muchos de nosotros habíamos venido al Norte. Sabíamos muy bien por qué estábamos en el Norte: porque habíamos estado en el Ejército o en la cárcel. Todos éramos revolucionarios. Pero, ¿por qué todo un pueblo se iría en masa al Sur?

A medida que pasaba el tiempo sentía mayores deseos de responder a esta pregunta. No había nada de lo cual escribir, nada por lo menos sobre lo que yo quisiera escribir. Exceptuando el suelo virgen, no podía ver ningún paralelismo con lo que Sholojov describiera. Y yo también me sentía frustrado. Mi ansia de ver mundo no me había preparado precisamente para un en-

IZQUIERDA: *La nueva política económica se afianza: trabajo en una granja colectiva.*

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Una reunión educativa durante la "reforma agraria" en el Norte. Era un tiempo en que los niños denunciaban a sus padres y a sus abuelos.*

cierro en un lugar como aquél. Pero no había modo de partir. Estuve todo un año, un año de tiempo perdido.

Podría haber estado más tiempo a no ser por uno de mis amigos que vino al Norte conmigo. En 1955 fui a Hanoi para trabajar en la sección literaria de la radio. Cada noche emitíamos historias. Yo recogía el material y preparaba los textos. Escribía y presentaba el programa.

Pero cada vez sentía más nostalgia de mi tierra y de mi familia. En conjunto, no estaba satisfecho de mi decisión de ir al Norte. Había sido un error, no en términos políticos, pero sí personales. Decidí, pues, partir. ¡Qué inocencia la mía! Cogí mi bicicleta —de hecho pertenecía a la emisora de radio— y me dirigí al cuartel general de la Comisión Internacional de Control [el grupo de tres naciones encargado de velar por el cumplimiento de los acuerdos de Ginebra] para que me mandaran al Sur. No sabía muy bien cuáles eran los procedimientos a seguir, pero estaba seguro de que bastaba con pedir el traslado.

En la puerta de la oficina de la CIC, un guardia vietnamita tomó el número de placa de mi bicicleta y me preguntó qué quería. Se lo dije. Me respondió: "Muy bien, les daré el recado. Vuelve esta tarde."

Naturalmente, en cuanto llegué a la emisora el jefe me preguntó dónde había estado. Me acusó de querer volver al Sur. "Sí, es cierto, quiero volver."

Se convocó una reunión, una reunión de "lucha". Yo era el objeto de la lucha. Todos los jefes de la emisora se sentaron ante mí. "Analizaron" mi error. Me dijeron: "Hermano Vu, no es éste el camino", queriendo decir que no estaba bien que quisiera regresar a mi tierra. La reunión duró varias horas. No fueron rudos conmigo, no me levantaron la voz. Pero me acusaron persistentemente, dándome explicaciones, insultándome, acosándome, hasta que "reconocí mi error" de un modo satisfactorio. Luego me obligaron a leer un artículo en la radio, para demostrar que no había huido.

> No fueron rudos conmigo... Pero me acusaron persistentemente, dándome explicaciones, insultándome, acosándome.

Fue una mala época. Estaba claro que no habría elecciones para la reunificación, que sería imposible regresar. Muchos oriundos del Sur empezaron a incomodarse. Uno de nuestros amigos consiguió huir, yendo de Hanoi a Laos, donde se presentó en la embajada de Vietnam del Sur. Lo enviaron a Saigón, y allí acabó por convertirse en una especie de celebridad.

En cuanto a mí, el asunto de la CIC me aleccionó sobremanera. A partir de entonces mantuve la boca cerrada. Poco después me transfirieron a la Asociación de Escritores, lo cual era mejor que la emisora, ya que podía escribir más: narraciones cortas, historias noveladas sobre la guerra contra los franceses, informes de batallas y acontecimientos en los que había parti-

cipado. Todo se publicaba en la revista literaria *Van (Literatura)*.

Cuando me habitué a esta nueve situación recibí la orden de presentarme voluntario para la "reforma agraria". Esta llamada "reforma agraria" era de hecho una especie de movimiento de reconstrucción que afectaba a todo el mundo, no sólo a los campesinos. La intención era reformar todo el país, lograr que todos tomaran conciencia de la lucha de clases y que cada cual adoptara la actitud correcta, es decir, la actitud proletaria.

Aunque escribiera para la revista literaria, técnicamente estaba incorporado a la sección de propaganda e instrucción del Ejército. Ésta había sido mi sección en el Sur. Así pues, me mandaron para mi reforma social a una unidad de soldados que en 1954 llegaron del Sur y que estaban acuartelados en un pueblo situado a unos cien kilómetros de Hanoi.

> Se hablaba en voz baja de los asesinatos que se producían en el campo. Se murmuraba sobre una revuelta de campesinos.

En total éramos un centenar. Nos reuníamos en un viejo templo convertido en escuela. Todos los soldados, y yo entre ellos, debíamos sentarnos en el suelo con las piernas cruzadas. El instructor nos hablaba desde una tarima situada en el fondo del templo, donde antes estaba el altar. No podíamos hablar ni movernos. Cada día permanecíamos allí sentados durante horas. Cuando uno sentía las piernas rígidas o tenía calambres, podía cambiar de posición, pero sólo de cierta manera. Primero se doblaba la pierna izquierda hacia atrás y luego, cuando el dolor era insoportable, se podía doblar la pierna derecha. No estaba permitido levantar las rodillas del suelo, estirar las piernas o adoptar cualquier otra posición que evidenciara falta de disciplina.

Ignoro si la reforma agraria consiguió sus objetivos. Pero fue muy traumática para mí. Se hablaba en voz baja de los asesinatos que se producían en el campo. Se murmuraba sobre una revuelta de campesinos en Nghe An que la 325.ª división tuvo que sofocar. Desde luego, no hubo ninguna información oficial sobre ello. Nada de esto aparecía en los periódicos. Pero la existencia de estos problemas fue confirmada indirectamente por Vo Nguyen Giap [el ministro de Defensa de Vietnam del Norte] en un importante discurso que pronunció en la plaza central de Hanoi. Recuerdo que llevaba ropas de civil en vez de su uniforme militar, lo que significaba que hablaba en nombre del Partido. Dijo que la reforma agraria había logrado algunos de sus objetivos, pero también se habían cometido errores. La política del Partido era la adecuada, pero en algunos lugares se implantó incorrectamente. No parecía lamentarlo mucho. Se rumoreaba, sin embargo, que el Tío Ho había llorado en una reunión del Comité Central cuando le hablaron de las ejecuciones. ¿Quién sabe? Era un tipo increíblemente astuto.

De nuevo en la revista literaria, empecé a revisar mis notas de corresponsal para preparar un libro sobre la guerra en el Sur. Se publicó en 1960 y tuvo bastante éxito. Incluso tuve conversaciones con la gente del cine para hacer una película a partir de él, pero al fin acabaron en nada. En aquel tiempo vivía enfrente del Teatro Nacional, en el centro de Hanoi.

En 1960, los rusos se vieron envueltos en un asunto que mantuvo entretenida a toda la ciudad durante un año. Altavoces instalados en las calles nos informaban de la controversia entre chinos y rusos. Desde ocho a ocho y media de la noche, los altavoces transmitían cada día las noticias de Radio Pekín. Esto se venía haciendo durante años. Luego, de ocho y media a nueve, se oía Radio Moscú. Esto también era una costumbre. Pero ahora las dos emisoras empezaron a atacarse entre sí. Los chinos insultaban a Kruschev; luego llegaban los rusos e insultaban a Mao. Algunas noches, el tono era intelectual y civilizado; los comentaristas se limitaban a presentar sus análisis respectivos sobre quién era revisionista y quién no lo era. Otras veces eran más mordaces, denunciándose uno a otro de la manera más grosera.

En esta época se empezó a prestar más atención a la situación del Sur. En programas de radio, artículos periodísticos y conferencias de todas clases se hablaba de liberar el Sur y unificar el país. Los altavoces callejeros nos ofrecían continuamente información y comentarios al respecto, por la mañana, al mediodía y por la noche, las horas en que la gente estaba en la calle. Uno los oía constantemente. Algunos militantes del Frente de Liberación Nacional hablaban por ellos para informarnos de la situación en el Sur y para promover entusiasmo. Se hablaba sin cesar acerca de cómo librarse de los norteamericanos y del presidente Diem (denominado My-Diem, "el americano").

También entraron en escena varios personajes extranjeros. Anne Louise Strong, una escritora norteamericana, pronunció algunos discursos sobre la maldad del gobierno estadounidense. Era una anciana de cabello blanco que subió al estrado acompañada por dos muchachas que parecían chinas. "Los Estados Unidos —dijo— son como un pulpo que quiere apoderarse de todo el mundo. Las madres norteamericanas nunca permitirán que sus hijos vayan a Vietnam." Bertrand Russell envió una cinta magnetofónica que se ponía una y otra vez: "Yo no puedo venir, pero envío este mensaje..." Se imprimieron y se transmitieron cartas de Jean-Paul Sartre y de otros intelectuales franceses. Parecía que todo el mundo nos apoyara a nosotros y al Frente.

> "Los Estados Unidos... son como un pulpo que quiere apoderarse de todo el mundo. Las madres norteamericanas nunca permitirán que sus hijos vayan a Vietnam."

Yo creía todo aquello. Pensaba: "Sí, Estados Unidos es el agresor. Sus asesores y su dinero mantienen a Diem en el poder." Era optimista sobre nuestra victoria, sobre la unificación final del país. Todos sentían lo mismo. Había un tremendo entusiasmo, o por lo menos así parecía. Tal vez algunos tenían alguna reserva acerca de cómo vencer a los norteamericanos, pero si la tenían no la manifestaban públicamente. Consideremos mi caso. Yo sabía cómo funcionaban estas cosas. Yo sabía cómo la radio y los periódicos manejaban la propaganda. Pero éstas eran las únicas fuentes de información. Por tanto, aun descontando la parte correspondiente al falseamiento y a la distorsión, nos quedábamos todavía con una idea del mundo que era básicamente la que oíamos.

CAPÍTULO 3 LA LUCHA

Así, en los primeros años reinaba una gran excitación y un gran empeño, como había ocurrido durante la guerra contra los franceses. Pero antes de que me fuera finalmente al Sur, la atmósfera empezó a cargarse de malestar. Los pueblos empezaron a vaciarse. Los jóvenes iban todos a luchar al Sur y no regresaban. Aquí y allá se oían informaciones fragmentarias o rumores sobre muchos jóvenes que preferirían no ir. Un amigo del trabajo dijo algo acerca de su hijo, o más bien acerca del hijo de un amigo. Pero sobre todo corrían observaciones generales acerca de alguien que había oído que tenían problemas con los jóvenes. La gente estaba preocupada. Especialmente los que tenían hijos. Pero éste no era un tema del que se hablara abiertamente. No había discusión pública. Era como mi jefe cuando todavía trabajaba en la emisora de radio. En la pared tenía una hermosa fotografía de Ho Chi Minh, con una sonrisa paternal. Un día mi jefe dirigió los ojos al retrato y me dijo con voz muy baja: "Vu, ¿ves este viejo? Mató a mi padre." (Su padre fue ejecutado durante la reforma agraria.) Luego movió la cabeza y murmuró: "Shhh." Nadie iba a quejarse en voz alta del Tío Ho. Y tampoco nadie iba a protestar por la guerra. Pero bajo la superficie había mucho descontento, por lo menos cuando el entusiasmo inicial se enfrió.

Muchos de ellos habían sido educados por los franceses... Todos podían ver lo escrito en las paredes. Sabían que estaban acabados.

Mientras trabajé en la revista no abandoné la esperanza de regresar a casa. Aunque había "aprobado" la reforma agraria, no abandoné del todo mis sentimientos personales. De hecho, no abandoné ninguno. Personalmente, todo parecía oscuro. Como escritor, me sentía lleno de trabas. Carecía de un conocimiento fundamental de la psicología del Norte y de su forma de usar el lenguaje. Había reescrito mi material anterior, pero ¿dónde estaban las nuevas experiencias maravillosas? Ya no veía nuevos horizontes. Mi pesimismo se hizo más intenso cuando conocí a los grandes escritores norvietnamitas. Una de las razones por las que fui al Norte fue para conocer a aquellos gigantes de la literatura vietnamita. Algunos de mis amigos y yo mismo habíamos adquirido algo de fama en el Sur, pero ninguno de nosotros tenía la talla de los viejos escritores del Norte como Nguyen Huy Tuong, Nguyen Tuan, Kim Lan, Nguyen Hong, o To Hai (To era el Hans Christian Andersen de Vietnam). Ellos eran nuestros maestros, nuestros ídolos.

A la larga llegué a conocerlos a todos. Casi todos los días nos reuníamos para tomar té o cerveza y hablar. Todo el círculo de escritores. Los de mayor edad habían estado en la resistencia y se alegraban de estar de nuevo en el Norte tras vivir en la jungla. Eran maravillosamente abiertos. Nos hablaban de cómo estructurar una novela, cómo construir un argumento, cómo usar la ironía. Nada podía ser mejor para alguien como yo.

Pero a medida que pasaba el tiempo pude ver cómo se iban deprimiendo. Ya no podían escribir como antes. Debían desarrollar aquellos horribles proyectos que les habían asignado. Los responsables de cultura y propaganda querían obras de arte sobre la vida en las fábricas o sobre el trabajo colectivo en el campo. Pero sólo cosas positivas. El resultado debía ser una obra redonda como una esfera, perfecta. Pero un buen escritor debe elegir algo complicado, algo que pueda analizar desde dentro y desde fuera. En los proyectos que se nos asignaban, si queríamos criticar algo sólo podíamos arañar un poco aquí y otro poco allí. No era posible hurgar en la úlcera que estaba en el meollo del asunto. Uno de los escritores de mayor edad era el gran humorista Nguyen Cong Hoan. Sufrió más que los demás. Una vez me dijo: "Tengo una forma de ver muy peculiar. Cuando miro a una persona, me pregunto: '¿Por qué anda con dos piernas? Tres piernas sería más normal.' Hoy dicen que todo el mundo debe tener dos piernas, pero yo no lo veo así."

Tuong y los demás se habían hecho famosos bajo los franceses. Y el contraste entre lo que podían escribir entonces y lo que se les permitía escribir ahora era deprimente. Muchos de ellos habían sido educados por los franceses (aunque algunos, como el cuentista To Hai, eran autodidactas) y algunos incluso preferían hablar francés en vez de vietnamita. Todos podían ver lo escrito en las paredes. Sabían que estaban acabados.

NGUYEN CONG HOAN

Una vez liberado de la cárcel de Nha Trang, el futuro diputado en la Asamblea Nacional reanudó sus estudios en Saigón con un espíritu más militante.

EN LA OPOSICIÓN

Regresé a la universidad con una actitud distinta. Mi experiencia en la cárcel de Nha Trang había contribuido a mi comprensión política de la vida. Tal vez no era muy compleja, pero sí era fuerte. Nha Trang había representado un duro golpe a mi autoestima. A fin de cuentas, yo era un estudiante universitario, el único de Phuoc Giang. Estudiaba mucho y me iba muy bien. Me estaba convirtiendo en un científico capaz de ayudar al país, mientras que antes no era más que un muchacho del campo que nunca pensó en el futuro. Pero con todo mi prestigio —por lo menos, entre familiares y vecinos— me habían arrestado. Aun siendo totalmente inocente de cualquier cargo. Si podían arrestarme y golpearme, podían arrestar a cualquiera. Y era obvio que lo hacían. Empecé a pensar que con esta clase de gobierno nadie estaba seguro. No tenía la más remota idea de qué hacer. Pero comprendía perfectamente que el gobierno estaba en contra del pueblo.

Naturalmente, con ello mi actitud ante los pobres de Saigón se hizo más clara. No sabía cómo actuar políticamente, pero por lo menos podía intentar ayudar a estas personas que el gobierno trataba con tanta crueldad. Se puede decir, pues, que en cierto modo la cárcel me había convertido de observador en activista: activista social, aunque no fuera un activista político.

Al poco tiempo me uní a la organización estudiantil budista. No es que fuera muy religioso, pero gravitaba naturalmente hacia ellos, ya que sólo los jóvenes budistas tenían un programa de ayuda social. Yo dedicaba los fines de semana a trabajar con los huérfanos y a educarlos. Pronto se puso en marcha un programa de enseñanza gratuita para ayudar a los estudiantes pobres de Saigón a preparar el examen de bachillerato. Yo también trabajé en él.

Esto ocurría en el invierno de 1963 y durante el año 1964. Ya era un verdadero activista social. Pero a partir de 1963 la situación política de Saigón empeoró y yo empecé a involucrarme en la acción política.

Ngo Dinh Diem fue derrocado en noviembre de 1963, en parte debido a la oposición popular, sobre todo por parte de los budistas. El grupo de generales que ocupó su lugar duró sólo un par de meses antes de ser expulsados del poder por otro general llamado Nguyen Khanh. Khanh fue un verdadero desastre. Mientras estuvo en el poder, las protestas y las manifestaciones fueron el pan de cada día. Luego, en febrero de 1965, Khanh fue derrocado y otros dos generales tomaron el poder: Nguyen Van Thieu y Nguyen Cao Ky.

Estos cambios tenían que ver con el malestar del pueblo ante los distintos dictadores militares que gobernaban el país. Diversos grupos sociales como estudiantes, budistas, católicos y organizaciones obreras, se dieron cuenta de que podían organizarse y manifestarse. Descubrieron que sus acciones ejercían mucha presión sobre el gobierno y podían dar lugar a otro nuevo. Así pues, los movimientos opositores de masas adquirían poder real. Los distintos grupos esperaban que cuanto más presionaran, mayor sería la respuesta del poder a sus demandas, que consistían sobre todo en democracia, paz y bienestar social.

Yo, inevitablemente, me vi envuelto en estas manifestaciones políticas, ya que era estudiante y miembro de la organización juvenil budista. En 1965 y 1966 me convertí en activista político, sin dejar de ser un activista social. Si bien nunca ocupé ningún puesto destacado en las manifestaciones callejeras, participaba cada vez más en ellas.

Las manifestaciones budistas solían partir de la gran pagoda de An Quang. Allí tenían lugar constantemente reuniones masivas donde se hablaba de temas políticos, sobre todo acerca de la democracia. En particular, queríamos elecciones. Las organizaciones budistas pedían insistentemente elecciones libres.

La policía casi siempre nos estaba esperando. Era imposible saber lo que iba a ocurrir. A veces se producían confrontaciones, luchas. La policía cargaba con las porras y granadas de gases lacrimógenos, y nosotros respondíamos tirando piedras. Todo dependía de si el monje responsable quería pelea, porque todos los manifestantes budistas seguían las órdenes del monje con toda precisión. Tanto podíamos permanecer sentados y aguantar los golpes como regresar a la pagoda y evitar el choque. Pero lo importante era presionar al gobierno y para ello era a veces necesaria una batalla en la calle.

A partir de 1965 fui también más consciente de la guerra y me preocupé más por ella. Fue aquel el año en que los nortea-

ABAJO: *Reconstrucción en el Norte. La revolución exigía luchar en todas las esferas de la vida. Estos soldados norvietnamitas debían manejar tanto azadas como armas.*

mericanos llegaron en masa. A medida que iban llegando a Vietnam su efecto se hacía notar. Para ir a casa, en Phu Yen, tomaba un autobús. Una de las paradas era en Can Ranh, que en otro tiempo fue un lugar delicioso. Pero ahora estaba infestado de clubs nocturnos. Se había transformado en un barrio pornográfico. Lo mismo ocurría en Saigón, donde cada vez había más mendigos y más prostitutas. Los norteamericanos que vi parecían extraños y distintos. No los odiaba, pero estaba preocupado por los efectos de su presencia sobre el país.

En Phu Yen, la situación era especialmente mala. Allí operaban las tropas coreanas, que no tenían escrúpulos en matar a todos los hombres de un pueblo.

Pero la guerra misma era mucho más preocupante. Ya no era sólo una guerra de guerrillas. Los muertos se contaban por miles, en el bando del gobierno y en el otro. En ambos bandos era los pobres quienes sufrían, quienes morían y quienes se mataban entre sí. Los ricos siempre encontraron modos de protegerse y de evitar que sus hijos entraran en combate.

ABAJO: *Dos jóvenes de un mismo país con distintos uniformes y distintas expresiones. Capturado por el FLN, este soldado del Ejército de Vietnam del Sur contempla su destino.*

En el centro, en Phu Yen, la situación era especialmente grave. Allí operaban las tropas coreanas, que no tenían escrúpulos en matar a todos los hombres de un pueblo si creían que podían ser captados por el Vietcong. Los campesinos estaban aterrorizados y había multitud de refugiados. Mis padres también habían buscado refugio, al igual que otros muchos de su pueblo. Ya no era seguro vivir allí.

En cuanto a mí, no pensaba mucho en el Frente, en el Vietcong. Pero algunos de mis amigos del movimiento budista entraron en la resistencia; eran personas sinceras y de buen corazón, personas que me gustaban. Pero yo nunca pensé alistarme. Sabía que la mayor parte del pueblo no estaba con ellos y me disgustaba especialmente la violencia de sus métodos. No quería, pues, luchar con ellos.

En 1967 conseguí la licenciatura en física y química, y en septiembre del mismo año inicié mis estudios de posgrado. A fines de enero de 1968 estaba con mi familia en Tuy Hoa para celebrar el nuevo año lunar, cuando empezó la ofensiva del Tet. Se inició a medianoche, y al principio todos lo tomamos por petardos.

Cuando nos dimos cuanta de que se trataba de una batalla, salimos corriendo de casa en dirección a la playa. En la playa había miles de personas contemplando las explosiones, los aviones y las grandes bolas de fuego anaranjado. Permanecimos dos días en la playa, hasta que todo acabó. Luego regresamos y vimos los cuerpos que yacían en las calles, la mayoría civiles y guerrilleros del Vietcong.

El horror de esta experiencia incrementó mis sentimientos pacifistas y religiosos. Oré por la paz. Hice la promesa de que si

llegara la paz me haría monje y me retiraría a una pagoda. Luego escribí las oraciones y mi promesa en forma de dos poemas para clarificar mis sentimientos lo mejor posible.

En Vietnam, los budistas se han puesto históricamente del lado de los oprimidos, siempre se han aliado con los pobres. Más recientemente, los budistas lucharon contra la dictadura de Diem. Pero antes, las pagodas budistas habían dado asilo al Vietminh durante la guerra contra los franceses. En contraste con ello, el catolicismo llegó a Vietnam con los franceses y fue un aliado del gobierno.

El catolicismo era occidental, como lo eran los franceses. Pero la ética de los budistas y los valores del pueblo eran la misma cosa.

El objetivo principal del budista es obrar el bien en esta vida a fin de hacer méritos para la vida futura del espíritu. El budismo es, sobre todo, una religión social. Este énfasis en lo social me atrajo cada vez más.

En la playa había miles de personas contemplando las explosiones, los aviones y las grandes bolas de fuego anaranjado... Los cuerpos yacían, en las calles, la mayoría civiles y guerrilleros del Vietcong.

Mientras tanto, continuaba mis estudios. En 1969 me especialicé en química y empecé a trabajar en el doctorado. Mantenía también mis actividades sociales y políticas, que ahora habían adquirido un matiz religioso. En 1971 hacía ya años que nos manifestábamos por las calles. Pero las cosas no podían continuar así, sin efecto alguno. Al fin, iba a haber elecciones, las elecciones de octubre de 1971.

Muchos de mis amigos del movimiento juvenil budista pensaban que debía ser candidato a un escaño por Phu Yen en la Asamblea Nacional.

Tras pensarlo mucho, decidí presentarme. Éramos veinte candidatos para dos escaños, y los otros diecinueve eran políticos profesionales, gente de dinero y apoyados por un partido. Pero aunque yo fuera sólo un estudiante sin dinero ni experiencia, tenía algunas ventajas.

La ventaja principal era que los restantes candidatos no osaban hablar en contra del gobierno, y había un estado de opinión general contra el gobierno entre los votantes. Mis propuestas se resumían en tres puntos: 1.º paz, 2.º a favor de los pobres, 3.º contra el gobierno.

Con "contra el gobierno" quería decir que estaba contra la injusticia y las desigualdades económicas, contra los arrestos y encarcelamientos ilegales y contra la supresión de la libertad de expresión. Bauticé mi campaña electoral con el nombre de "Viento Nuevo".

Dondequiera que fuera, la gente parecía conocerme. Tal vez no me conocían personalmente, pero conocían mis antecedentes. Sabían que mi familia era pobre y que me había criado como un campesino. Muchos pobres, pues, se sentían atraídos por mí. Además, tenía el apoyo de la iglesia budista, lo cual era muy importante en el campo. Gané por un amplio margen. Había cien mil votantes en Phu Yen, y a pesar de ser veinte los candidatos y de la corrupción usual en el gobierno, obtuve cincuenta y cuatro mil votos. Así pues, en octubre de 1971 me incorporé a la Asamblea Nacional.

Si el soborno se hacía a través de la esposa, siempre podía decirse que era un regalo para ella.

A partir de entonces empecé a pensar a mayor escala. En concreto, pensé que tal vez pudiera llegar a ser jefe provincial de Phu Yen, un puesto análogo al de gobernador en Estados Unidos. Según la constitución, los jefes provinciales debían ser elegidos. Pero, de hecho, siempre eran designados. Lo que ocurría era que cada año la Asamblea concedía al presidente el derecho de nombrar los jefes.

En la Asamblea, el régimen trataba de sobornar o intimidar al mayor número de diputados, siempre en número suficiente para aprobar sus propuestas.

Nunca intentaron sobornarme directamente, pero de vez en cuando se acercaban a mi esposa. Era un modo típico de hacer estas cosas. Si el soborno se hacía a través de la esposa, siempre podía decirse que era un regalo para ella. No había, desde luego, nada político en ello; era sólo un regalo de cumpleaños o un obsequio del Tet.

Por la noche, la esposa susurraba al oído del marido que había recibido algo de alguien. El marido ni siquiera lo tocaba. Ni siquiera había oído hablar de ello.

No había nada que hacer contra estas cosas. Si daba a entender que tenía miedo o que era vulnerable a presiones de este tipo, perdería toda efectividad. Sabrían cómo controlarme. Por tanto, debía evitar toda reacción. Así, decidí sólo adoptar mayores precauciones. Por ejemplo, cuando viajaba, nunca revelaba mis planes por adelantado: qué pueblo pensaba visitar, cuál era mi itinerario.

De hecho, no estaba muy preocupado por las amenazas, tal vez porque no eran continuas. Venían a verme de vez en cuando, pero llegué a acostumbrarme a ellos. Formaban parte de la vida política. Además, estaba seguro de que si me ocurriera algo se produciría una gran reacción en Phu Yen. Esta era mi mayor protección.

Sólo unos veinte diputados de la oposición eran capaces de afrontar este tipo de cosas, entre ellos personajes como Tran Van Tuyen y Kien Mong Thu. A veces, otros votaban con el bloque de la oposición, pero no eran bastantes para que la diferencia se notara.

De todos modos, yo esperaba todavía que si pudiéramos intensificar la oposición en la Asamblea y combinar nuestro movimiento con la oposición de las masas en la calle, podríamos obligar al gobierno a cambiar. Pero mis esperanzas nunca se realizaron.

Nada puso más de manifiesto la postura de la oposición democrática al régimen de Thieu que la campaña por la libertad de prensa que tuvo lugar en 1973. Los periódicos de Saigón se rebelaron contra una nueva ola de censura y la policía respondía con violencia.

Una noche los periodistas se encerraron en el Club de Prensa, que se encuentra enfrente de la Asamblea Nacional. La atmósfera estaba muy tensa. Todos esperaban el ataque de la policía. Así que un grupo de unos cinco o seis miembros de la Asamblea pensamos evitar la confrontación estando entre los periodistas.

CAPÍTULO 3 LA LUCHA

Estábamos convencidos de que nuestra inmunidad parlamentaria sería suficiente para proteger también a los periodistas de un ataque físico.

Llegó un furgón... Salieron cuatro tipos llevando un cuerpo, cogiéndolo por los brazos y por las piernas. Luego echaron el cuerpo en la escalinata de la Asamblea.

A medianoche llegó la policía y entró en el Club de Prensa. Nos apiñamos junto a los periodistas y nos identificamos en voz alta como diputados, aunque la policía sabía perfectamente quiénes éramos. Mientras los policías se acercaban empezamos a gritar: "¡Inmunidad!, ¡inmunidad!" Era como hablar a las paredes. Siguieron acercándose y nos golperaron a todos sin distinción. Dinh Xuan Dung [uno de los diputados] cayó inconsciente al suelo.

Luego la policía se llevó a la mayor parte de los periodistas, unos conscientes y otros inconscientes, y también a Dung. Los echaron en los furgones y se fueron de allí, mientras nosotros quedábamos abatidos con el resto de periodistas.

Nos enfurecía enormemente pensar que estos bastardos habían ignorado nuestra inmunidad parlamentaria y habían tenido la osadía de atacar a diputados de la Asamblea, a personas elegidas por el pueblo.

Una vez repuestos, atravesamos la calle y llegamos al edificio de la Asamblea. Ardíamos en ira.

Nos dirigimos al palacio presidencial gritando: "¡Abajo Thieu! ¡Democracia! ¡Libertad!"

Con nosotros se encontraba también Ho Ngoc Nhuan, uno de los jefes del bloque de la oposición. Ya cruzada la calle, le vi mirando en las esquinas y en las alcantarillas, murmurando para sí.

Le dije: "¿Qué está haciendo, Nhuan?" Él respondió: "Busco algo que arda; quiero quemar este lugar, este asqueroso lugar." Se refería al edificio de la Asamblea.

Poco después estábamos todavía ante la Asamblea, decidiendo qué hacer, temblando aún de ira. De pronto llegó un furgón y se detuvo ante nosotros. Salieron cuatro tipos llevando un cuerpo, cogiéndolo por los brazos y por las piernas. Luego echaron el cuerpo en la escalinata de la Asamblea, regresaron al furgón y desaparecieron.

Cuando esto sucedió nos quedamos petrificados. Pero en cuanto la policía se fue, corrimos hacia el cuerpo. Me incliné sobre él y vi que era Dinh Xuan Dung, el diputado a quien habían golpeado hasta dejarlo inconsciente y a quien se habían llevado con los periodistas. Estaba tendido con los ojos cerrados sin moverse ni respirar. Creí que estaba muerto. Acerqué mi cara a la suya y me puse a llorar, al principio en silencio, pero luego no pude controlarme y empecé a sollozar.

De pronto me pareció oír algunas palabras murmuradas en mi oreja. Entonces le miré y descubrí que los ojos de Dung estaban abiertos. Musitaba: "No seas estúpido, Hoan, no estoy muerto."

No estaba muerto, pero lo habían apaleado de mala manera. Lo llevamos al interior del edificio y empezamos a hacer planes. Durante la noche nos pondríamos en contacto con todos nuestros amigos: los estudiantes, los sindicatos, la prensa budista —toda la oposición—, diciéndoles que se concentrasen frente al edificio de la Asamblea a las diez de la mañana.

Cuando dieron las diez, las calles cercanas a la Asamblea rebosaban de gente airada. Ante la multitud, bajé la escalinata lentamente llevando el "cuerpo" de Dung y lo coloqué en una camilla preparada para él. Luego, llevando a Dung como símbolo visible del total desprecio del régimen por el pueblo y las instituciones democráticas, nos dirigimos al palacio presidencial gritando: "¡Abajo Thieu! ¡Democracia! ¡Libertad!" Haciendo el mayor ruido posible, desfilamos frente al palacio. Luego regresamos a la Asamblea y pronunciamos algunos discursos antes

DERECHA: *Estos miembros del Vietcong, cautivos en un campo de Pleiku, llevan agua y tiran la basura en la agobiante y mezquina rutina cotidiana del prisionero de guerra.*

de disolver la manifestación. Después llevamos a Dung al hospital, donde estuvo un par de días antes de poder volver a su casa.

Aunque nuestro bloque de oposición no fuera una fuerza efectiva de cambio, los acuerdos de París de 1973 nos infundieron una gran esperanza. Por entonces no temíamos que el FLN pudiese vencer. Pero Thieu había manifestado abiertamente que estaba en contra de los acuerdos y era evidente que los había firmado sólo porque Estados Unidos le habían obligado a hacerlo. Nuestra tarea, pues, era defender los acuerdos y asegurar su puesta en práctica. En Saigón todas las fuerzas opositoras pensaban también que debían unirse en una "Tercera Fuerza" que agrupase a todos aquellos que no estaban con el gobierno ni con el Frente, pero que querían cumplir un papel en el Consejo Nacional de Reconciliación y Concordia de que hablaban los acuerdos.

Al principio éramos optimistas. Pero a mediados de 1974 ya habíamos perdido la esperanza. Thieu no cedía ni un milímetro. Se negaba a constituir el Consejo Nacional. Era obvio que no iba a haber elecciones. Todo lo contrario: hacía arrestar a los dirigentes de las ramas locales del Movimiento para la Reconciliación, quitaba de la circulación a los periodistas que nos trataban con simpatía y sobornaba a los diputados para que le eligieran por tercera vez.

CAMERA PRESS

Mi marido le denunció ante la Asamblea Nacional por corrupción y arrestos ilegales.

Mientras esto sucedía, los comunistas incrementaban sus acciones militares. En 1974 ya no quedaba nada de los acuerdos de París. No había ninguna esperanza. No había modo de cambiar el gobierno ni de detener al Frente.

A principio de 1975, la situación militar del gobierno se deterioraba rápidamente. A primeros de marzo, los comunistas tomaron Ban Me Thuot. Era el principio del fin. Después de Ban Me Thuot, las fuerzas del gobierno se desmoronaron.

Sabía que me encontraba en medio de un desastre. Ningún miembro de la oposición tenía influencias de que servirse. No había modo de influir en los acontecimientos. No había nada que hacer. Mi actitud era de total pasividad, como si estuviera de nuevo en la cárcel de Nha Trang, donde me dejaba pegar porque no podía hacer nada para impedirlo.

NGUYEN THI TY, ESPOSA DE NGUYEN CONG HOAN

Cuando Hoan se presentó como candidato me alegré muchísimo. Tenía mucho apoyo entre la gente de Phu Yan. Estaba orgullosa de él. Pero también tenía miedo, ya que pertenecía a la oposición y tenía enemigos.

A veces oía decir que alguien había planeado poner una bomba en casa y matarnos a todos. Tenía muchísimo miedo, pero ¿qué podía hacer? Nuestro destino está en manos de Dios.

Mientras mi marido estuvo en la Asamblea tuvo muchos problemas con el jefe de policía de Tuy Hoa. Mi marido le denunció ante la Asamblea Nacional por corrupción y arrestos ilegales. La denuncia fue recogida en los periódicos de Saigón y el jefe se indignó mucho. Yo temía que intentara vengarse de mi marido a través de mí y de los niños.

Durante el Tet, es tradicional hacerse regalos. Es una magnífica oportunidad para corromper a alguien: sobornar bajo la apariencia de un regalo. En el Tet de 1973, recibí la visita de un ayudante del jefe de policía a medianoche [la hora tradicional de las visitas en el Tet]. Por la ventana podía ver al mismo jefe esperando en el coche. El ayudante me dio una caja. Me dijo que era un regalo de su jefe para mí y para los niños.

La abrí de inmediato. Contenía pasteles, galletas, varias clases de té, y también había tres lingotes de oro. Cuando los vi le dije: "Oh no, debe esperar a que mi marido regrese de Saigón." Pero él insistía en que debía quedármelo. Decía que era un regalo de su jefe, un regalo sin condiciones, que su jefe no pedía ningún favor a nadie.

Cuando vio mi insistencia en rechazarlo, me dijo que si no aceptaba este regalo —este regalo sin condiciones— su jefe castigaría duramente a mi marido. Pero no quise aceptarlo. Cuando Hoan regresó, me dijo que había hecho lo que debía hacer. Yo sabía que diría esto.

CAPÍTULO 3 LA LUCHA

TRINH DUC

Si bien la mayor parte del Ejército del Vietminh se reagrupó en el Norte, el Partido dejó en el Sur una red de militantes clandestinos: secretarios que supervisaban las principales zonas de guerra y pequeños grupos constituidos por los agentes más cualificados. Encantado con la oportunidad de vivir en la República Democrática, Trinh Duc sufrió una gran decepción cuando le comunicaron que debía permanecer en Saigón.

JEFE DE ALDEA

Después de la Conferencia de Ginebra, la Asociación de Intelectuales de Saigón pasó a la clandestinidad. Éramos muy pocos y toda comunicación era muy circunspecta. Proseguimos nuestra labor de proselitismo, pero con mucha mayor cautela que antes.

Uno de nuestros posibles prosélitos era la directora del instituto de Hoa Hoa. Oyéndola hablar en clase uno se daba cuenta de que simpatizaba con nuestras ideas. Empecé a cultivar su trato, primero siendo amable con ella; luego, cuando se hizo más receptiva, comencé a pasarle literatura. A mitad de curso fui transferido al instituto de Nghe An, pero no por esto interrumpí mis contactos con ella.

No fui yo el único que descubrió su interés por la revolución. Unos estudiantes la denunciaron a la policía y fue detenida. Más tarde supe que la policía encontró en su casa un ejemplar de la constitución del Partido Comunista Chino, una revista política china y un panfleto sobre organización estudiantil: todo el material que yo le había proporcionado. No les costó mucho hacerle mencionar mi nombre.

> Cuando noté que había alguien en la habitación, alcé la vista. Estaba rodeado de policías.

Hacia las diez de la mañana, la policía entró en el restaurante y obligó al encargado a darle la dirección de la casa de mi hermano, donde yo aún vivía. Cuando llegaron a mi casa, yo estaba en la sala de estar leyendo un opúsculo. En mi habitación había seis grandes cajas llenas de documentos sobre los acuerdos de Ginebra. Los había recibido el día anterior y no había tenido tiempo de distribuirlos. Cuando noté que había alguien en la habitación, alcé la vista. Estaba rodeado de policías. Pegué un salto e intenté escabullirme, pero ellos me agarraron al momento y me golpearon. Se llevaron consigo un jeep lleno de material que despositaron en la comisaría de Hoa Hoa, en Giadinh.

No me sorprendió demasiado lo ocurrido. Diem había puesto en marcha la campaña To Cong (Denunciar a comunistas) y mucha gente fue arrestada. También sabía que Hoa Hoa era la comisaría más dura de la ciudad, el lugar donde llevaban a los peores elementos, de modo que no me hice ilusiones acerca de lo que me iba a suceder. Había hablado antes con personas que estuvieron en la cárcel y fueron torturadas. De camino a la comisaría, no dejaba de pensar en lo que me habían dicho. Estaba, pues, resignado; estaba mentalmente preparado para lo que fuera a suceder.

Cuando llegamos no me hicieron ninguna pregunta. Me metieron en una habitación y me apalearon hasta dejarme inconsciente. Cuando recobré el conocimiento estaba en una celda con otros muchos presos. Me dijeron que cuando me trajeron todos pensaron que estaba muerto y que luego vino un funcionario a ponerme una inyección.

Aquella noche me cuidaron los presos. A la mañana siguiente, la policía me llevó de nuevo a la sala de tortura. Me echaron al suelo y me ataron de pies y manos. Luego me apretaron la nariz con una venda, de modo que debía respirar por la boca. Cada vez que abría la boca echaban agua en ella, litros y litros. Yo debía tragar, tragar, hasta que el estómago empezó a hincharse. Me sentía morir. Luego uno de ellos se puso de pie sobre mi estómago y empecé a vomitar agua. Al fin se decidieron a hacerme preguntas sobre la organización. Sabían, naturalmente, que la directora no era la única y querían que les diera más nombres. De hecho, tenía todos los nombres en la cabeza, y los nombres en clave también; en aquel tiempo había más de sesenta personas trabajando para mí. Pero ¿cómo podía traicionarlos? Sabía que a ellos les harían exactamente lo mismo que a mí. Por tanto, me negué a dárselos. Cada vez que me negaba, me pegaban de nuevo. Su conducta me daba mayores fuerzas para callar.

> Me interrogaron durante veintidós días... Pero mantuve mi historia de que no era más que un mensajero, que no sabía nada.

Al fin me llevaron de nuevo a mi celda y empecé a hincharme por todas partes. Tenían que arrancarme las ropas a tiras. No podía caminar. Cuando mis compañeros me acercaron al agujero que había en el suelo para orinar, oriné sangre. Estaba convencido de que iba a morir. Al día siguiente empezaron de nuevo.

Me interrogaron durante veintidós días. En todo este tiempo fui incapaz de mantenerme en pie y de andar. Cada día me llevaban a la sala del interrogatorio. De vuelta a la celda, debía andar a gatas. Pero mantuve mi historia de que no era más que un mensajero, que no sabía nada. No les dije nada en absoluto.

Creo que había varias cosas que me ayudaron a sobrevivir espiritualmente, aunque nunca creí que iba a sobrevivir físicamente. La primera era saber que torturarían y matarían a todos los miembros de mi grupo; de modo que si hablaba, yo mismo mataría a mis camaradas. La segunda era el odio. Tal vez esto fuera lo principal, ya no había nada razonable acerca de tal sentimiento. Hicieran lo que hicieran a mi cuerpo, mi mente ardía en odio todo el tiempo. Y cada vez se calentaba más. Los retaba constantemente. Gritaba: "¡Matadme, matadme, bastardos!" Me encolerizaba hasta tal punto que ya no sentía más que odio.

También el orgullo me ayudó a sobrevivir. Me sentía muy orgulloso de no haber sucumbido y sabía que mis compañeros de celda me respetaban sobremanera por lo que debía soportar. Me daban parte de las medicinas y los alimentos que recibían de sus familias. Me cuidaron. Me ofrecieron un gran apoyo es-

piritual. Sabía que me estaba comportando como un comunista de verdad, sacrificándome por los demás. Esto me sostenía.

A los veintitrés días, el general Nguyen Ngoc Le me vino a ver. Él era entonces el jefe de la policía de Vietnam del Sur. Se presentó y me dijo que me respetaba por no haber revelado los nombres. Luego añadió que me daba su palabra de general de que me dejarían en libertad si le decía cómo estaba montada y cómo funcionaba la organización; no pedía ningún nombre.

A veces usaban descargas eléctricas y a veces me torturaban con agua. También me clavaban alfileres debajo de las uñas.

Le dije que no sabía nada que ya no hubiera dicho a la policía. Mi trabajo sólo consistía en transmitir mensajes y distribuir literatura. A menudo, ni siquiera distribuía los panfletos, sino que simplemente los dejaba en los lavabos del instituto. La razón de que hubiera encontrado tanto material en casa es que hacía tiempo que no lo distribuía.

Cuando Le se fue, la turtura continuó, si bien con menor regularidad. Me interrogaban cada pocos días. A veces usaban descargas eléctricas y a veces me torturaban con agua. También me clavaban alfileres debajo de las uñas. Pero lo normal era que me apalearan. Después de cada sesión me daban un par de días para pensar. Luego, cuando empezaba a recobrarme, me llamaban de nuevo. Todo esto duró cinco meses.

Cuando por fin concluyeron los interrogatorios, fui trasladado al hospital de la cárcel de Cho Quan. Creo que al final se cansaron de pegarme. En Cho Quan se me permitía recibir visitas. Aun cuando estuve ya recuperado, conseguí permanecer más tiempo en el hospital porque mi hermano sobornó a uno de los funcionarios. Años después, cuando por fin fui liberado, descubrí que me había convertido en un héroe de la revolución vietnamita como la señora No, que actualmente [1985] es jefe del Partido en la provincia de Dong Nai. Ella también fue intensamente torturada y no reveló nada. Nuestras experiencias fueron escritas para que sirvieran como modelos a imitar por los militantes.

Cuando salí del hospital me mandaron de una cárcel a otra; primero fue Phu Lam, luego Catinat. Me trasladaron a Catinat porque otro miembro de mi organización fue detenido y dio mi nombre. Era un organizador obrero en la fábrica de Con O, una fábrica que originalmente estaba en el Norte, pero que fue trasladada al Sur después de los acuerdos de Ginebra. Trasladaron la fábrica en su totalidad: propietarios, trabajadores, equipo, todo.

Arrestar a uno de nuestros organizadores fue un gran éxito para la policía. Fui trasladado a Catinat porque allí se investigaba el caso. Incluso me encerraron en la misma celda que este tipo, tal vez porque esperaban que un delator obtuviera alguna información. Pero logré hablar a solas con él, escudado por otros dos compañeros de celda. Pegué mi cara a la suya y le dije:

"Mira, no sabes nada de mí, pero yo lo sé todo sobre ti, sé tu historia completa. Mañana, cuando hables con el interrogador, niégalo todo. Si no lo haces, haré que te maten. No tienes otra opción si quieres sobrevivir."

ARRIBA: *Los dos bandos eran implacables para obtener información. Aquí, unos mercenarios Nung que operan con los Boinas Verdes norteamericanos cuelgan a un presunto vietcong.*

El día siguiente se retractó de su denuncia. A partir de entonces no habló más.

Acabé en la cárcel de Giadinh [actualmente llamada Le Van Duyet], en las afueras de Saigón. Las celdas colectivas estaban caldeadas y tan poco aireadas que nos habíamos dividido en dos grupos para turnarnos: mientras un grupo dormía, el otro abanicaba con las esteras que hacían las veces de colchón.

En Giadinh pude establecer contacto con otros miembros del Partido a través de presos cuyo trabajo los llevaba de una celda a otra: los que servían la comida y los que efectuaban la limpieza. La moral de los presos era muy alta; se sentía un gran odio contra los carceleros. Aprovechaba todas las oportunidades para elevarla más, para inculcar a los presos la necesidad de luchar sin desmayo. Sabía que todo cuanto hiciera para mantener la tensión afirmaría su resolución y levantaría sus ánimos.

CAPÍTULO 3 LA LUCHA

El modo más fácil de lograrlo era organizar la lucha contra el régimen carcelario. Cuanto más enemistados con los guardias, mayor el odio de los presos contra ellos. Así, pedíamos más duchas, más agua, mejor comida, más tiempo fuera de las celdas, cosas todas que sabíamos que nos iban a negar. Cuando se negaban, los miembros del Partido organizábamos huelgas de hambre. Nos negábamos a comer durante días. La cárcel se llenaba de los cantos y abucheos de los presos.

Tras varios de estos episodios, trasladaron a los presos más tenaces a la cárcel de Bien Hoa. En Bien Hoa me encerraron en una celda de castigo durante un mes y medio, una minúscula y oscura habitación con una tenue bombilla encendida noche y día. Entre Hoa Hoa, Phu Lam, Catinat, Giadinh y Bien Hoa, estuve encarcelado casi cinco años. Luego me trasladaron a Phu Loi.

Phu Loi es el peor sitio que he visto nunca. Estaba aún más hacinado y sucio. La ración alimentaria nos mantenía en el borde de la inanición. Tenían también lo que llamaban el programa *Hoc Tap Cai Tao* —"autocrítica y reeducación"—, frases tomadas del Partido. Cada día, antiguos comunistas que se habían

pasado a las filas del gobierno venían a las celdas a enseñarnos cuán malo era el comunismo y a darnos folletos para leer.

Me negaba a escucharlos. Les dije que no sabía leer vietnamita y que no quería saber nada con ellos. Pedí a los demás que tampoco participaran. Por ello me encadenaron con los brazos apretados contra la espalda y me aislaron. Al poco rato el dolor era insoportable. El cuerpo me dolía de arriba abajo. De todos modos, siempre me dolía cuando había humedad: era una secuela de las palizas que recibí estando en la cárcel de Hoa Hoa.

CAMERA PRESS

Me tuvieron aislado dos semanas. Cuando me sacaron, me dijeron que podía no participar en los estudios, pero que no debía interferir con los demás. Dije que bien.

> Me encadenaron con los brazos apretados contra la espalda y me aislaron.

En Phu Loi había un grupo de sesenta y ocho militantes chinos considerados especialmente duros. A la larga, nos llevaron a todos a las celdas del cuartel general de la policía nacional. Luego nos dijeron que nos mandarían a Taiwan. Al oír esto, les dijimos que nos suicidaríamos en masa antes que ser enviados allí. Estábamos totalmente decididos a ello. Sabíamos que en Taiwan no permaneceríamos con vida un solo día.

Todo ello sucedía en 1961. Tenía treinta años y estaba en la cárcel desde los veintitrés. Toda mi juventud la pasé en las cárceles. A veces, cuando estaba solo, pensaba en mi vida personal, pensaba que me hubiera gustado estar casado y tener hijos. Pero nunca me explayé en ello. Era un ferviente revolucionario.

Un día de 1961 fui trasladado con los otros sesenta y ocho chinos a la isla de Con Son. Era el lugar más temido por todos, una especie de Isla del Diablo del sistema carcelario vietnamita. Nos metieron en un barco, encadenados, con otros ciento cincuenta presos. Nos tuvieron sentados en dos largas filas, cara a cara, encadenados por los pies a la larga barra de acero que recorría la cubierta.

Tardamos casi un día en llegar a la isla. Cuando arribamos, el barco no atracó en el muelle; se detuvo donde el agua nos llegaba al pecho. Luego los guardias nos quitaron las cadenas y nos echaron del barco. En la situación en que nos encontrábamos, todo cuanto podíamos hacer era luchar contra el agua hasta llegar a una especie de área de desembarco en las rocas. Luego vimos que había dos senderos que iban del área de desembarco hasta la cárcel. En uno, una señal indicaba "Camino de Ngo Dinh Diem"; la otra señal decía "Camino de Ho Chi Minh". Un guardia vociferaba a través de un megáfono diciendo que los que elegían el camino de Ngo Dinh Diem podían confiar en regresar un día con sus familiares y gozar de un futuro feliz. Pero el camino comunista era el camino del infierno. Los que tomaban este camino nunca volverían. Yo me fui por el camino del infierno, junto con otros once.

Al final del camino nos esperaba un grupo de guardias provistos de porras. Empezaron a golpearnos, derribándonos y luego apaleándonos en la cabeza y la espalda mientras nos arrastrábamos por el suelo para pasar entre ellos. Cuando dejé atrás el último guardia, apenas estaba consciente. No tuve más que una impresión borrosa de la cárcel que se alzaba ante mí.

Pero daba lo mismo. Era imposible prepararse para la vida en aquel lugar. Los presos de "Ho Chi Minh" estaban separados de los demás. No comíamos más que dos pequeños cuencos de arroz al día, sin carne, sin verduras, sin nada más. Todos cogían

IZQUIERDA: *Ante los vivos colores de la revolución y las imágenes monocromas de sus líderes, el Vietcong da una conferencia de prensa. Su mensaje: lucha sin cuartel.*

beriberi, con mayor o menor gravedad. Cuando enfermábamos, los funcionarios nos daban cápsulas vitamínicas: una sola cápsula de vitamina C era suficiente para hacer desaparecer las manchas rojas de las piernas. Luego te preguntaban si todavía elegías el camino de Ho Chi Minh. Esperaban a que uno se sintiera al borde de la muerte para llegar con las cápsulas y las jeringas con soluciones vitamínicas. Entonces decían: "Si quieres una inyección, sepárate de los comunistas." Estaba tan lleno de odio que rompí sus malditas agujas.

Empezaron a golpearnos, derribándonos y luego apaleándonos en la cabeza y la espalda.

Con Son me hizo cambiar. Al fin me hizo cambiar. Cuando era joven fui testigo de muchas injusticias y odié a las personas capaces de hacer cosas tan terribles. Pero aquel odio no estaba arraigado en mí. Luego vi torturar brutalmente a personas queridas, y sentí un odio mayor. Desde que entré en la cárcel, esto me ocurría personalmente muchas, muchas veces. Con Son fue la culminación de este proceso. Sentí que me había endurecido como el acero. Mis sentimientos humanos me estaban abandonando. Era más que capaz de hacer a mis enemigos lo mismo que ellos me hacían a mí. No había duda alguna. No vacilaría ni un instante.

En 1964 fui puesto en libertad. Ngo Dinh Diem estaba muerto y los generales que lo derrocaron fueron ellos mismos derrocados. El nuevo presidente era otro general llamado Nguyen Khanh. Para celebrar el éxito de su golpe de Estado, Khanh decretó una amnistía por la que debían liberarse unos quinientos presos. Me mandaron a Saigón exactamente en el mismo barco en que había llegado y encadenado a la misma barra de acero. En Chi Hoa, la cárcel central, los guardias nos dijeron que íbamos a ser puestos en libertad. Fue la primera noticia. Dije: "No bromees." Pero al poco rato oí llamar mi nombre. Ni siquiera entonces lo creía. Había estado diez años en la cárcel, el tiempo de tres generaciones de presidentes survietnamitas y de tres generaciones de presidentes norteamericanos.

Cuando me entregaron mis papeles, me fui en autobús hasta Cholon, a casa de mi hermano. Él vivía todavía allí, aún tenía el restaurante. Le cogieron después de mí, pero le dejaron al cabo de seis meses. Cuando me vio se sintió inundado de alegría. Los dos nos sentíamos felices. Pasamos tres meses celebrándolo. Teníamos fiestas cada noche, una fiesta tras otra.

El segundo día después de mi regreso, el Partido se puso en contacto conmigo a través de un mensajero. Debía descansar y recobrar fuerzas. Luego me darían órdenes. Entretanto, debía mantener contacto con los demás chinos que fueron liberados conmigo.

Mi tiempo de descanso duró tres meses.

Al término de este período recibí un mensaje con instrucciones para que me dispusiera a partir. Dado que era conocido, iría a la jungla y se me encomendaría un nuevo trabajo. Los otros dieciocho chinos llegarían aproximadamente al mismo tiempo, pero por caminos distintos. Hice mis últimos contactos con ellos y me presenté a la comisaría local por última vez. Desde que fui puesto en libertad debía presentarme regularmente a la policía, primero cada tres días, luego cada mes. Esta vez les dije que iba al hospital para el tratamiento de unas anomalías surgidas durante mi estancia en la cárcel. Ahora ya podía partir.

El día de mi partida me encontré con mi enlace en el mercado de Cholon. Le pregunté si ya había comido sopa. Ella me respondió: "Todavía no". Luego yo dije: "Vayamos a comer un poco." Esta era la contraseña. Fuimos en autobús hasta Cu Chi, donde entramos en una casa normal y corriente desde la cual fui conducido por un laberinto de túneles que partían de un pozo cubierto en el refugio de la casa.

El túnel principal se llamaba carretera de Tong Nhut. Conectaba un pueblo con otro y en algunos lugares tenía entradas desde casi cada casa. En estos lugares, si se producía un ataque del enemigo podía desaparecer toda una aldea.

REX FEATURES

Quedé sorprendido al descubrir esta red de túneles subterráneos, pero más tarde los llegué a conocer muy bien. Los túneles de Cu Chi servían como vía de huida, como trampa para las tropas norteamericanas o del gobierno, como área de suministro y eran un lugar de parada de los nuevos reclutas de Saigón en su camino hacia la jungla. Me alegré de que el jefe de personal de Cu Chi fuera un antiguo colega mío de la Asociación de Intelectuales.

Cuando llegué, fui tratado como un principiante en la revolución.

Pero cuando me pidió que me quedara y fuera su ayudante, le dije que estaba ansioso por alejarme lo más posible de Saigón.

El viaje desde Cu Chi hasta Cuc R [Cuc R (COSVN) era el área del cuartel general que controlaba la guerra en la mayor parte del Sur y servía de enlace entre el frente y el centro de mando de Hanoi] duró un mes. Fue un viaje a pie, en bicicleta y en sampán. Cuando llegué, fui tratado como un principiante en la revolución. Había llegado con otros ex presos y todos tuvimos que escribir nuestras autobiografías, como si acabáramos de ser reclutados. Nos explicaron que la razón era que habíamos estado mucho tiempo alejados de la organización y que no habíamos podido seguir los cambios políticos ni el curso de la re-

ABAJO: *La ingente red de túneles del Vietcong servía para trasladar suministros de un lado a otro del país. Aquí, estos cargamentos para el Vietcong continúan su viaje por el río.*

volución. Nuestro punto de vista no era, pues, el de la época. Esto no me gustaba mucho, pero cuando me lo explicaron lo consideré razonable.

Aprendí a usar carabinas, AK-47, granadas, minas de distintos tipos: a construirlas y a desarmarlas.

Se trataba de escribir una autocrítica que debía ser aprobada por los demás miembros del grupo. Así pues, uno la leía ante los demás y escuchaba cuando ellos criticaban lo que uno había hecho, sus razones para haberlo hecho, todo cuanto había sucedido. Yo reconocí mi error y mi debilidad en haber actuado como lo hice. Los demás me criticaron, pero dijeron también que comprendían mi proceder. Aceptaron mi autocrítica. Al final, se pasó el informe al dirigente local del Partido. Una vez aprobado, recuperé mi condición anterior.

Luego empezó mi instrucción, tanto militar como política. Los cursos versaban sobre el Frente de Liberación Nacional, fundado unos años atrás. [Creado formalmente en diciembre de 1960, el FLN era el paraguas político de los revolucionarios del Sur.] Nos aprendimos todo el programa de memoria y nos enseñaron cómo llevarlo a la práctica. También asistí a un curso sobre organización obrera, lo cual era de especial importancia a causa del elevado número de trabajadores en las plantaciones de caucho que estaban bajo nuestro control.

Además de la instrucción política, me enseñaron también las técnicas de la guerra de guerrillas. Aprendí a usar carabinas, AK-47, granadas, minas de distintos tipos: a construirlas y a desarmarlas. Aprendí también tácticas de campo.

Cuando acabó la instrucción, me asignaron al comité de Hoa Van [el departamento chino]. Todos nuestros centros, Hoa Van entre ellos, formaban una línea junto a la frontera de Camboya. Era un área de espesa vegetación que ofrecía protección y facilidad de movimientos de uno a otro lado de la frontera. Pero no era rica en alimentos.

El arroz debía conseguirse en otra parte y había poca verdura para acompañarlo. Los soldados cazaban, pero la caza no constituía una fuente nutritiva estable. Nunca hubo comida suficiente.

Con el tiempo, fui tomando parte más directa en el proceso de reclutamiento, dirigiendo los enlaces que traían reclutas de Cholon y acercándome yo mismo a la ciudad de vez en cuando.

En 1965, el número de revolucionarios reclutados fue muy alto. Las tropas norteamericanas llegaron masivamente a Vietnam y esto dio lugar a una enorme efusión de jóvenes que querían luchar contra ellos. Durante este período logré reunir a quinientos reclutas tan sólo en Cholon.

En 1967 fui destinado a la provincia de Long Khanh [a unos ochenta kilómetros al noroeste de Saigón] como parte de una misión de refuerzo de los cuadros políticos locales. Long Khanh es una región alta que produce té, café, fruta y caucho. Un alto porcentaje de campesinos son chinos, pero los cuadros eran so-

REX FEATURES

DERECHA: *El cadáver de un soldado. Este guerrillero fue muerto por los marines en el puente de Don Ha cuando trataba de cruzar la frontera en dirección a Vietnam del Sur.*

CAMERA PRESS

bre todo vietnamitas que ni siquiera hablaban su lengua. Ésta era una de las razones de que no lograran movilizar a mucha gente para la revolución.

Mi primer cargo fue de subsecretario de la rama del Partido en el pueblo de Bao Binh; pocos meses después fui ascendido a secretario. Mi trabajo consistía en asegurar el control del pueblo y de la región circundante. Se trataba de hacer bien manifiesta la presencia y la fortaleza invencible de la revolución para que los campesinos no albergaran dudas acerca de quién estaría allí más tiempo y quién tendría un efecto mayor en sus vidas.

En Bao Binh yo dirigía las operaciones políticas, de seguridad y de asistencia social, todas ellas coordinadas para atraer a los campesinos a nuestro lado y mantenerlos en él. Repartía propaganda, recaudaba impuestos, atacaba puestos militares y me aseguraba de que los funcionarios designados por Saigón no representaran amenaza alguna. Para conseguirlo, hacía tratos con ellos, los intimidaba y, si era necesario, los ejecutaba.

De noche, los funcionarios del gobierno se iban a dormir a la capital del distrito o de la provincia y entonces aparecían nuestros hombres.

Al cabo de un año fui nombrado secretario del Partido en el distrito de Xuan Loc. Tenía a mi cargo tres pueblos: Nam Lo, Bac Lo y Bao Binh. Mi área contenía varias aldeas que denominábamos *Xoi dau*, áreas en litigio. *Xoi* significa "arroz dulce" y *dau* "legumbres". Así pues, un área *Xoi dau* era un área heterogénea, un área bajo nuestro control y bajo el control de Saigón.

Vinh era una aldea de este tipo. De día, su gente seguía al gobierno. Pero de noche los funcionarios del gobierno se iban a dormir a la capital del distrito o de la provincia y entonces aparecían nuestros hombres.

El jefe de la aldea de Vinh, nombrado por Saigón, era un hombre llamado Thuan. Habíamos acordado que si él no interfería con nosotros, nosotros le dejaríamos en paz. Hubiera sido muy fácil matar a Thuan, pero no había ninguna razón seria para hacerlo. Si lo matábamos, el gobierno se limitaría a mandar a otra persona que podría ser más dura y más eficiente que Thuan. En una situación como ésta, lo mejor era llegar a un compromiso.

Además yo lo sabía todo de Thuan y de sus hábitos, mientras que él no sabía nada sobre mí. Comprendió muy bien que el vulnerable era él.

Además de esta especie de tregua con Thuan, también hice negocios con él. Precisamente estos negocios le acarrearon la muerte. En aquel tiempo, el gobierno de Saigón se esforzaba en que el arroz y los medicamentos no llegaran en poder del Vietcong, restringiendo los suministros a las aldeas en litigio. Sus habitantes recibían raciones muy estrictas, calculadas según el número de personas que vivían en cada casa. Se suponía que si no les sobraba nada, no tendrían nada que vender de contrabando a las guerrillas.

Thuan no era muy distinto de un buen número de jefes de aldea dependientes de Saigón: entendía su trabajo sobre todo como un medio de enriquecimiento personal.

En estas aldeas, la gente pasaba muchas calamidades. Nunca podían disponer de suministros de ningún tipo para más de una semana. Su ración alimenticia era muy limitada y siempre estaban bajo presión gubernamental. En tales circunstancias, no era extraño que simpatizaran con nosotros y odiaran al gobierno.

Thuan no era muy distinto de un buen número de jefes de aldea dependientes de Saigón: entendía su trabajo sobre todo como un medio de enriquecimiento personal. El programa de racionamiento era ideal para él. Le permitía robar una gran cantidad de suministros confeccionando listas falsas del número de habitantes de Vinh. El gobierno le proporcionaba los alimentos correspondientes al número de individuos que figuraban en la lista, que él compraba al precio oficial. Luego vendía el arroz, el azúcar y demás productos en el mercado negro a un precio mucho más alto.

De este modo conseguía seiscientos kilos de arroz extra cada mes. Yo conocía sus tejemanejes y le propuse que me vendiera trescientos kilos, la cantidad necesaria para alimentar a los cuadros de los tres pueblos. Pero me negué a pagar el precio del mercado negro. Creía que si le permitía quedarse con la mitad del beneficio todavía debía estar contento. Le permitía seguir en el negocio y no le hacía la vida difícil. Thuan aceptó, pero no le gustó el trato. Quería que le pagara al precio del mercado negro.

Vendía el arroz, el azúcar y los demás productos en el mercado negro a un precio mucho más alto.

Nuestro acuerdo debió de obsesionarle. No podía soportar la idea de perder miles de piastras. Un día dejó un mensaje en nuestro "buzón" en el que decía que ya no me iba a vender el arroz al precio oficial; que si lo quería, debía pagarlo al precio del mercado negro. A partir de aquella noche no durmió en la aldea.

Para mí, su negativa era un ataque frontal. Lo importante, de hecho, no era el precio. Pero si le permitía salirse con la suya, él sería más fuerte que yo. Así pues, convoqué una reunión de la sección del Partido y decidimos ejecutarle.

En el caso de Thuan, fue fácil tomar este decisión. Era un individuo codicioso y egoísta y muy impopular entre los campesinos. Si hubiera sido querido por ellos, lo hubiéramos tenido más difícil. Antes de matar a una persona popular, debíamos hacer algo para desacreditarla. Toda ejecución infundía miedo a la gente. Pero si se trataba de alguien a quien querían, si era

IZQUIERDA: *Zapadores norvietnamitas corriendo entre el humo para restablecer las líneas de comunicación después de un bombardeo norteamericano, una labor al parecer inacabable.*

CAPÍTULO 3 LA LUCHA

DERECHA: *El Vietcong era despiadado en el exterminio de sus oponentes, pero ello no los hacía inmunes. Estos guerrilleros fueron víctimas de los marines.*

una buena persona, la ejecución los volvería en contra de la revolución.

> ... Si le permitía salirse con la suya, él sería más fuerte que yo. Así pues, convoqué una reunión de la sección del Partido y decidimos ejecutarle.

Pero esto no era problema con Thuan. Ordené a uno de los nuestros que tomara nota de los movimientos y del horario de Thuan. Elegí también al grupo que debía ejecutarle. Cuando supimos que Thuan se iba cada día de la aldea en jeep entre las cuatro y las cinco, preparé una emboscada en la carretera nacional. Vestí a los integrantes del pelotón de ejecución con uniformes del Ejército y les enseñé a actuar como soldados de Saigón. Cuando estuvieron dispuestos, entraron en acción. Podrían matarlo fácilmente, pero yo lo quería con vida para explicarle sus delitos. Quería que comprendiera que la sentencia era justa.

El plan salió a la perfección. Uno de los guerrilleros fingió ser un soldado medio borracho que hacía auto-stop. Huan detuvo el coche. Los otros dos salieron de sus escondrijos y lo arrestaron.

Una vez hube hablado con él, mandé a mis hombres que lo mataran y llevaran su cuerpo a la aldea por la noche. En su camisa clavamos una declaración donde explicamos sus delitos y su sentencia.

Estoy seguro de que si los campesinos no se alegraron de su muerte, tampoco se apenaron por ella. Nos habíamos librado de un opresor corrupto y dábamos una demostración fehaciente de nuestra fuerza.

En otras ocasiones, las cosas transcurrieron de otro modo. Recuerdo que había un jefe de aldea que nos dio información falsa sobre la capacidad militar de un puesto que íbamos a atacar. Actuando de acuerdo con su información, nuestro plan de ataque fue un fracaso y perdimos a cincuenta hombres. Yo ordené que mataran al jefe, pero el pelotón de ejecución sólo logró herirle en las piernas.

Antes del segundo intento descubrimos que el puesto había sido reforzado pocos días antes del ataque, de modo que el jefe de la aldea probablemente no sabía nada. En consecuencia, anulé la ejecución.

En mi posición debía hacer de jefe político y de jefe guerrillero. Era una vida muy dura. Debía infundir valor a mis hombres y dar ejemplo cada día.

Mi misión más difícil fue la preparación del campo de batalla para un ataque al puesto militar de Bao Binh. Antes de esta clase de ataques, procurábamos confeccionar un plano detallado de las defensas y de la distribución interna del fuerte: dónde estaban los refugios, las armas pesadas, los barracones, cuántos soldados había, etc. Algunas veces lográbamos obtener la información a través de un agente o de un informador en el interior del puesto. Pero lo más normal era que los zapadores entraran en el fuerte, se hicieran un mapa mental del lugar y

CAMERA PRESS

luego construyeran una maqueta de arena para su estudio. En la preparación del ataque de Bao Binh decidí intervenir personalmente, a fin de dar ejemplo a mis hombres y para saber cómo era esta clase de trabajo.

Mientras entraba en el campo enemigo, tres guerrilleros me cubrían desde el exterior. Con el cuerpo camuflado, me arrastraba lentamente centímetro a centímetro, intentando localizar las minas. Al llegar a las alambradas, levanté la parte inferior sin cortarla, para que al día siguiente no quedara ningún rastro. Debía mirarlo todo y recordarlo con detalle para poder regresar por el lugar exacto por donde entré. Y esto debía hacerlo mientras era presa del mayor miedo que he sentido en mi vida. Es imposible llevar a cabo una misión de esta clase sin mojarse los pantalones.

REX FEATURES

La única cosa de mi vida que no resultó difícil en 1967 fue casarme. Mi esposa era una enfermera que pertenecía a la estructura social del poblado. También estuvo en la cárcel muchos años. De hecho, fue uno de los huelguistas de Con O en los años cincuenta, cuando aún era muy joven.

Me casé a los treinta y seis años. Mis superiores estaban preocupados por mi situación: un dirigente de mi edad todavía soltero corría el riesgo de embarcarse en una relación ilegal que podría arruinar su carrera.

No había modo de hacer frente a los norteamericanos. Cuando divisábamos sus tropas, huíamos. Cuando se alejaban, los seguíamos.

La ofensiva del Tet inició la peor época de la guerra. Long Khanh no era un lugar clave y mis pueblos tampoco, de modo que la ofensiva no tuvo un efecto tan inmediato sobre nosotros como en otras partes. Pero estábamos preparados. El lema era: "Cada uno dispuesto a morir para salvar al país." Sabíamos del "Levantamiento General" y creía firmemente que venceríamos. Pero más tarde los efectos fueron terribles.

En primer lugar, en todas partes las bajas fueron muy numerosas y la moral de los soldados decayó sobremanera. En segundo lugar, a partir de entonces el enemigo practicó lo que llamábamos "la estrategia de doble tenaza". Reocuparon los puestos que habían abandonado —de esto se encargaron sobre todo los soldados del gobierno— y luego enviaron tropas de guerrilla para emboscarnos en la jungla. Ésta era la segunda tenaza.

Al poco tiempo, no había donde ir. Mandaba unidades en misiones de abastecimiento y no regresaban. La gente moría mientras cocinaba o iba a por agua. A veces lograba saber qué les había ocurrido, pero otras ni eso.

Durante el período de 1968 a 1970 sufrí once emboscadas y fui herido dos veces. El enemigo parecía haber aprendido a luchar en la jungla. Los australianos eran especialmente hábiles, pero fueron los norteamericanos los que estuvieron a punto de cogerme.

A principios de 1970 caí en una emboscada con otros ocho en un claro de la jungla. Los nueve cruzábamos en fila india un campo de hortalizas que los campesinos habían conquistado a la selva. La luna estaba parcialmente cubierta y no podía verse casi nada. Ya sabía que debía haber ido por los límites del campo, junto a la jungla, pero tenía mucha prisa en llegar a la aldea. En el centro del claro había un pequeño platanar. Al llegar a su lado, descubrí algunas sombras entre los árboles. Ellos también me vieron en aquel mismo instante e instintivamente me arrojé al suelo.

Justo entonces, unas minas hicieron explosión en el camino, a mi espalda. Cuando cesaron, me arrastré por el lugar de las explosiones y palpé varios cuerpos. Luego hui en ángulo recto hacia la jungla. Mientras tanto, sonaban los disparos. Dos balas alcanzaron mi mochila antes de que pudiera llegar a los árboles.

IZQUIERDA: *Los vietcong descansan y se alimentan con las tres aes de la economía vietnamita: arroz, arroz y arroz.*

Los cuerpos de mis compañeros quedaron en el campo. No podía dejar de pensar en lo desmoralizador que esto sería para los campesinos.

Entre 1969 y 1970 hubo, pues, muchos muertos. No había modo de hacer frente a los norteamericanos. Cuando divisábamos sus tropas, huíamos. Cuando se alejaban, los seguíamos. Vivíamos prácticamente a su lado, para que no nos pudieran atacar con su artillería y la aviación. Durante estos dos años me vi obligado a organizar tres veces mi unidad. Por dos veces, la unidad entera fue aniquilada. Cada vez que la reorganizaba, su número decrecía. Era casi imposible encontrar nuevos reclutas.

Los australianos eran aún peores que los norteamericanos. El objetivo de los norteamericanos era localizarnos y luego atacarnos con la aviación y la artillería. Nuestra respuesta consistía en alejarnos y desaparecer, o, si esto no era posible, acercarnos tanto a ellos que no pudieran utilizar la aviación. Los australianos eran más pacientes que los norteamericanos, más expertos en la guerrilla y mejores en las emboscadas. Cuando nos encontraban, no llamaban a los aviones, pero adoptaban nuestras tácticas. Les temíamos más.

Al final, no quedó más que una docena de hombres en mi tercera unidad. La situación era tan grave en todas las unidades locales que se tomó la decisión de unir nuestras fuerzas, las del distrito T-4 de Long Khanh con las del T-7. Las fuerzas de T-4 se agruparon para ponerse en marcha, en total seiscientos hombres. A unos tres o cuatro kilómetros de Binh Phu fuimos atacados. El enemigo abrió fuego en los dos extremos de la columna y luego nos remató con la aviación. Fue una carnicería. No había donde esconderse, como no fuera huyendo hacia la jungla. Fui herido en el costado, pero arranqué un jirón de mi camisa y taponé la herida para que no sangrase. No sé cómo conseguí arrastrarme por el suelo. Otros cuatro huyeron conmigo. Todos estaban heridos, aunque de menor gravedad que yo.

Los australianos eran más pacientes que los norteamericanos, más expertos en la guerrilla, mejores en las emboscadas.

Cuando logramos alejarnos del campo de batalla, nos desplomamos, exhaustos. No llevábamos agua ni comida. Estábamos seguros de que los australianos andaban cerca. Los días sucesivos nos alimentamos de plátanos, procurando encontrar la manera de unirnos al T-7.

El viaje a través de la jungla fue un viaje por el infierno. Bebimos agua encharcada y comimos hojas y plátanos verdes. Cuando llegamos, las condiciones en el T-7 no eran mejores que en el T-4. La alimentación era aún un problema insoluble. En Long Khanh no se cultivaba arroz, sólo fruta. Así que el arroz debía ser traído de otras partes, sobre todo de las áreas de almacenamiento en Cuc R o a lo largo del río Mekong, en Camboya. Durante un tiempo comíamos un cuenco de arroz cada dos días. El resto de la dieta consistía en mandioca y frutos silvestres. No era extraño, pues, que muchos guerrilleros decidieran pasarse al otro bando, al *Chieu Hoi*. [El programa *Chieu Hoi* (Brazos abiertos) era un plan de amnistía para los miem-

bros del Vietcong que se rendían al gobierno. Durante su existencia, más de 250 000 hombres se acogieron a él.]

Es indudable que 1969 fue nuestro peor año, por lo menos fue mi peor año. No había alimentos, no había futuro, sólo oscuridad. Pero 1969 fue también el año en que fui más feliz. Destruí varios carros norteamericanos del batallón blindado de los "Caballos Volantes" estacionado en Suoi Ram.

Lo conseguí gracias a las minas de presión que nuestros técnicos construían a partir de bombas norteamericanas sin explotar. Cada mina contenía siete kilos de TNT. Recibí una condecoración por mi labor de destructor de carros.

El año 1969 fue también el período en que se puso de manifiesto el verdadero heroísmo de los campesinos. Aunque estábamos aislados de ellos, muchos campesinos arriesgaron su vida para llevarnos alimentos. Se ingeniaron todo tipo de trucos para lograr pasar arroz por los controles del gobierno. Su actitud hacia nosotros fue una de las cosas que me dio fuerzas para seguir.

Una de las cosas que más desmoralizaba a la guerrilla eran los ataques de los B-52. El miedo que producían era atroz.

Otra fue la convicción de que la presencia norteamericana no podía durar. En 1969 empezaron a retirar parte de sus tropas. Estábamos seguros de que a la larga acabarían retirándose por completo. Si nosotros pasábamos grandes dificultades, lo mismo ocurría con ellos. Tenían graves problemas, sobre todo en su país. No creíamos que su gobierno pudiera aguantar por mucho tiempo. Esto me animaba.

Una de las cosas que más desmoralizaba a la guerrilla eran los ataques de los B-52. El miedo que producían era atroz. La gente se meaba y se cagaba en los pantalones. Después de cada bombardeo, la gente salía de los refugios temblando tan convulsivamente que parecían haberse vuelto locos. Los B-52 iban siempre en grupos de tres. Dejaban caer bombas de dos clases: a una la llamábamos *bomb dia*, "bomba lago"; a la otra, *bomb bi*, "bomba grava". Las "bombas lago" eran tan potentes que excavaban cráteres gigantescos de diez metros de profundidad, como un pequeño lago. Las de la otra clase, las *bomb bi*, segaban la jungla, y sobre el suelo segado se podía incluso conducir un jeep.

Podría pensarse que después de un bombardeo no iban a quedar guerrilleros con vida. Pero esto es falso. Yo estuve presente en cuatro ataques de B-52, en Tay Ninh y en Long Khanh. Las cuatro veces fuimos puestos sobre aviso con una hora de antelación. Nunca nos pillaron en descubierto. Nadie fue herido en los bombardeos que yo presencié. Pero otras veces había muchas víctimas. Aunque nadie fuera alcanzado directamente, la onda expansiva de las explosiones podía matar a la gente en los refugios.

Por no sé qué razón, los hombres morían con mayor facilidad que las mujeres en esta situación. Las guerrilleras salían indemnes a menudo de los ataques que mataban a los hombres en los mismos refugios. No sabíamos por qué, pero conjeturamos que los testículos de los hombres eran especialmente vulnerables a la presión de la onda expansiva. Sea cual fuera la razón, decidimos hacer refugios con dos salidas, no una sola, para que la presión en el interior se disipara. Estos refugios tenían forma de T, con las salidas situadas en los dos extremos superiores de la T.

A finales de 1970, las cosas empezaron a mejorar. Teníamos mayor control de la situación. Retornaba el optimismo. Esto podía apreciarse en la actitud de los campesinos, que se ponían más fácilmente en contacto con nosotros y nos prestaban más ayuda. Ya no era preciso que fueran héroes para hacerlo, sobre todo a partir de 1971. El Ejército del gobierno iba reemplazando a las tropas norteamericanas. Hubo un intento de "vietnamización" en la carretera 9 del sur de Laos y el Ejército de Viet-

REX FEATURES

ARRIBA: *La muerte de un vietcong. Para las fuerzas revolucionarias, la muerte podía venir de cualquier parte: de un B-52 kilómetros arriba o de una trampa explosiva en la jungla.*

nam del Sur perdió a muchos hombres. [El Ejército de Vietnam del Sur emprendió un ataque en la ruta de Ho Chi Minh al sur de Laos el 8 de febrero de 1971. Las tropas del Vietcong y de Vietnam del Norte le impidieron alcanzar sus objetivos y tuvo que retirarse con grandes pérdidas. Era la primera vez que el Ejército de Vietnam del Sur actuaba sin asesores norteamericanos.] A partir de entonces, nos sentimos más cómodos.

El problema de los suministros mejoró también. Hice un trato con los leñadores que venían a Long Khanh a cortar leña. Les permití hacer lo que quisieran a cambio de arroz. Sobornaron a todo el mundo. Incluso llegaron a entenderse con el comisariato del Ejército del Sur. Nunca hubo ningún registro y logré alimentar tanto a mis hombres como a las tropas norvietnamitas estacionadas en mi área.

Los demás suministros eran también más fáciles de obtener porque nuestra situación financiera había mejorado. Varias veces me ordenaron escoltar envíos de dinero desde Cuc R hasta

CAPÍTULO 3 LA LUCHA

Long Khanh. Grandes sacos de arroz de 100 kilos repletos de dólares. Desde allí, mis mensajeros los llevaban a Saigón, donde los dólares se cambiaban por piastras que se distribuían entre nuestros agentes para comprar alimentos y medicinas y para pagar sobornos.

Gracias a la mejora de las condiciones, en 1972 pude recibir la visita de mi esposa. Nos habíamos casado en 1967 y en 1968 tuvimos nuestro primer hijo, nacido en el pueblo de Bao Binh. Pero en 1969 la situación era tan grave que la mandé con el niño a Saigón, a casa de mi hermano. Le conseguí un nuevo documento de identidad y ella llevaba una vida completamente normal en Saigón. Era enfermera en el hospital Quang Dong. Trabajó allí hasta 1975. Pero a partir de 1972 me visitó regularmente en Bao Binh. Así pues, al final de la guerra ya tenía tres hijos, un niño y dos niñas.

> La lucha oscilaba hacia uno y otro lado. Luego llegó la aviación. Los bombardeos fueron de tal magnitud que tuvimos que retirarnos.

El único problema de importancia que tuve en Bao Binh a partir de 1971 ocurrió durante la *Gianh Dan Gianh Dat* [campaña de la tierra y el pueblo], cuando combatimos contra las tropas de Saigón durante la Conferencia de Paz de París. Todo el mundo sabía que iba a haber una tregua, por lo que los dos bandos procuraban controlar la mayor cantidad de territorio posible. Hubo un momento en que controlábamos aproximadamente la mitad del pueblo, y la lucha oscilaba hacia uno y otro lado. [Un "pueblo" vietnamita se extiende normalmente por una gran región y puede consistir en varias aldeas dispersas.] Luego llegó la aviación. Los bombardeos fueron de tal magnitud que tuvimos que retirarnos. Todos los campesinos de nuestro lado debieron optar entre salir huyendo o aceptar el control del Ejército de Saigón.

Pero esto no fue más que un contratiempo transitorio. Más tarde, en 1973 y 1974, Long Khanh no estuvo muy activo, no fue una de las principales áreas de lucha. Luego, durante la primavera de 1975, fui destinado a Vung Tau para organizar a los chinos que allí residían y para preparar a la ciudad para la liberación. [Vung Tau es una región pesquera en la costa al sur de Long Khanh.] Desde el área liberada de Long Khanh, me dirigí a pie al río Saigón. Allí me uní a una multitud de refugiados procedentes del centro del país que se dirigían hacia la costa. Flotillas de sampanes navegaban río abajo. Era muy fácil mezclarse con la multitud. No había controles ni inspecciones, nada capaz de impedir que me infiltrara entre los refugiados.

A primera hora de la mañana llegué a la playa de Vung Tau y me encontré con mi contacto a la hora acordada. La reconocí por las mangas arremangadas de su pijama negro. Esta era la señal. Ninguna campesina se arremangaba las mangas. Me presentó a un nuevo guía que me llevó a una casa de Xom Ca, una aldea pesquera que forma parte de Vung Tau. Allí esperé el desarrollo de los acontecimientos, preparando banderas, señales y folletos para el momento en que fuéramos a tomar la ciudad. Estábamos rebosantes de felicidad y entusiasmo por cuanto sucedía, pero no descansamos ni un momento en nuestras preparaciones. Nuestro lema era la frase de Ho Chi Minh: "Cuanto más cerca la victoria, mayor es el peligro." Aplicamos esta estrategia hasta el final. Era cierto lo del peligro. No había ley entonces, sólo caos, y cualquiera podía morir.

Cuando el 30 de abril Duong Van Minh [el último presidente de Vietnam del Sur] ordenó la rendición, yo estaba ya preparado para recibir al primer comandante militar que viniera oficialmente a liberar la ciudad.

★ ★ ★

J. HILLELSON AGENCY

ABAJO: *Al cabo de 10 000 días, la guerra llega a su fin cuando el Ejército norvietnamita entra en Saigón y unifica el Norte y el Sur.*

Epílogo

por David Chanoff

"¿Éste? Es un comunista, ¿no es verdad? Si lo encuentro, lo mato." Son las palabras de un tímido y escuálido emigrante vietnamita que ocho años atrás era oficial de las fuerzas aéreas de Vietnam del Sur. Yo le preguntaba por una persona que había sido un firme opositor de la administración de Thieu en los primeros años de la década de los setenta, una persona a quien quería localizar para una posible entrevista. El hecho de que después de la guerra el ex militante hubiera pasado dos años en la cárcel y luego hubiera logrado huir del país no le exoneraba a los ojos del ex oficial. Lo importante era que sus actos habían beneficiado a los comunistas doce años antes.

En su mayoría, los refugiados vietnamitas no hubieran sido tan francos como mi amigo aviador, pero muchos albergaban los mismos sentimientos. Ésta es una de las razones de que sea tan difícil hacer hablar a los ex combatientes del Vietcong o del Ejército de Vietnam del Norte. Porque viven en un mar de refugiados tan poco dispuestos a perdonar a los comunistas (es decir, a los cómplices del otro bando) como los más rígidos emigrantes del otro lado del Telón de Acero. Estas son personas que han perdido un país, que han huido en condiciones escalofriantes, que han visto morir a los seres queridos o los han abandonado. No son tolerantes con aquellos que creen que han contribuido a su tragedia.

A causa de ello, los que pertenecieron al otro bando prefieren mantener su pasado en silencio, en general. Debemos abordarlos a través de contactos, de personas que conocen y en las cuales confían; de otro modo, es imposible hablar con ellos.

Pero no temen tan sólo a la gente que los rodea. Les preocupan también sus antiguos compañeros. Esto ocurre más en Francia que en Estados Unidos. En París, Vietnam tiene embajada y, al parecer, también agentes que se mueven entre la comunidad vietnamita. Pero incluso en Estados Unidos algunos revolucionarios que abandonaron su causa se sienten en peligro. Mientras se mantengan en silencio, el peligro es mínimo. Pero temen las consecuencias de exponer públicamente lo que saben sobre la guerra.

Los que ocuparon puestos importantes son quienes temen mayores represalias. Un hombre que tomó parte en la instrucción de las guerrillas camboyanas en la década de 1950 no quiso que su información se publicara porque conocía la eficacia del aparato de seguridad del Partido: él mismo había dirigido una red de inteligencia. Otros aceptaron ser entrevistados sólo a condición de que no mencionáramos sus nombres reales y de que alteráramos los datos fácilmente localizables, como números de unidad, fechas y lugares. Accedimos a ello cuando creímos que estos cambios no desvirtuaban la narración.

Casi todos los refugiados están preocupados por sus familiares que aún viven en Vietnam. Piensan que si hablan críticamente del gobierno pueden dañar a sus familias o por lo menos dificultar su posible salida del país. Nadie me ha dicho nunca que sus familiares en Vietnam han sido amenazados explícitamente. Pero este temor por lo que pueda ocurrirles es un rasgo característico de la vida cotidiana de los refugiados.

Otro aspecto escalofriante de la guerra en Vietnam del Norte es el modo de tratar a los muertos en combate. No creo que

REX FEATURES

ARRIBA: *Simpatizantes y miembros del Vietcong siguen al Ejército norvietnamita hacia Saigón.*

haya nada que ilustre más vívamente la diferencia de actitud hacia la guerra entre norteamericanos y vietnamitas. En el transcurso de una entrevista con un oficial de campo norvietnamita mencioné que los mandos norteamericanos hablaban a veces de lo angustioso que era notificar la muerte de un soldado a su familia. Cuando le pregunté cómo esto le había afectado a él personalmente, me miró como si estuviera hablando con un loco. "Nunca lo notificamos", dijo.

Luego se lanzó a una comparación entre norteamericanos y vietnamitas que hacía hincapié en la disposición al autosacrificio por parte de sus hombres. Los muertos, muertos están. Regaron el suelo de la patria con su sangre. Nadie puede esperar obtener más de una vida. En cuanto a los cadáveres, en el caso de los guerrilleros locales se procuraba entregarlos a su familia. Si los muertos eran norvietnamitas o tropa guerrillera de otras partes, no había nada que hacer, aunque los cuerpos pudieran recobrarse. La notificación a las familias carecía de importancia. La muerte de un padre o de un hijo era un sacrificio que muchas familias hacían. A la larga, acabarían por enterarse. La esposa e hijos de este mismo oficial, residentes en Hanoi, sólo recibían noticias suyas una vez al año.

Me decía todo esto en la casa bellamente amueblada de un intermediario, otro norvietnamita que arregló nuestra cita. Los dos hijos menores de esta otra persona estaban presentes, jugando alegremente en el suelo. Su esposa acababa de regresar del trabajo y preparaba la cena con su madre. Los dos hijos mayores me fueron presentados al llegar y luego se retiraron a estudiar. De no ser por los rostros vietnamitas, podría tratarse de una de las escenas de la clase media norteamericana del *Saturday Evening Post*. Unas horas antes habíamos recogido al ex oficial en su casa, también una típica vivienda norteamericana.

EPÍLOGO

Limpia y recién pintada, estaba situada bajo unos abetos en una sinuosa calle suburbana. Las cosas les iban bien a los dos, ambos estaban bien adaptados a la forma de vida norteamericana. Pero la idea de que durante la guerra la notificación de las muertes fuera un asunto prioritario... esto verdaderamente no lo podían concebir.

En Francia, un médico norvietnamita llegó a decirme: "Vosotros, los norteamericanos, buscáis incluso los huesos." Lo decía con un sentido de incredulidad.

Pero él no hablaba tan rutinariamente como el oficial norvietnamita del impacto de la guerra en la retaguardia. Él vio algo muy distinto en los hospitales de Hanoi. Hablaba del efecto psicológico de la soledad y la incertidumbre en las familias que los *bo dois* dejaban en el Norte, en especial en las esposas. La esquizofrenia, dijo, estaba extendida sobre todo entre las mujeres. "Vivieron en tensión durante muchos años. No sabían si sus hombres estaban vivos o muertos." Decía que lo peor era que llegaran a enterarse de su muerte por rumores o a través de amigos de sus amigos. Entonces tenían que vivir con esta muerte sin poder manifestar abiertamente su pesar. Los efectos emocionales eran muy graves.

Su historia, sin embargo, la historia de los hospitales de Vietnam del Norte y de su consulta psiquiátrica, no puede publicarse. También él tenía familia en Hanoi. Pero el miedo no es la única causa del silencio. La actitud del "cuanto menos diga mejor" está muy extendida entre los vietnamintas que ahora viven en Estados Unidos y en Francia, tras años de lucha contra franceses y norteamericanos. La mayor parte de estas personas, por lo menos aquellos que fueron verdaderos revolucionarios, miran con amargura las vidas sacrificadas en aras de lo que resultaron ser fines innobles. Tienden a pensar en sí mismos como idealistas traicionados por sus dirigentes. Pero los más introspectivos también se culpan a sí mismos. Un funcionario técnico de alto nivel que ahora vive en Francia me susurró mientras se dirigía al ascensor de su casa: "Malgasté veinticinco años de mi vida con ellos. Mi mujer aún no puede perdonármelo." Era un survietnamita que se unió a los revolucionarios una vez acabados sus estudios en Europa. Cuando era joven, había tomado la decisión de ir al Norte. Ahora volvía a empezar.

A pesar de su cabello gris, este antiguo militante rebosaba vigor: airado con el pasado, pero deseoso de labrarse un nuevo porvenir. Otros poseen menos energía, como el conductor de autobús de cincuenta y cinco años que en otro tiempo controló una provincia; o el ex jefe de propaganda que ahora trabaja en una fábrica de California; o un viejo dirigente del Partido que llegó a ser una figura importante en el Vietminh. Desertó recientemente, pero no quiere hablar de ello con nadie. Con más de cuarenta años al servicio de la revolución, ¿qué podría decir?

Un amigo suyo, uno de los fundadores del Vietcong, me escribió diciendo que se habían encontrado y que habían rememorado sus vidas. "No lo lamentamos por nosotros, sino por nuestro pueblo... tras treinta años de estoicismo y heroísmo. Pero él sigue su vida, y yo la mía."

Uno sospecha que, bajo su capa de resignación y férrea resistencia, esta gente tiene que sufrir para adaptarse al extraño curso que su vida ha tomado. Descansan sobre una mezcla volátil y complicada de emociones, de emociones que preferirían suprimir o, por lo menos, enterrar. Es comprensible que muchos se nieguen a apretar las tuercas de la memoria.

ABAJO: *Propaganda con el estilo del Vietcong: los buenos vestidos de blanco, el Vietcong, son una pesadilla para los villanos norteamericanos vestidos de negro.*

TOPHAM